

**M. C. Andrews** nació en Manningtree, el pueblo más pequeño de Inglaterra. Lleva años afincada en Londres, donde ejerce de periodista para un importante periódico, aunque durante sus primeros tiempos en la capital británica tuvo varios trabajos: de camarera a guía turística, pasando por canguro y correctora *freelance* para una editorial. Está casada y es madre de dos hijas.

De pequeña, M. C. Andrews solía decirles a sus padres que deseaba ser escritora; su esposo y sus hijas siempre la han animado a intentarlo... De ahí *Noventa días*, su primera novela, y *Todos los días*, su esperada continuación.

Encontrarás más información en: [www.noventadias.com](http://www.noventadias.com)

Mi corazón está siempre a vuestro servicio.

*Timón de Atenas*

WILLIAM SHAKESPEARE

Tengo miedo de dormirme. Tengo miedo de abrir los ojos y descubrir que todo esto ha sido un sueño, que Daniel sigue en coma y que yo sigo aterrorizada pensando que nunca se despertará. El cansancio amenaza con derrotarme y deslizo la mano por el brazo de él en un intento de calmar mi corazón.

Daniel ya no está en coma, no ha muerto por culpa de aquel maldito accidente. Siento el tacto de su piel bajo la yema de los dedos, el vello de su antebrazo, que me hace cosquillas, y le noto el pulso latiendo bajo la cinta de cuero que lleva alrededor de la muñeca.

Cojo aire y lo suelto muy despacio. Cada vez me cuesta más recordar por qué discutimos, por qué nos separamos. Por qué lo dejé, me corrijo. Me tiembla la mandíbula y tengo que cerrar los ojos un segundo para contener las lágrimas.

He estado a punto de perderlo para siempre.

—¿Señorita Clark?

Vuelvo la cabeza, sobresaltada al oír mi nombre. Llevo una semana en el hospital, metida en esa habitación, pero hay instantes en los que me engaño y sueño con que Daniel y yo estamos en su apartamento.

En los noventa días que estuvimos juntos, él apenas vino a mi casa. El piso que comparto con Marina, mi mejor amiga. Sonríe levemente al pensar en ella y en Raff, no sé qué habría hecho sin ellos. Probablemente me habría derrumbado.

—¿Señorita Clark? —repite el enfermero y mi cerebro por fin reacciona.

—Disculpe —digo tras carraspear y aparto un momento la vista de Daniel para mirar al recién llegado.

No me importa demasiado lo que piense de mí, pero tampoco quiero quedar como una completa maleducada.

—El doctor Jeffries me ha pedido que venga a buscarla. Quiere hablar con usted en su despacho.

Empiezo a negar con la cabeza y el enfermero, Ivo según la placa que cuelga del bolsillo de su bata, vuelve a hablar:

—Mi compañero me esperará aquí y después nos llevaremos al señor Bond para hacerle unas pruebas mientras usted no está.

Me doy cuenta de que Ivo no está solo y de que efectivamente hay otro enfermero a su lado. Han entrado en la habitación y se acercan a la cama, en la que yo sigo sentada al lado de Daniel.

—¿Qué pruebas? —pregunto, sin soltar la mano de él, que sigue dormido, pero a diferencia de cuando estaba inconsciente, ahora noto cómo me aprieta ligeramente los dedos.

—Una resonancia magnética craneal y radiografías en el brazo y en la pierna, señorita Clark. Estoy seguro de que el doctor Jeffries se lo explicará —añade con cierta exasperación.

Supongo que me lo tengo merecido; todas y cada una de las veces que han tenido que llevarse a Daniel para hacerle pruebas, he interrogado a los enfermeros, incluso he intentado acompañarlos. No me gusta separarme de él. No sé explicarlo, pero estoy convencida de que está mejor si estoy a su lado. Y quiero estar a su lado.

—El señor Bond ha recuperado la conciencia después de un coma relativamente largo y es de vital importancia que monitoricemos las respuestas de su cerebro —me explica Ivo con absoluta seriedad y el muy cretino sabe que me ha convencido.

—De acuerdo —acepto entre dientes—. ¿Les importaría darme un minuto? —les pido, levantándome de la cama.

—Por supuesto, señorita Clark. Esperaremos fuera.

Agacha ligeramente la cabeza con suma educación, o tal vez porque ha visto lo alterada que estoy, y gracias a la suela de goma de sus zapatillas, salen en silencio de la habitación.

Me aparto de la cama y me aliso el pantalón y la camisa. No sirve de nada, son las ocho de la mañana y creo que eran las seis cuando me he duchado y me he cambiado. Y después de vestirme he vuelto a tumbarme al lado de Daniel con cuidado de no hacerle daño, pero asegurándome de que él notase que estaba allí.

Me pongo las manoletinias negras, están tan usadas que parecen zapatillas de baile, y voy al baño para cerciorarme de que no estoy hecha un esperpento. No llevo maquillaje, lo único que me he atrevido a ponerme estos días son los pendientes que Daniel me regaló cuando pasamos aquel fin de semana en su casa de campo y que hasta ahora me había negado a estrenar. Me peino, más o menos, y vuelvo al lado de la cama.

—Daniel —susurro, acariciándole el pelo—, tengo que ir a hablar con el doctor Jeffries —le explico y espero unos segundos. Nada me gustaría más que verlo abrir los ojos de nuevo, pero los médicos ya me han explicado que necesita

dormir—. Volveré en seguida —añado, acercándome a sus labios—. No se te ocurra volver a asustarme.

Le doy un beso y salgo antes de echarme a llorar. Daniel necesita que sea fuerte y no sólo para recuperarse del accidente y salir del hospital.

Niego con la cabeza —ahora no es momento de pensar en eso— y dejo la puerta abierta para que el acompañante de Ivo entre mientras éste me acompaña al despacho del médico que se ha ocupado de Daniel estos días.

Oigo al otro enfermero desbloquear las ruedas de la cama y me vuelvo una vez más, pero lo único que veo es una espalda cubierta con una bata blanca.

—No se preocupe, señorita Clark, el señor Bond estará bien —me dice Ivo—. Son sólo unas pruebas. Seguro que volverá antes que usted.

Asiento y sigo caminando. En cualquier otra circunstancia le habría dado conversación a mi acompañante; soy una chica de pueblo con muy buenos modales, pero ahora no estoy de humor. Tengo un mal presentimiento atenazándome el estómago, igual que el día que me fui del apartamento de Daniel. O igual que la madrugada en que me llamaron desde este mismo hospital para decirme que el señor Bond, Daniel, había sufrido un grave accidente y que lo estaban sometiendo a una operación de vida o muerte. Me llamaron porque, si sucedía algún contratiempo, yo era la persona autorizada para tomar la decisión correspondiente.

Nunca olvidaré ese instante, el segundo exacto en que se me paró el corazón.

No han pasado demasiados días desde aquella horrible llamada, aunque sin duda han sido los más largos de toda mi vida. Y me han cambiado para siempre.

Ivo se detiene frente a una puerta y llama con los nudillos.

—Adelante.

Entramos, pero el enfermero se para en el umbral con la mano en el picaporte.

—Gracias, Ivo.

—De nada, doctor. Si me necesita, estaré en la sala de radiografías.

El doctor Jeffries asiente y despide al enfermero antes de acercarse a mí para darme la bienvenida.

—Señorita Clark, Amelia —se corrige al recordar que le pedí que se dirigiese a mí por mi nombre—, parece cansada.

—¿Por qué me ha pedido que venga? —le pregunto, ignorando por

completo su preocupación por mi persona—. ¿Le sucede algo a Daniel?

—No, Amelia. —Se detiene y frunce levemente el cejo—, el estado del señor Bond sigue siendo crítico, pero tal como le comenté ayer, creemos que logrará recuperarse. Por supuesto, tenemos que seguir haciéndole pruebas, como las que le están practicando ahora. Y cuando le demos de alta, tendrá que hacer recuperación, pero ya hablaremos de eso cuando llegue el momento, ¿no le parece?

—Entonces, ¿por qué me ha hecho venir a su despacho? —No me esfuerzo en disimular mi mal humor.

El doctor Jeffries es un hombre paciente y ha sido muy agradable conmigo desde el primer momento, pero ahora corre el riesgo de pasar a formar parte de mi lista de personas non gratas (una lista que ha aumentado drásticamente durante la última semana).

—En realidad, señorita Clark, he organizado este encuentro a petición de otra persona. Espero que no le moleste.

¿Molestarme? Estoy a punto de decirle exactamente lo que pienso de sus triquiñuelas. ¿Cómo se atreve a manipularme de esta manera? ¿Y por qué? ¿Quién lo ha convencido para este montaje? ¿El tío de Daniel?

—El detective Erkel ha pensado que, teniendo en cuenta las circunstancias, de momento sería mejor así —me explica el médico tras una pausa y consigue dejarme perpleja.

—¿El detective Erkel? ¿Qué circunstancias? —farfallo.

En ese preciso instante, alguien llama a la puerta y la abre sin esperar respuesta. El desconocido me mira un segundo antes de dirigirse al doctor Jeffries. Es un hombre muy corpulento, de rostro duro y ojos del color del acero. Tendrá unos treinta y cinco años y va mal afeitado y con el pelo demasiado largo para su edad. Lo tiene rubio, pero no del rubio de los adolescentes, sino un rubio sucio, con mechas castañas y alguna un poco más clara que bien podría ser una cana.

Es muy atractivo, supongo que las mujeres se dan media vuelta a su paso para mirarlo y, sin embargo, a mí no me produce ninguna reacción.

Lleva un traje azul oscuro muy arrugado, igual que la camisa, y por un bolsillo aparece el extremo de la corbata que deduzco que se ha quitado horas atrás. Ese uniforme delata su identidad sin necesidad de que las circunstancias la confirmen.

—Gracias por su colaboración, doctor Jeffries. —Le tiende la mano al médico y éste se la estrecha—. Le avisaré cuando terminemos.

—De nada, detective. Estaré en la cuarta planta. Buenos días, señorita Clark, iré a verla cuando tenga los resultados.

—De acuerdo, doctor —le digo, sin apartar la vista del detective—. Le estaré esperando.

El doctor Jeffries abandona su despacho, dejándome a solas con el hombre. No me gusta, pero supongo que no tengo alternativa y me cruzo de brazos a la espera de que el desaliñado rubio me dé una explicación.

—Jasper Erkel, puede llamarme Erkel. —Me tiende la mano y se la estrecho sin decir nada. Él me la suelta y sigue hablando—. ¿Quiere que nos sentemos, señorita Clark?

Me señala el sofá de dos plazas que ocupa el lateral de la consulta del médico.

—Llámeme Amelia.

—De acuerdo, ¿por qué no se sienta, Amelia? —Ve que me resisto a la idea y enarca una ceja—. Mire, no he dormido en toda la noche y quiero sentarme, pero mi madre me obligó a aprender buenos modales y no podré hacerlo hasta que usted lo haga, así que —levanta las manos de nuevo y con una se frota la nuca—, si no le importa...

Accedo y me siento en un extremo del sofá, él ocupa el otro. Oigo crujir sus rodillas y cómo suelta el aliento.

—Gracias —masculla y acto seguido saca un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo izquierdo de la chaqueta—. ¿Conoce usted a Jeffrey Bond?

—¿Al tío de Daniel? —le pregunto confusa—. No, no personalmente. ¿Por qué?

Pasa una hoja del cuaderno y lee algo antes de volver a mirarme.

—¿Nunca ha hablado con él?

—No, nunca.

—¿Y con Dimitri Vzalo?

—Ni siquiera sé quién es. —Me cruzo de brazos—. ¿A qué viene todo esto?

—Hemos terminado de procesar las pruebas del Jaguar del señor Bond —me explica, tras hojear de nuevo el cuaderno—, los frenos y el ordenador del coche estaban manipulados.

—Oh, Dios mío —balbuceo—. Raff... Raff me dijo...

—Sí, el señor Rafferty Jones vino a verme hace unos días —me interrumpe el detective, al ver que tartamudeo—. Me habló de las amenazas que recibió el señor Bond hace unos años. Lo estamos investigando.

—¿Cree que el tío de Daniel está detrás del accidente? —le pregunto yo de golpe, al atar cabos.

Él me contesta con otra pregunta.

—¿Cuánto hace que conoce al señor Bond? A Daniel, me refiero.

—Unos meses.

Enarca otra vez una ceja. Empiezo a odiar a este tipo.

—¿Y figura como persona de contacto de su póliza de seguro en caso de accidente?

—Yo no lo sabía. —Más o menos—. Y no me gusta lo que está insinuando.

—Yo no estoy insinuando nada, Amelia. Sé que usted no está detrás del accidente del señor Bond.

—O sea, que me ha investigado.

—Por supuesto —afirma desafiante—. Es mi trabajo. El señor Jones ya me dijo que el señor Bond y usted tenían una relación muy especial; sin embargo, he comprobado que llevaban semanas sin verse antes del accidente.

—Habíamos discutido.

—Entiendo. ¿Qué puede contarme acerca de la relación entre el señor Bond y su tío?

Me muerdo pensativa el labio inferior. No quiero traicionar la confianza de Daniel, pero me moriría si por mi culpa no atrapan al culpable de su maldito accidente.

—No demasiado y sigo sin entender por qué me lo pregunta.

Erkel refunfuña y se pasa de nuevo la mano por la nuca.

—Llevamos años detrás de Vzalo y el coche del señor Bond es la primera prueba fiable que encontramos que confirma su presencia en Inglaterra.

—Lo siento, no le entiendo.

—La manipulación del Jaguar del señor Bond lleva la firma de la organización de Vzalo. Además, hay un testigo que afirma que vio un todoterreno negro golpeando el coche del señor Bond antes de que éste se estrellase.

—¿Quién diablos es Vzalo? ¿Y qué tiene que ver con Daniel y conmigo?

Cierro los ojos un segundo para ahuyentar de mi mente la imagen de él chocando contra aquel muro de piedra. Es un milagro que sobreviviera.

—Para muchos, Dimitri Vzalo es un importante hombre de negocios. Para otros, un asesino y un terrorista que no duda en vender sus servicios al mejor postor. Nunca hemos podido imputarle nada. —Sonríe asqueado—. Ni siquiera una multa de tráfico. —Me mira durante un segundo—. En cuanto a qué tiene que ver con usted o con el señor Bond, mi respuesta es que no lo sé exactamente. Lo único que puedo decirle es que una de las pocas fotografías que tenemos de Vzalo aparece junto a Jeffrey Bond y que, tal como le he comentado antes, hemos encontrado la firma de su trabajo en el Jaguar.

—Me temo —tengo que tragar saliva antes de continuar—, me temo que tendrá que hablar con Daniel, detective. Yo no sé de qué va todo esto.

—Habría hablado con él —confiesa exasperado—, pero el bueno del doctor Jeffries me lo ha impedido. Y he pensado que tal vez usted podría ayudarme.

—Lo siento.

Empiezo a levantarme para irme, pero las siguientes palabras de Erkel me detienen.

—El señor Bond acudió a Scotland Yard cuando apenas era un niño. —Vuelvo a sentarme—. He encontrado el informe enterrado en un archivo; denunció a su tío por el asesinato de su hermana. El caso se archivó, porque se demostró que Laura Bond se suicidó y que Daniel Bond tuvo que recibir varios meses de terapia para superarlo. El informe del psiquiatra establece que es incluso lógico que el chico se inventase lo del asesinato para justificar el suicidio de la joven señorita Bond.

«Pobre Daniel.»

—Pero usted no lo cree —sugiero, tras mirarlo a los ojos.

—He leído el expediente y digamos que tengo mis dudas. Las circunstancias que rodearon el supuesto suicidio de Laura Bond no son claras. Además, el señor Bond denunció a su tío de nuevo años más tarde, aunque esta vez por malversación de fondos de una de sus fundaciones. Es obvio que no son una familia bien avenida. En el hospital me han dicho que Jeffrey Bond no ha aparecido por aquí. Y el señor Rafferty me confirmó que usted misma le había pedido que se ocupase de ello.

—A Daniel no le habría gustado que viniese a verlo.

—Exacto.

—¿Qué es lo que quiere, detective?

Saca una tarjeta del bolsillo opuesto a aquel donde guardaba el cuaderno y me la entrega.

—Quiero que esté atenta a cualquier cosa extraña que suceda en torno al señor Bond. Y que llegado el caso me llame de inmediato.

—Tendrá que hablar con Daniel —repito y me guardo la tarjeta en la mano.

—Por supuesto. La verdad es que llevaba meses planteándome la posibilidad de ir a ver al señor Bond, lamento que las circunstancias que finalmente lo han propiciado sean éstas, pero voy a aprovecharlas.

—De acuerdo, le llamaré si sucede algo —acepto, deseando con todas mis fuerzas que no llegue nunca ese momento.

Lo único que quiero es salir de este hospital e intentar arreglar mi relación con Daniel. Y que él se recupere.

—Una cosa más.

—Claro, usted dirá.

—El señor Bond y usted habían discutido, habían roto su relación —me aclara como si hiciese falta—. Usted apenas sabe nada de su vida o de su familia.

—¿Qué quiere decir, detective? —Me pongo en pie para evitar gritarle.

—A pesar de eso, usted figura como la única persona autorizada para tomar una decisión médica en relación con él y todas las enfermeras y médicos del hospital me han dicho que no se ha apartado de su lado ni un segundo.

—¿Adónde quiere llegar?

—Cuando le den el alta, ¿se irá con él?

—Por supuesto.

El único que podría impedirlo sería el propio Daniel y estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano para que no sea así.

—Tenga cuidado, Vzalo es peligroso y no sé si vale la pena que se juegue la vida por alguien a quien apenas conoce.

Me detengo en seco frente a él.

—Noventa —le digo—. Ése es el número exacto de días que he estado con Daniel, sin contar los que llevo en este condenado hospital. —Lo miro a los ojos—. ¿Y sabe una cosa? Me bastó con uno para saber que él y yo nos pertenecemos. Tal vez usted no lo entienda, detective, pero sí, vale la pena. Guardaré su tarjeta y

estaré atenta a lo que pase. Y cuando Daniel esté mejor, le explicaré lo que me ha contado. ¿Algo más?

Me parece que nunca he estado tan furiosa como ahora, ni me he sentido tan valiente y decidida a luchar por Daniel, ni tan dispuesta a protegerlo.

Se abre la puerta y entra otro desconocido, que se apresura a cerrar de inmediato.

—Lo siento. Jasper, han llamado del laboratorio, tienen los resultados que les pediste.

—Disculpe a mi compañero, Amelia, al parecer, ha olvidado sus modales en el coche —me dice el detective.

—Soy el agente Miller, señorita Clark.

—Encantada.

Erkel se levanta del sofá y se guarda el cuaderno en el bolsillo de la chaqueta. Se lo ve muy cansado, y no sólo porque no haya dormido, tal como me ha dicho.

—Gracias por su ayuda, Amelia —me dice, tendiéndome la mano y mirándome de un modo distinto a antes, con respeto—. Llámeme si sucede algo.

—Por supuesto —respondo, sorprendida por su cambio de actitud.

—Lo entiendo, ¿sabe? —Enarco una ceja y me lo explica—. Sé a qué se refiere, sé lo que es pertenecer a otra persona, pero eso no significa que no sea peligroso. De hecho, lo es mucho más.

Me suelta la mano y tengo la sensación de que me está hablando de algo completamente distinto a la investigación.

La conversación con Jasper Erkel me ha dejado muy alterada. En especial la última frase que me ha dicho al despedirnos. «Pertener a una persona.» Son las palabras que yo he utilizado cuando él ha insinuado que no tenía sentido que me jugase la vida por Daniel.

«Pertener a una persona.»

Antes de Daniel nunca había pensado algo así. De hecho, probablemente si hubiese oído esa frase me habría parecido absurda. Ilógica. Y algo reaccionaria. Yo soy una mujer independiente, liberada, lista, moderna, autosuficiente. ¿Por qué diablos voy a querer pertenecer a nadie? ¿O por qué diablos quiero que otra persona me pertenezca a mí?

La respuesta es sencilla. Apabullante. Rotunda.

Porque esa persona es Daniel.

He llegado a su habitación y él todavía no está, lo que sin duda no me ayuda lo más mínimo a tranquilizarme.

Pertenecer a otra persona.

Me acerco a la ventana y dejo vagar la vista por los tejados de Londres. Al instante recuerdo la primera vez que fui a su apartamento, la primera vez que me enseñó lo que conllevaba entregarme a él, y me toco con gesto casi inconsciente la muñeca donde solía llevar la cinta.

Él me regaló la llave de su piso colgando de una cinta de cuero y yo me até ésta a la muñeca. Nunca olvidaré sus ojos cuando me la vio puesta, cuando me dijo que eso me marcaba como suya. Igual que tampoco olvidaré el horror con que me miró cuando me la quitó y me obligó a devolvérsela.

No he elegido esas palabras al azar para defenderme de la insinuación del detective Erkel. Daniel me enseñó lo que significan y ahora no puedo pensar en nosotros en otros términos. Yo le pertenezco a él y él me pertenece a mí. La pregunta que de verdad me consume por dentro, la que amenaza con hacerme estallar los pulmones, es que no sé si Daniel quiere pertenecerme.

«No importa —me dice una voz que grita desde mi corazón y mi alma—, él te dijo que quería ser tuyo, que quería que lo poseyeras. Y eso es exactamente lo que vas a hacer. Porque eso es exactamente lo que él necesita.»

Apoyo la frente en el cristal de la ventana y me maldigo de nuevo por no haber sido capaz de sacar todas estas fuerzas de mí misma cuando él me lo pidió. Si lo hubiera hecho, Daniel no habría tenido el accidente. Si lo hubiera hecho, él no habría estado a punto de morir.

Dios, si ni siquiera dejé que me explicase qué quería exactamente. Tal vez entonces lo habría entendido y no me habría portado como una cobarde.

—Basta, Amelia — me digo en voz alta—. Basta.

Tengo que dejar de pensar en mí y centrarme en Daniel. Sí, eso es exactamente lo que tengo que hacer. Voy a recordar todo lo que me hizo, todos y cada uno de los sentimientos que despertó en mí, el placer que sentí en sus brazos al saber que él estaba al mando, que las reacciones de mi cuerpo eran suyas. Daniel me demostró que yo le pertenecía y me pidió que yo hiciese lo mismo con él.

Voy a demostrárselo, voy a dejarle claro que es así y que nada, ni siquiera mis miedos o su pasado pueden separarnos.

Pero no voy a conformarme con su cuerpo, ni con su placer, que es lo que él me pidió a mí que le entregase, yo lo quiero todo. Incluido su amor.

Daniel no sabe lo que ha hecho y no voy a darle la oportunidad de averiguarlo. Yo siempre he sido una mujer muy decidida, aunque hasta ahora esa determinación sólo la haya utilizado en mi vida profesional. Porque hasta ahora nunca había encontrado a nadie que me despertase por dentro.

Oigo girar el picaporte y me doy la vuelta justo a tiempo de ver entrar a los enfermeros empujando la cama de Daniel. Él sigue dormido, o al menos con los ojos cerrados.

—¿Ha ido todo bien? —le pregunto a Ivo.

—Perfectamente, el doctor Jeffries vendrá a verla dentro de un par de horas con los resultados. El señor Bond no se ha despertado y sigue descansando tranquilo. —Coloca la cama en su sitio y revisa por última vez los monitores a los que ha vuelto a conectar a Daniel—. Avíseme si necesita algo.

—Descuide.

Espero a que los dos enfermeros salgan de la habitación antes de acercarme a Daniel. Ha adelgazado, pero sigue siendo el hombre más atractivo que he visto nunca y en lo más profundo de mi ser sé que si no hubiese vuelto a verlo, no habría habido otro hombre como él en mi vida. No habría podido.

Tiene una barba incipiente, lo que hace que se le marquen más los pómulos y la fuerte mandíbula que me sedujo en cuanto lo vi. Echo de menos sus ojos.

Los ojos de Daniel son el secreto para descifrar su alma.

Recuerdo la mañana en que lo conocí. Cuando lo vi en aquel ascensor, sin saber quién era, me quedé completamente fascinada con sus ojos. Nunca había visto unos tan distantes y que quemasen tanto al mismo tiempo. Él se colocó a mi espalda y noté su presencia cerca de mi piel. Yo estaba muy nerviosa, era mi primer día en la ciudad, mi primer día en el nuevo trabajo.

Me esperaban en Mercer & Bond, el mejor bufete de abogados de Londres y de todo el Reino Unido. Había conseguido la entrevista porque Patricia Mercer es la mejor amiga de infancia de mi madre, pero mi incorporación dependía de que obtuviese el visto bueno del otro propietario del bufete.

Ningún trayecto en ascensor se me había hecho tan largo y tan corto al mismo tiempo. Él se subió en el vestíbulo, igual que yo, apenas dijo nada y se colocó al fondo, con la espalda pegada al cristal. En otra planta subieron unas señoras, y yo, la mujer a la que su prometido le había sido infiel por frígida una semana antes de la boda, tuve ganas de arrancarles los ojos y evitar así que lo mirasen.

Hay hombres que cuando se sienten observados por una mujer se hinchan de orgullo, otros se pavonean sin disimulo y unos pocos se incomodan. Daniel no hizo nada de eso. Sin moverse de donde estaba, su postura transmitió a aquellas mujeres que no estaba interesado en sus miradas y que éstas no eran bienvenidas, y a mí que sabía que no me había gustado que lo mirasen.

El ascensor se detuvo en el piso donde se encontraba la sede de Mercer & Bond y si él no me hubiese avisado, habría podido quedarme allí mirándolo para siempre. Salí del habitáculo metálico convencida de que nunca más volvería a ver al atractivo y distante desconocido de mirada triste y penetrante. Pero apenas una hora más tarde, descubrí que era Daniel Bond y que tenía mi futuro en sus manos.

Al menos profesionalmente.

Él intentó que Patricia no me contratase y cuando ésta lo obligó a hacerlo acogiéndose a una de las normas del bufete, Daniel se ofreció a encontrarme trabajo en otro despacho de abogados si accedía a irme de allí. Nunca se lo he dicho a él, pero si esa proposición me la hubiese hecho Patricia, habría aceptado.

¿Por qué me quedé? ¿Porque Mercer & Bond es un gran bufete? No, lo hice porque ningún hombre me había hecho reaccionar nunca como Daniel.

Meses atrás, pensaba que eso me convertía en una mujer débil, que mi futuro no podía depender de lo que un hombre me hiciese sentir. Pero ahora sé que estaba equivocada, que nunca había conocido a nadie que me demostrase en

qué consiste el amor y el deseo. La vida.

Daniel lo sabía. Lo supo desde el principio y por eso intentó resistirse a la atracción que parecía incontenible entre nosotros.

Le paso una mano por el pelo y me siento en la silla que hay al lado de la cama. Tal vez él no se resistió sólo por eso. Tal vez sabía que si se daba la oportunidad de estar conmigo, sus verdaderos anhelos terminarían por salir a la luz. Tenía miedo de que yo no supiera entenderlo, de que no pudiese estar a la altura.

Cierro los ojos y me maldigo de nuevo. Por desgracia, Daniel acertó.

Le fallé.

Ni siquiera fui capaz de entenderlo.

Sin embargo, ahora lo entiendo con absoluta claridad. No es difícil. Ni obsceno. Sencillamente es la máxima expresión del amor: Daniel quería pertenecerme. Y yo lo rechacé.

Me llevo una mano a la mejilla para secarme una lágrima.

—No llores.

Abro los ojos de golpe y el corazón se me sube a la garganta.

—Daniel —balbuceo y esa única lágrima de repente tiene mucha compañía.

—No llores —repito.

—Yo... —tengo que tragar saliva para poder continuar—... lo siento.

No me estoy disculpando por las lágrimas y él lo debe de saber, porque tarda varios segundos en contestar y no aparta sus negros ojos de los míos.

—No, ahora no.

Vuelve la cara, la emoción se ha desvanecido de golpe y mira hacia el frente.

—Daniel... —empiezo.

—Me precipité, Amelia —afirma rotundo—. No voy a cometer el mismo error.

—Pero...

—Es demasiado importante.

Asiento y trago saliva. No quiero alterarlo, no creo que sea lo mejor, teniendo en cuenta las circunstancias, y en el fondo sé que tiene razón. Ahora no es el momento de hablar de eso. Necesitamos mucha más intimidad de la que puede

proporcionarnos esta habitación de hospital.

—De acuerdo —acepto—. El doctor Jeffries vendrá dentro de un rato con los resultados de las pruebas que acaban de hacerte.

Él vuelve la cabeza de nuevo, despacio, y tarda varios segundos en hablarme.

—Estoy cansado —dice—. Creo que dormiré un rato. Tal vez podrías irte a casa y regresar más tarde. Seguro que tú también necesitas descansar.

¿Qué diablos me está insinuando? ¿Que no le hago falta, que no me necesita?

Ni hablar.

—Estoy bien. No te preocupes por mí. Tú duerme, yo me quedaré aquí sentada —contesto, tras decidir que lo mejor para los dos será fingir que no me he dado cuenta de lo que pretendía.

—Vete, Amelia. No hace falta que te quedes.

De no ser porque esas palabras están a punto de partirme el corazón, habría sonreído de felicidad al oír de nuevo su tono firme. Vuelve a sonar como antes, como el hombre seguro y decidido del que me enamoré sin remedio y no voy a permitir que me eche de su lado.

Él me dijo claramente que me necesitaba y hasta que no me diga lo contrario, nada ni nadie me alejará de aquí (y si me lo dice, quizá tampoco).

—Voy a quedarme, Daniel —aseguro con firmeza, mirándolo directamente a los ojos.

Los suyos brillan. Y él mismo debe de notarlo, porque inclina levemente el mentón hacia abajo y vuelve la cara de nuevo hacia la ventana, pero no repite que me vaya.

Los dos nos quedamos en silencio; su torso sube y baja con cada respiración y los latidos de mi corazón van acompañándose a ese movimiento.

Le he echado de menos. Me he pasado los últimos días atemorizada ante la posibilidad de que no se despertase y, sin embargo, ese miedo me parece ridículo comparado con el que siento ahora al ver que Daniel quiere apartarse de mí.

Una parte de mí me dice que tengo que ser comprensiva, él ha estado a punto de morir en un accidente de coche y es incluso lógico que quiera estar solo para pensar en todo lo que le ha sucedido. Pero otra parte, la que habita en mis entrañas y en mi corazón, me dice que no puedo permitirselo, que lo que de verdad necesita

es que yo esté a su lado y le recuerde por qué tenemos que estar juntos.

Niego con la cabeza y decido hacerle caso a esa segunda voz; es la misma que me gritó que me equivocaba la noche en que lo abandoné. Aunque debo ir con cuidado. Despacio. Con suma cautela e inteligencia.

El día que conocí a Daniel en aquel ascensor, lo comparé en mi mente con una pantera enjaulada. Ahora esa pantera además está herida y desconfía de todo el mundo, incluso de mí. Y con razón. Tengo que volver a ganarme su confianza.

Sólo así lograré despertar de nuevo su pasión y, finalmente, obtener su amor.

Qué estúpida he sido por no haberme dado cuenta antes. Un hombre que posee a una mujer como Daniel me poseyó a mí en su casa de la Toscana, no lo hace sólo porque sienta deseo. Se trata de algo mucho más profundo y duradero.

No puedo seguir reconcomiéndome por mis errores, tengo que ser fuerte y seguir adelante. Y a juzgar por la actitud de Daniel, voy a necesitar ser más valiente de lo que había creído en un principio.

—¿Recuerdas algo del accidente? —le pregunto y me arrepiento al instante, porque la respiración se le acelera durante un segundo.

—Sí. —Creo que ésa va a ser la única palabra que salga de sus labios, pero me equivoco—. ¿Por qué no iba a acordarme? —Vuelve la cabeza y me mira con el cejo fruncido—. ¿Te han dicho algo los médicos?

—No, no —me apresuro a asegurarle—. No. El doctor Jeffries vendrá más tarde y ahora que... —tengo que volver a tragar saliva—... ahora que estás despierto, podemos hablar los dos con él. —No voy a darle la oportunidad de que me eche de esa conversación—. Él te confirmará lo que quieras.

—Sé que no me mentirías, Amelia.

Esa pequeña afirmación me reconforta un poco, pero no consigo quitarme de encima el temor que me produce su distanciamiento.

—Cuando me llamaron del hospital, la noche del accidente... —levanto una mano y deslizo un dedo por encima de la cinta de cuero que le ató hace días alrededor de la muñeca. A él se le eriza el vello del antebrazo, pero es la única reacción que consigo—... me dijeron que yo figuro como persona de contacto en tu póliza de accidentes.

No hace falta que le pregunte por qué. Daniel vuelve de nuevo la cara y me mira otra vez.

—Antes tenía a Patricia.

Cierro los dedos de la mano con la que no lo estoy tocando hasta clavarme las uñas en la palma. A pesar de las intimidades que compartimos, la vida de Daniel sigue siendo un secreto para mí y me duele no saber qué papel ha desempeñado Patricia Mercer en ella. Me trago mi orgullo y me obligo a no reaccionar.

«Voy a ser fuerte», me repito.

—¿Cuándo lo cambiaste?

Él parece relajarse ante mi actitud calmada y en cierto modo dominante. No he aceptado su breve respuesta y no le he pedido que me lo explique, simplemente le he dicho que sea más específico.

—La primera vez que viniste a mi piso.

—El mismo día que me diste la llave —digo, sin esperar a que él me lo confirme—. Entiendo.

Y es verdad. Para Daniel, entregarme esa llave equivalía a un compromiso y en su mente era de lo más lógico que yo fuese también la persona autorizada a tomar una decisión en su nombre en el caso de que él no pudiese. Si me lo hubiese dicho, si me hubiese explicado lo que de verdad sentía... No, no voy a excusarme. Cometí un error y ahora tengo que pagar las consecuencias.

—Cuando salga de aquí...

—No, Daniel —lo interrumpo yo ahora—. No es el momento. Hablaremos de todo cuando estés bien.

Deslizo los dedos por encima de su mano y los entrelazo con los suyos.

—De acuerdo —acepta ahora él, tras apretármelos levemente.

Siento una opresión en el pecho, pero el breve instante de felicidad desaparece sin previo aviso. Daniel me suelta los dedos y flexiona los suyos para ocultar el rechazo.

—Tengo una mano rota y también la rodilla, ¿no? —me pregunta, recorriendo los yesos con la mirada—. ¿Qué más?

—Un pulmón perforado y tuvieron que intervenirme para eliminar un coágulo en el cerebro —respondo con su misma frialdad—. Tendrás que hacer recuperación para el brazo y la pierna. La herida del pulmón está cicatrizando bien y supongo que el médico nos hablará más tarde del resto.

—Vaya.

—Sí, vaya. —Me estoy poniendo furiosa. ¿Acaso le parece poco?—. ¿Hacia

adónde ibas con tanta prisa? ¿Y de dónde venías? Llevaba semanas sin saber de ti. Ni siquiera Stephanie sabía dónde estabas. No puedes volver a hacerme esto, Daniel —se me escapa.

Quizá él tenga práctica en eso de mantener las distancias y controlar sus emociones, pero a mí me está costando. Y creo que después de todo lo que ha pasado, me merezco un respiro. Un beso. O como mínimo un abrazo.

—Volvía a Londres. No iba tan rápido, aunque reconozco que probablemente no tenía toda la atención fija en la carretera. Me embistió un coche, un todoterreno. Y el Jaguar perdió el control. —Frunce el cejo como si estuviese intentando recordar algo—. El volante no respondía.

—Oh, Dios mío. —Me tiembla la voz y le cojo la mano.

Él intenta soltarse, pero no se lo permito. Ahora no.

—Estaba en Escocia, volví hace una semana. —Hace una mueca y niega levemente con la cabeza—. Dos, supongo. Me paré unos días en mi casa de las afueras para pensar.

—¿En qué?

Me mira como si fuese idiota, con una ceja enarcada, y no puedo evitar sentirme reconfortada.

—Me hiciste mucho daño, Amelia.

—Lo sé —reconozco y noto que los ojos se me empañan.

Daniel asiente y aparta la vista, aunque no me suelta la mano.

—Pensaba que nunca me atrevería a decírtelo —añade, pero tengo la sensación de que está hablando para sí mismo—. Ahora ya no importa.

«No, claro que importa —me grita mi mente—. Quizá sea lo único que importa.»

—También me lo hice a mí misma —confieso en voz baja.

Se vuelve de nuevo hacia mí y veo que está furioso. La rabia sólo brilla un segundo en sus ojos, pero ha estado ahí. Me suelta la mano y levanta la suya con cuidado hacia su cara para apartarse un mechón de pelo de la frente. En cuanto la muñeca le pasa por delante de los ojos, la detiene de inmediato.

Ha visto la cinta.

¿Es posible que hasta ahora no se haya dado cuenta de que la lleva? No. Cuando abrió los ojos por primera vez, la vio y me preguntó qué significaba.

Jamás podré olvidar aquel «¿Tuyo?». Ni el brillo de su mirada cuando yo le respondí «Mío».

Tal vez lo ha olvidado. Tal vez quiere olvidarlo.

No sé cuál de las dos opciones me revuelve más las entrañas.

Daniel suelta el aire despacio y se aparta el mechón de pelo con los dedos. No me dice nada, pero cuando coloca de nuevo la mano encima de la cama, lo hace cerca de la que tiene rota y enyesada, lejos de la mía.

Esto no puede seguir así.

No es el lugar ni el momento adecuados, sin embargo, voy a ponerme en pie y obligarlo a mirarme a los ojos de una vez por todas. Me levanto.

—Amelia, acabo de cruzarme con el detective Erkel y me ha dicho que Daniel se ha despertado.

El que irrumpe en medio de la habitación sin llamar y con el rostro alterado no es otro que Rafferty Jones. Y por eso no lo echo de allí a patadas.

Me doy media vuelta y al verlo se me saltan las lágrimas que tanto he luchado por contener delante de Daniel.

Rafferty es el único amigo con el que puedo hablar sobre Daniel. Ellos dos fueron amigos también hace mucho tiempo y creo que, si ambos hacen un esfuerzo, podrían volver a serlo. Yo hace poco que conozco a Raff, aunque supongo que debido a las emociones que hemos compartido durante este breve período, nuestra amistad se ha cimentado muy rápido. Además, él me ha ayudado mucho durante esta semana; fue quien llamó al tío de Daniel y quien se ha ocupado de mantener a Patricia y al resto de la gente del bufete lejos del hospital.

Raff corre a abrazarme. Él es así.

—Lo siento, Amelia —me dice, soportando mis lágrimas—. Creía que Erkel estaba en lo cierto. Lo siento, ya verás cómo Daniel se despierta pronto. Tendrías que irte a casa a descansar un rato.

—Estoy despierto.

—¡Joder, Daniel! —Raff me suelta de golpe y corre a colocarse frente a la cama—. ¡Estás despierto! —exclama, sonriendo de oreja a oreja—. Menudo susto nos has dado a todos, en especial a Amelia.

Él se atreve a hacer lo que yo no he sido capaz y abraza a Daniel. El gesto sólo dura un segundo, el tiempo que ha tardado éste en tensarse.

—Lo siento —se disculpa Raff al apartarse, aunque basta con mirarlo para

saber que no lo siente lo más mínimo—. ¿Cuándo te has despertado? ¿Estás bien? ¿Qué dicen los médicos? ¿Cuándo te darán el alta?

Se ha sentado a los pies de la cama y por un instante no me cuesta nada imaginármelos a los dos diez o quince años antes, compartiendo dormitorio en la universidad.

Daniel frunce el cejo y, a pesar de que tiene casi medio cuerpo vendado y de que acaba de despertarse de un coma de una semana, consigue resultar intimidante.

—¿Desde cuándo me visitas en el hospital? ¿No tienes nada mejor que hacer con tu tiempo, Rafferty?

La carcajada que suelta éste nos alivia a los tres, pero yo decido seguir en silencio, a la espera de ver cómo se va desarrollando el encuentro de estos dos hombres tan formidables.

—Me alegra ver que no has cambiado, Daniel. Sigues siendo el mismo engreído maleducado de siempre. Joder, creo que incluso te he echado de menos.

—Tú también estás igual, imbécil.

—Bueno, ahora que nos hemos quitado de encima las frases emotivas —dice Raff sin dejar de sonreír—, ¿qué te han dicho los médicos?

—El doctor Jeffries vendrá más tarde —responde él, todavía algo distante—. Ya que al parecer has venido por aquí a menudo y que opinas igual que yo respecto a Amelia, ¿por qué no te quedas conmigo un rato mientras ella va a descansar?

Oh, no, Daniel pretende adoptar el papel de ¿novio preocupado? Es una estratagema para que me vaya. No me extraña que sea el mejor abogado de Inglaterra, incluso sedado y recuperándose de un accidente casi mortal, su mente no deja de tramar cómo salirse con la suya. Es una lástima que se haya topado con una mujer que lo ama y que no está dispuesta a darse por vencida.

—Daniel tiene razón, Amelia. —El traidor de Raff acaba de pasarse al otro bando. Típico de los hombres—. ¿Por qué no te vas a casa a descansar un rato? Yo me quedo y te llamo si hay alguna novedad.

Miro a Daniel por encima del hombro de su amigo y estoy segura de que intenta reprimir una mueca de satisfacción. El muy cretino se va a enterar. Quizá antes de nuestra separación, antes del accidente, yo habría cedido a sus deseos sin rechistar, pero ahora no. Además, la situación es tan buena como cualquier otra para empezar a dejarle claro cómo van a ser las cosas.

—Está bien —digo, desviando la mirada de Daniel a Raff para luego volver al primero—, me iré a casa un rato. Volveré dentro de dos horas. —Cojo el bolso que tengo colgado detrás de la puerta y también el abrigo—. Le diré a la enfermera del doctor Jeffries que me mande un mensaje veinte minutos antes de la visita del médico. Estaré aquí cuando venga a comentar los resultados de las pruebas.

Me pongo el abrigo y miro a Raff.

—Procura que él también descanse —le digo.

—Claro, no te preocupes —accede, mirándome con suspicacia.

En la semana que llevo en el hospital, es la primera vez que me marchó prácticamente sin protestar y no es de extrañar que a Rafferty lo sorprenda mi comportamiento.

Asiento levemente y me acerco a la cama, desde donde Daniel no ha dejado de mirarme. No me detengo a los pies, ni tampoco al lado. Camino hasta quedar pegada a ella y me siento en el colchón. Mi cadera roza la de Daniel y, sin darle tiempo a reaccionar (porque tengo miedo de que se aparte y miedo a perder el valor), le cojo la muñeca en la que lleva la cinta y le sujeto el brazo. Apoyo nuestras manos encima de la sábana con firmeza, la mía levemente encima de la suya, sin soltarle la muñeca, y aprovecho ese punto de apoyo para inclinarme hacia él.

En circunstancias normales, Daniel habría podido quitármeme de encima en cuestión de segundos. Probablemente ahora también podría, pero lo he pillado por sorpresa y todavía está aturdido.

Sigo inclinándome con cuidado de no presionar ninguna herida y no me detengo hasta que mis pechos notan el calor que desprende su torso. Él persiste en seguir mirando al frente, esquivando mis ojos. Me acerco todavía más y respiro profundamente cuando encuentro el cuello de él. Espero un segundo y sonrío trémula al ver que se le eriza la piel.

A ver durante cuánto más tiempo puede seguir ignorándome.

—Iré a mi casa a por más ropa —le explico despacio. Tengo los labios a escasos centímetros de su oreja y con la mano derecha sigo sujetando su muñeca izquierda. Muevo el dedo índice sobre su piel y oigo que se queda sin aliento—. Después pasaré por el apartamento para coger algo para ti.

Ni se me ocurre recordarle que sigo teniendo la llave. Vuelvo levemente la cara y durante un segundo miro a Raff, que descubro que está fuera de la habitación, con la puerta entreabierta. Ni Daniel ni yo nos habíamos percatado de que nuestro amigo ha tenido el buen tino de dejarnos solos.

Cierro los ojos y los latidos de mi corazón resuenan en mi mente. Vuelvo a

moverme un poco hasta notar que mi nariz roza la piel de Daniel. Suspiro y me detengo unos segundos para permitir que mi cuerpo y mi alma disfruten de esa cercanía que habían creído perdida para siempre. Respiro despacio, porque no puedo dejar de temblar, y apoyo la frente en el hueco de su cuello. Lo noto estremecerse y sin poder contenerme más, deposito un breve beso en su clavícula.

—¿Necesitas algo? —le pregunto, con el rostro todavía oculto en su cuello.

Quiero ver cómo reacciona, si finge que esa pregunta hace referencia a sus utensilios de aseo y a su ropa o si se atreve a recordarme lo que me pidió el día que nos separamos.

Lo oigo soltar el aire y me aparto despacio para poder mirarlo a los ojos. Los únicos que no me mentirían. Daniel sigue evitando los míos. Echo la cabeza hacia atrás con el resto de mi cuerpo prácticamente encima de él, impidiéndole distanciarse de mí, al menos físicamente. Veo que traga saliva antes de hablar y cuando lo hace se mantiene firme.

—No necesito nada.

—Mírame, Daniel. —Levanto la mano que tengo libre, dispuesta a volverle la cara si él insiste en esquivarme—. Mírame.

Suelta de nuevo el aire entre los dientes y, despacio, se vuelve hacia mí. Me sostiene la mirada y por primera vez desde que se ha despertado, veo en sus ojos la determinación y el fuego que convierten a Daniel en lo que es: un luchador.

El corazón me golpea las costillas y tengo tal nudo en el estómago que probablemente no pueda volver a comer nunca. Se me eriza la piel de la espalda, empezando por la base y terminando justo en la nuca, y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Tengo que seguir adelante.

La mano con la que tenía intención de obligarlo a mirarme se detiene casi por voluntad propia a escasos centímetros de su mandíbula. Daniel la ve de reojo y aprieta los dientes sin apartar los ojos de los míos. Un desafío.

Bajo la mano y le acaricio el pómulos. Él no retrocede, pero con los dedos de la mano ilesa, cuya muñeca yo sigo sujetando, aprieta la sábana color verde agua de la cama hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Me detengo en la mandíbula de Daniel y con el pulgar le sujeto suavemente el mentón. Deslizo la yema por la barba incipiente que oscurece esa parte de su rostro. No lo hago con fuerza pero me doy cuenta de que si él intenta apartarse de mí, se lo impediré sin dudar.

Daniel no cede ni un milímetro y endurece más la mirada, pero el aliento que se escapa entre sus labios tiembla durante un segundo y mi torso está tan

pegado al suyo que siento cómo se le acelera el corazón. Quizá su mente quiera echarme de aquí, de esta habitación de hospital, de su lado y probablemente de su vida, pero hay otras partes de él que quieren que me quede.

Cierro los ojos sólo un segundo y deseo con todas mis fuerzas que su corazón sea una de esas partes. Los abro y me enfrento de nuevo a su mirada; fuerte, implacable, herida.

Podría soltarlo, apartarme despacio y acariciarle la mejilla con ternura. Quizá podría darle un beso en el pómulo o en la frente, un gesto cariñoso y tierno al mismo tiempo. Reconfortante.

Pero Daniel no necesita nada de eso.

Y la verdad es que yo tampoco.

Escucho la voz de mi interior y reclamo sus labios. Él se sorprende y aprovecho ese breve instante para deslizar la lengua dentro de su boca y recordar su sabor. Muevo los labios sin ocultar que me tiemblan, mientras recorro los suyos en busca de una reacción. Daniel tiembla de nuevo y le capturo el labio inferior con los dientes.

Deslizo el pulgar que tengo en su mentón y le acaricio suavemente la mandíbula. Él vuelve a soltar el aliento y por fin siento la caricia de su lengua en la mía. Suspiro, incapaz de disimular el alivio que me provoca recibir de nuevo sus besos, y le suelto el labio para poder besarlo de nuevo.

Eso no es un beso, sino una lucha, una batalla para determinar cuál de los dos desea más al otro. Daniel sigue apretando la sábana. Tal vez no puede hacer nada. Tal vez quiera que yo tome el mando.

La espiral de deseo que se ha instalado en mi ombligo al sentir el tacto de sus labios empieza a arder hasta convertirse en un fuego incontenible.

Sigo sin entenderlo, pero antes, saber que este hombre tan fuerte estaba rendido ante mí me hacía sentir como si fuese la mujer más sensual del mundo. La más deseada. La más amada.

¿Y él ahora quiere arrebatarme ese sentimiento?

Separo más los labios y profundizo el beso. Muevo la lengua por el interior de su boca sin dejar ni un centímetro por descubrir. Aprieto los dedos con que le sujeto el mentón y lo mantengo inmóvil. Justo en ese instante, siento que él se estremece. Se oye un gemido. ¿Mío o de Daniel? Lo engullo y sigo besándolo.

Él ahora me está devolviendo el beso, sus labios tiemblan bajo los míos y su lengua danza con la mía, pero todavía no me ha tocado.

No voy a irme de esta habitación hasta que lo haga. Él lo necesita tanto como yo. O incluso más. Daniel tiene que recordar que yo estoy aquí de verdad. A su lado. Que lo nuestro no es sólo pasión o deseo, sino mucho más.

«Quiero pertenecerte.»

Sus palabras resuenan en mi mente y me dan el valor que necesito para seguir adelante. Mis pechos suben y bajan, pegados a su torso. La piel me quema y supongo que Daniel puede notar lo excitada que estoy. Yo puedo sentir cada uno de los latidos de su corazón. Unos latidos que no sólo me demuestran que está vivo, sino que sigue deseándome. Me aferro a eso como a un clavo ardiendo y abro más los labios para besarlos como espero que no lo hayan besado nunca antes. Lo beso con todo mi ser, con mi lengua busco la suya y la capturo, mis dientes golpean levemente los de él y nuestros labios pugnan por esclavizarse.

Daniel está perdido en este beso y yo quiero perderme también en él, sin embargo, sé que antes de irme de aquí tengo que conseguir algo más. Deslizo la mano hasta su nuca y enredo los dedos en su pelo. Lo sujeto con fuerza para detener por completo los movimientos de su cabeza y dejarle claro que este beso, y todos los demás, me pertenecen.

No sé explicarlo. No sé qué me pasa. Siento la necesidad abrumadora de meterme dentro de Daniel, de hacer todo lo que sea necesario para hacerlo feliz. Él intenta mover levemente la cabeza y yo le tiro del pelo para impedirselo. Daniel tiembla y gime. Yo también. Lo único que quiero es cuidarlo y lo único que necesito a cambio es que él me lo permita. Que se ponga en mis manos.

Oh, Dios mío. Si esto es lo que sentía Daniel cuando yo me entregaba a él, es una sensación maravillosa.

Única.

La más excitante y demoledora que he sentido nunca. Da miedo e infunde un enorme respeto.

Y yo me he atrevido a reproducirla sin pensarlo demasiado. Tal vez lo esté haciendo mal. Un horrible escalofrío me recorre todo el cuerpo. Tal vez esto no era lo que Daniel quería.

«No, Amelia, no te rindas.»

Aprieto los dedos que tengo en su nuca, con cuidado de no hacerle daño, pero decidida a demostrarle que sus reacciones me pertenecen. Él suspira y separa más los labios para que nuestro beso siga aumentando de intensidad. Sin embargo, yo quiero que me toque, quiero sentir el tacto de esa mano con la cinta en la muñeca en mi espalda, en mi pelo, en mi brazo. En cualquier parte.

Esta situación me viene grande. Daniel lleva años dominando a sus parejas sexualmente y yo sólo sé lo que él me ha enseñado.

«Sé tú misma, Amelia. Él te pidió a ti que le dieras lo que necesitaba. No se lo pidió a ninguna de sus otras mujeres.»

Confío más en Daniel que en mí. Si él estaba convencido de que yo era la única mujer adecuada para él, entonces lo soy. No me permito seguir cuestionándome mi comportamiento. Ya lo haré cuando esté a solas, ahora voy a seguir mi instinto.

Y mi instinto me dice que me aparte de Daniel y deje de besarlo.

Deslizo la lengua por última vez por el interior de su boca y termino el beso. Aflojo la mano con que le sujetaba la muñeca con la cinta y, sin apartar la mía, le doy libertad para que pueda moverla si así lo desea. —Ojalá lo desease tanto como yo—. Tiemblo y echo la cabeza levemente hacia atrás, sin soltarle el pelo de la nuca y abro los ojos.

Él también los abre. Tiene las pupilas dilatadas y la respiración entrecortada. Los labios húmedos y rojos. Aflojo uno a uno los dedos que tengo enredados en su pelo, pero no muevo la mano. A Daniel se le ven los ojos completamente negros y las vetas doradas que recorren sus iris parecen arder en llamas. Suelta el aliento. ¿Aliviado? ¿Decepcionado?

Reacciono al instante y vuelvo a cerrar los dedos en la nuca de él. Tiro de nuevo con fuerza, el miedo a estar equivocándome guía en parte mis movimientos. Nunca nada me ha importado tanto como hacerlo bien con Daniel. Sólo tengo una oportunidad. Y es ésta.

Aprieto los dedos y a él le tiembla un músculo de la mandíbula.

—¿Estás seguro de que no necesitas nada? —lo desafío con la mirada y rezo para que no me tiemble la voz.

Daniel resopla por la nariz y tensa todo el cuerpo. Prácticamente le han desaparecido los iris y tiene la mandíbula tan apretada que temo que se le vaya a romper.

He hecho mal. No he acertado. Lo mejor será que lo suelte y me vaya de aquí, pienso, pero mis dedos se niegan a obedecerme. Respiro hondo; a pesar del fiasco, pienso mantener mi dignidad y me dispongo a armarme de valor y alejarme de él.

Justo en este momento, un segundo antes de que Daniel hable, siento que suelta los dedos de la sábana.

—Ven aquí —farfulla, al tiempo que coloca la mano en mi nuca para acercarme a él.

Temblamos. Le tiro del pelo en un gesto inconsciente. Irremediable. Gime. Gimo. Nuestras lenguas libran una batalla de la que las dos resultan vencedoras y nos mordemos los labios.

Daniel mantiene la mano en mi nuca, la siento temblar y me estremezco al notar el tacto de la cinta de cuero en mi piel. En ningún momento él intenta tomar el control, sencillamente, me acaricia con las yemas de los dedos, como si fuesen mariposas que me quemaran con cada aleteo.

El sabor de sus besos vuelve a meterse dentro de mi cuerpo y de repente tengo ganas de capturar su labio inferior entre mis dientes para morderlo. No quiero hacerle daño. Jamás sería capaz de hacerle daño a Daniel, pero al mismo tiempo quiero que sepa lo furiosa que estoy por lo que él estaba intentando hacer. Y, en cierto modo, una parte de mí quiere vengarse por el acuciante dolor que he sentido desde el accidente.

Quiero, no, necesito sentir que Daniel y yo estamos juntos, que él me pertenece por completo.

Sus labios tiemblan y noto el sabor de la sangre. ¿Le he mordido sin darme cuenta? Él no deja de besarme ni retrocede ofendido. Al contrario. Se le acelera el corazón y durante unos segundos me rindo a mis instintos y lo beso más profundamente, dejando que esas pocas gotas de sangre se mezclen en nuestro beso.

Estos sentimientos son demasiado complejos para mí. Demasiado intensos y confusos. Yo sólo quería que Daniel me tocara, arrancarle una reacción sincera que me demostrara que sigue sintiendo algo por mí.

No estaba preparada para este beso. Y tal vez él tampoco.

Suspiro y tras depositar un leve beso en sus labios, justo encima de donde le he mordido, me aparto.

Aflojo despacio los dedos que tengo en su nuca y al retirar la mano, veo que él acerca su mejilla a mi palma. Ese gesto que Daniel hace de un modo completamente inconsciente me tranquiliza y reconforta. Suspiro aliviada a pesar del tumulto de emociones que bullen en mi interior.

—Volveré dentro de dos horas.

—De acuerdo.

Me levanto de la cama y salgo de la habitación sin volver a mirarlo. No

quiero correr el riesgo de pedirle perdón por lo que ha sucedido. Una parte de mí sigue sintiendo la acuciante necesidad de volver a ser la chica dulce y perfecta de antes, la novia ideal. Tal vez ahora esté confusa, pero sí sé que ser esa chica de postal no me sirvió de nada y no me hizo feliz.

Y, lo más importante, esa chica de postal no era la que Daniel quería.

Y yo tampoco.

Sujeto la tira del bolso para que no se me caiga del hombro y para disimular que me tiemblan las manos, y salgo al pasillo.

—Adiós, Raff, gracias por quedarte —le digo sin detenerme.

Raff es mi amigo, pero no quiero que me vea tan alterada. No es sólo vergüenza, en realidad no me avergüenza lo más mínimo lo que Daniel y yo tenemos, sino porque quiero quedarme para mí sola las sensaciones que me ha causado ese beso.

El primer beso con el que he reclamado a Daniel.

Cojo un taxi en la misma parada del hospital y le doy la dirección del piso que comparto con Marina. O, mejor dicho, del piso que ella accedió a compartir conmigo. Marina es mi mejor amiga, aunque me avergüenza reconocer que durante una época de mi vida me olvidé de ella y la dejé a un lado; durante mi noviazgo con Tom.

Ahora todos esos recuerdos parecen formar parte de otra vida, de otra persona incluso. Se alejan de mí igual que las calles por las que circula el vehículo. Suelto el aliento y me recuesto en el respaldo del asiento. Todavía estoy alterada por el beso, me temo que lo estaré durante mucho tiempo, y las preguntas y las dudas sobre Daniel me saturan la mente hasta tal punto que cierro los ojos para no pensar.

Dejo que el sonido del motor y de la radio que se oye de fondo me acunen y, como si se tratase de una película, revivo un recuerdo absurdo que creía casi olvidado: el del día en que rompí definitivamente mi compromiso con Tom y decidí mudarme a Londres.

Era primavera, siempre había querido casarme en junio y llevaba meses planeando la que sin duda iba a ser la boda perfecta. (Es curioso cómo ciertos recuerdos pierden todo el brillo y se convierten en esperpentos con el paso del tiempo.) A mi familia siempre le había gustado mucho Tom, en especial a mi hermano Robert, que lo consideraba uno de sus mejores amigos. Irónico, pienso ahora, cuando me marché de Bloxham, tuve que convencer a Robert de que no valía la pena romperle la cara a Tom.

Recuerdo que había quedado con mi novio para elegir las flores, pero me llamó la mujer de la floristería para anular la cita y yo, gracias a Dios, no llamé a Tom para decírselo, sino que decidí ir a su apartamento para ver si le iba bien que comiéramos juntos. Allí lo pillé con una rubia de rodillas, practicándole «la mejor mamada de la historia», según sus propias palabras.

Durante semanas, esa imagen me resultó muy dolorosa. Después, llegó a parecerme patética, pero ahora sencillamente me resulta lamentable.

El sonido de un claxon me hace abrir los ojos y sonrío al comprobar que, efectivamente, estoy en Londres y no en Bloxham convertida en la esposa de un impresentable. Tal vez debería darle las gracias a Tom. Él me obligó a asumir la

realidad mucho más pronto de lo que yo me habría atrevido a hacerlo; porque a pesar de que sé que me habría casado con él, también sé que, tarde o temprano, lo habría dejado y habría empezado mi verdadera vida.

Con Daniel.

Sí, soy una romántica y por fin he dejado de negarlo o de avergonzarme de ello. Soy una romántica y creo firmemente en que el amor existe, pero no ese amor dulzón e infantil de los cuentos de hadas, sino el amor que domina todo tu ser y te impulsa a hacer cualquier cosa con tal de poseer a la persona amada. A mí el único hombre que me hace sentirme así es Daniel y por eso ni se me pasó por la cabeza perdonar a Tom o volver a darle una oportunidad a lo nuestro cuando él me lo pidió hace unas semanas.

Aunque reconozco que su petición le sentó muy bien a mi ego.

—Ya hemos llegado, señorita.

Miro hacia la derecha y veo que el taxi se ha detenido delante de mi portal.

—Aquí tiene.

Pago la carrera y salgo del vehículo.

El trayecto me ha tranquilizado. Me ha ido muy bien recordar cómo era mi vida cuando Daniel no formaba parte de ella.

Entro en el apartamento, a oscuras y en silencio, pero con rastros más que evidentes de que Marina ha estado allí; unas zapatillas de deporte descansan junto al sofá y hay una copa de vino encima de la mesa. Voy directa a mi dormitorio y cojo una bolsa de deporte con intención de llenarla con un par de mudas, un pijama, el cargador del móvil y mi neceser de maquillaje. Centrarme en esos detalles prácticos evita que me asalten de nuevo las dudas acerca de Daniel y de lo que ha sucedido en el hospital. El beso ha sido maravilloso pero no soy tan ingenua como para creer que eso significa que ya está todo arreglado entre él y yo. Ni de lejos.

Daniel ha cedido a mis labios y ha aceptado el beso, incluso me lo ha devuelto, pero sus ojos han insistido en distanciarse de mí.

Oigo girar la llave en la cerradura y salgo al pasillo para recibir a Marina. Llevo días queriendo hablar con ella. Durante los noventa días que estuve con Daniel, fue a la única a la que le conté levemente lo que Daniel me estaba pidiendo, y ella no me juzgó, ni me miró como si estuviese loca. Sencillamente me dijo que tuviese cuidado.

Cuando las cosas entre nosotros dos se torcieron, mi amiga me hizo mucha

falta, pero durante esa época Marina tuvo que irse a Italia para visitar a su familia. Ahora quiero preguntarle por ese viaje. Igual que por Raff. No sé qué sucedió en Italia, sólo que él la acompañó y que ahora apenas pueden estar juntos en la misma habitación.

—¿Hola? —saludó Marina, indecisa, al entrar.

—Hola, Marina, estoy aquí.

—He venido en cuanto me he enterado.

Deja el bolso encima de la mesa del comedor y se quita el abrigo. No puedo remediar sentir la misma envidia que siento siempre que la veo. Es guapísima y se ponga lo que se ponga se la ve sofisticada, aunque lleve vaqueros y una camiseta, como es el caso de hoy.

—¿Cómo te has enterado?

Soy tan mala amiga que no he tenido la delicadeza de llamarla para ponerla al día del estado de salud de Daniel. Me avergüenzo de mí misma y me prometo que voy a remediarlo.

—Raff me ha mandado un mensaje. —Levanta el móvil que lleva en la mano y lo sacude levemente, mientras se acerca para darme un abrazo—. Me alegro mucho por ti, ya sabía yo que se iba a poner bien.

La generosidad de Marina me emociona y tras estrecharla también con fuerza, la suelto y, cogiéndola de la mano, me dirijo con ella al sofá.

—Creía que Raff y tú no os hablabais.

Ambas nos sentamos. Marina se coloca un cojín en el regazo para abrazarse a él. Es una mujer alta y fuerte, una italiana temperamental y decidida, segura de sí misma. Y, sin embargo, en ese preciso instante me recuerda a una niña pequeña a la que acaban de decirle que Papá Noel no existe.

—No quiero hablar de eso.

Ha estado pensativa durante bastante rato y tengo la sensación de que le ha costado decidirse por esa frase.

—¿Por qué?

—Porque ya no es importante. No hay nada de que hablar.

Enarco una ceja y la miro incrédula. Ella suspira resignada antes de decir:

—Rafferty y yo no queremos lo mismo en una relación. —Mueve las manos (realmente, lo de los italianos y la gesticulación no es un tópico en el caso de Marina) de un lado al otro—. Lo que él quiere es imposible y los dos coincidimos

en que es mejor que no nos veamos, al menos durante un tiempo.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere Rafferty? —Me sonrojo antes de añadir—: ¿Es como Daniel?

Todavía me resulta incómodo hablar del tema, incluso con Marina.

—¿Como Daniel? —repite ella, confusa—. ¡Ah, no! Daniel quiere que tú le pertenezcas. Eso es romántico. Y sexy.

En este momento podría haber abrazado a Marina, pero ella sigue hablando y me contengo.

—No puedo contarte lo de Raff, Amelia. No es mi historia.

Así es Marina, leal y honesta.

—Lo entiendo, sólo dime una cosa, ¿estás bien? —Busco la mano de ella encima del sofá y se la estrecho.

Ella asiente con la cabeza y los ojos se le humedecen.

—Podría haberme enamorado de él, ¿sabes? Enamorarme de verdad, como tú y Daniel.

—¿No podéis arreglarlo?

Vuelve a mover la cabeza, aunque esta vez es para ofrecerme una negativa.

—No, no hay nada roto que se tenga que arreglar, Amelia. Sencillamente, Raff necesita mucho más de lo que yo puedo darle. De lo que puede darle cualquier mujer —añade en voz baja.

Esta última frase me confunde; a mí Raff nunca me ha parecido nada complicado. En realidad, recuerdo que la noche en que lo conocí en el baile de máscaras pensé que era el hombre más normal que había conocido en toda mi vida hasta el momento. Incluso deseé sentirme levemente atraída por él, para ver si así podía olvidarme de la traición de Tom y del incomprensible y ardiente deseo que me estaba despertando Daniel. Jamás habría imaginado que pudiese ser más de lo que aparentaba. Claro que quizá sólo se había mostrado como era de verdad delante de Marina. Igual que Daniel conmigo.

—Basta de hablar de mí —declara Marina con firmeza y veo que las lágrimas están desapareciendo para dejar paso a una sonrisa—. Cuéntame cómo está Daniel. ¿Cuándo le darán el alta?

—Todavía no lo sé, le han hecho unas pruebas esta mañana y más tarde pasará el médico para darnos los resultados. De momento, lo único que sé seguro es que tendrá que hacer rehabilitación por la pierna y el brazo.

—Bueno, estoy segura de que se recuperará. Y, tú, ¿cómo estás?

—Feliz. Asustada. Aliviada. Muerta de miedo.

Marina se ríe en voz baja.

—Lo de feliz y aliviada lo entiendo; lo otro ¿por qué no me lo explicas? ¿Por qué estás asustada?

—Daniel y yo discutimos semanas antes de que sufriese el accidente.

—Lo sé, me lo dijiste.

—No te conté por qué.

Marina me mira intrigada y espera a que yo continúe.

—Me pidió que le hiciese lo que me había hecho él a mí.

Suspiro abatida, porque sé que no me estoy explicando bien. Oigo palabras como «sumisión» y «dominación» en mi mente y las rechazo porque no reflejan en absoluto lo que él quiere de nuestra relación.

—¿Qué te hizo Daniel, Amelia?

—Me enseñó lo que significa entregarse a otra persona, dejar tu placer en manos de otro. No sé explicártelo, Marina, pero por primera vez en la vida me sentí amada. Sentí que podía confiar en él, que podía entregárselo todo y que él cuidaría de mí como si fuese su mayor tesoro.

—Te envidio.

—Al principio no sabía si sería capaz de confiar tanto en Daniel, de obedecer a ciegas sus peticiones o de dejarle que tuviese el control de mis reacciones. Pero cuando lo hice... —suspiré—... cuando me rendí a él y dejé que me guiase, no sólo sentí placer, sino que entraba en su corazón y él en el mío.

—¿Por qué discutisteis? No sé si acabo de entender lo que me estás contando y reconozco que no sé si yo sería capaz de entregarme así a otra persona. Vendarte los ojos un día en la cama con tu pareja siempre me ha parecido una manera divertida de pasar la noche, pero dejar que él domine mis reacciones, que controle mis respuestas y mis movimientos... —Negó con la cabeza—. No, no sería capaz.

Si Marina no lograba entenderlo, seguro que era porque yo no sabía explicar en qué consistía el deseo de Daniel. Y si no sabía explicarlo, entonces ¿cómo podría satisfacerlo?

—Entregarte así a quien amas es maravilloso, liberador. No se trata sólo de sexo, o de una cuestión física, es como si tu alma necesitase hacer feliz a la de la persona que está contigo para a su vez ser feliz —termino. Es una definición cursi,

pero la mejor que se me ocurre en este momento.

—Si es tan bonito, si te entregaste a él de este modo tan profundo —me dice Marina sin disimular su escepticismo—, ¿por qué lo dejaste?

—Porque Daniel me pidió que intercambiásemos los papeles —suelto, confusa y enfadada. ¿Enfadada?

Ella me mira atónita y me doy cuenta de que parte de la rabia que he sentido últimamente se debe a que estoy enfadada con Daniel por haberme obligado a dar un paso más. Por haberme planteado otro reto. A él no le bastaba con que yo confiase en él, quería que confiase en mí misma.

—¿Daniel quiere que lo domines?

No me gusta esa palabra, pero decido que de momento voy a darla por buena. Si quiero que mi conversación con Marina avance, no me queda más remedio.

—Sí.

—Pero si Daniel es uno de los abogados más poderosos de Londres.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunto, con una ceja enarcada, entendiéndolo perfectamente lo que está insinuando: que yo, una chica a la que prácticamente han plantado en el altar y que acaba de empezar a trabajar como algo más que una pasante en un bufete acepte ser dominada es «normal», que eso le suceda a un hombre fuerte y poderoso, no.

—Lo siento, Amelia, no pretendía ofenderte —añade ella, contrita y sincera—. Es que —levanta de nuevo las manos, confusa—, ¿por qué?

—No lo sé —confieso y no tengo más remedio que contener un sollozo—. No lo sé.

Rompo a llorar.

Ahí es donde reside el problema. No sé por qué Daniel necesita que lo posea. No lo sé y me está desgarrando el corazón, porque tengo miedo de que sea por el motivo equivocado. Me aterroriza hacerlo mal y perderlo para siempre.

—Tranquila, tranquila. —Marina me abraza y me consuela—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Me aparto de ella y me seco nerviosa las lágrimas con las manos. Llorar no servirá de nada, prefiero escuchar los consejos de mi amiga, o desahogarme con ella, antes de volver al hospital y perderme de nuevo en los ojos de Daniel.

—Eso no lo sabes, Marina.

—Tienes razón, pero sí sé una cosa.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Que no vas a rendirte. Estás enamorada de Daniel. —Levanta un dedo y me hace callar antes de que yo abra la boca—. No, no lo niegues. Lo quieres y por eso estás dispuesta a luchar por él.

—Si sabes tanto sobre el amor, ¿por qué no luchas tú por Rafferty?

—Si pudiese, lo haría, créeme, pero a diferencia de ti, yo no tengo armas con las que luchar. —Niega levemente con la cabeza y sé que ha dado el tema por zanjado—. Mira, Daniel ha hecho mucho siendo sincero contigo. Yo no entiendo esto de la sumisión, y lo de confiar tanto en otra persona me da escalofríos, es verdad, pero estoy convencida de que debió de resultarle muy difícil abrirse a ti de esa manera.

—Lo rechacé, Marina. —Juego nerviosa con el extremo de mi jersey—. Lo rechacé. Le dije que no podía hacerlo y él me echó de su apartamento. Cuando sufrió el accidente, llevaba semanas sin verlo.

—Tal vez, pero no olvides que seguías estando en su póliza médica. Apenas conozco a Daniel, pero a juzgar por lo que tú me has contado, si de verdad hubiese querido echarte de su vida, te habría eliminado de ahí. No me parece que sea de esos hombres que hacen las cosas a medias. Si no hubiese querido volver a verte nunca más, te habría borrado de la póliza y te habría echado del bufete. Y, sin embargo, no hizo ninguna de las dos cosas. Piénsalo.

—Quizá no tuvo tiempo.

—No digas estupideces, Amelia. ¿Qué te ha dicho cuando se ha despertado? —Me mira igual que cuando éramos pequeñas y discutíamos por alguna tontería—. ¿Te ha echado de la habitación? ¿Le ha pedido al personal de seguridad del hospital que te prohíban la entrada?

—No.

—¿Lo ves?

—Está distante y cuando he intentado sacar el tema de nuestra discusión, ha dicho que no era el momento.

—Dios, Amelia, se acaba de despertar de un coma de una semana. Ha estado a punto de morir en un accidente. ¿No crees que tendrías que ser un poco más comprensiva?

Me sonrojo y agacho la cabeza. Marina siempre ha sido brutalmente sincera conmigo, por eso nos distanciamos cuando yo me comprometí con Tom, porque

ella no lo soportaba. Está claro que mi amiga tiene un sexto sentido para los canallas, así que me conviene prestarle atención.

—Quiero ser comprensiva. Lo soy —me corrijo—. Pero tengo miedo de no hacerlo bien. ¿Y si meto la pata, Marina? Tú misma lo has dicho antes, Daniel es un hombre fuerte, decidido, ¿qué diablos sé yo acerca de lo que necesita? ¿Cómo voy a ser capaz de lograr que se entregue a mí del modo en que él dice?

—Lo sabrás.

—¿Cómo?

—Porque le quieres —me dice sin más.

—Oh, vamos, Marina, éste no es momento para frases sensibles. Esto va en serio.

—Lo he dicho muy en serio. Si le quieres, seguro que encontrarás la manera de ser todo lo que él necesita. Déjate guiar por tu instinto.

—¿Mi instinto? —repito incrédula—. Mi instinto me dice que lo abrace y que le pregunte qué tengo que hacer. Pero Daniel no quiere eso, quiere justamente lo contrario.

—No sé qué decirte, Amelia, quizá te estás preocupando demasiado. Tal vez tendrías que hablarlo con él y ver qué pasa.

—Me compré varios libros.

—¿Libros? —Ahora la confusa es Marina.

—Sí, sobre la dominación en el sexo. Varios manuales y distintas novelas de ficción, eróticas.

—¿Ah, sí? —Mi amiga me sonríe al ver que he vuelto a sonrojarme—. ¿Y qué tal?

—Mal. Los manuales son fríos y me ponían la piel de gallina, hay algunos aparatos que parecen sacados de una película de terror. No me malinterpretes, me parece fantástico que haya gente que los use, pero no son para mí ni para Daniel. Y las novelas eróticas me parecieron divertidas, entretenidas, sensuales incluso, pero ninguna reflejaba lo que siento por él. Ni lo que vi en sus ojos cuando me pidió que lo obligase a entregarse a mí.

—Entonces ahí tienes tu respuesta. Lo que está pasando entre vosotros no encaja con ningún manual porque es de verdad. Fíate de ti y confía en él, sólo así llegarás a saber qué tienes que hacer.

Me quedo unos segundos pensando. Parece tan sencillo... Y tan difícil al

mismo tiempo.

Sólo tengo una oportunidad y mis únicas armas son mis sentimientos y el convencimiento de que soy capaz de hacer feliz a Daniel. De hacerle olvidar todo ese pasado que todavía no me ha contado y de darle una vida de verdad.

—Tienes razón, Marina. Tienes razón.

Me pongo en pie, le doy un abrazo y la beso en la mejilla, y salgo apresurada hacia mi dormitorio.

—¿Adónde vas? —me pregunta desde el pasillo y en su voz detecto la sonrisa que me imagino en sus labios.

—Al hospital, el doctor Jeffries no tardará en pasar por la habitación para comentar los resultados de las pruebas y antes quiero pararme un segundo en el apartamento de Daniel para recoger unas cosas.

—Entonces ¿qué? ¿Vas a seguir adelante?

Levanto la vista y veo que está apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

—Por supuesto. Haré todo lo que sea necesario, Daniel es mío.

—¿De verdad no te molesta?

—¿El qué? —Meto el pijama dentro de la bolsa y centro toda mi atención de nuevo en Marina.

—¿Pensar que él te considera de su propiedad?

—No soy de su propiedad, soy el centro de su vida. Es distinto. ¿A ti no te gustaría?

—¿Ser el centro de la vida de un hombre? —Se queda pensativa—. Sí, creo que sí —responde, sorprendiéndose a sí misma—. Antes, cuando me he extrañado de la petición de Daniel...

—¿Sí?

—No quería insinuar que me parezca mal que te entregues a él. Nunca he pensado que eso signifique que eres débil o cobarde. Por lo que me has contado, me parece que de las dos posturas es la más valiente.

—¿En serio?

—En serio. Daniel tiene que ser más fuerte de lo que yo creía si está dispuesto a entregarse de esa manera. Y si se ha atrevido a hacerlo, es porque sabe que puede confiar en ti, Amelia.

—Gracias, Marina. Significa mucho para mí que me digas eso.

—Vamos, vete ya. Llámame cuando hayáis hablado con el médico. Prometo ayudarte con el traslado.

—No vayas tan rápido, de momento no voy a irme a ninguna parte.

—De momento.

Salgo del piso de Marina mucho más decidida de lo que he entrado. Ciertas frases no dejan de repetirse en mi cabeza y me dan ánimos, expulsando de ella mis antiguas dudas e inseguridades. Voy a poder. Seré todo lo que Daniel necesita. Superaremos nuestra discusión, nuestros problemas y saldremos de ésta.

Le pido al taxista que me espere; acaba de detenerse frente al portal del edificio del apartamento de Daniel. El hombre asiente y yo bajo del taxi. El portero del lujoso edificio sale a mi encuentro y me pregunta por Daniel. Me reconforta saber que a los ojos de los demás somos una pareja. Es una tontería, lo sé, pero me hace sentirme bien. Si es tan evidente, a él le resultará más difícil negarlo. Le explico que ha recuperado la conciencia y el hombre me abraza inesperadamente.

—Lo lamento, señorita —se disculpa al apartarse—. Espero que el señor Bond se recupere pronto del todo.

—No se preocupe —lo tranquilizo de inmediato. Daniel sabe ganarse el cariño y el respeto de la gente que tiene a su alrededor—. Le diré que ha preguntado por él.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—Llámeme Amelia y no, sólo iba al apartamento a recoger un par de cosas.

—El otro día estuvieron aquí unos señores preguntando por el señor Bond.

Se me hieló la sangre al instante.

—¿Unos señores? —repito calma y disimular mi preocupación.

—No les dije nada. Sé que el señor Bond es muy celoso de su intimidad.

—¿Eran periodistas?

Tal vez no sea tan malo como me imaginaba. No sería la primera vez que la prensa se interesa por Daniel y, al fin y al cabo, su accidente ha tenido mucha repercusión por el halo de misterio que lo rodea.

—No creo, señorita Amelia. —El portero es de la vieja escuela—. Si me permite mi opinión, parecían dos matones. Llevaban traje oscuro y corbata, pero

ambos tenían las muñecas tatuadas y uno llevaba otro tatuaje en el cuello. Los eché del edificio y les dije que llamaría a la policía si volvían a aparecer por aquí.

—Hizo usted muy bien. ¿Se acuerda de qué día fue eso?

—El miércoles pasado, señorita. Lamento no habérselo dicho antes, pero usted no ha venido por aquí y no tengo su número.

—¿Tiene un papel? Voy a anotárselo. —Una libreta aparece ante mis ojos casi por arte de magia. Apunto el número de mi móvil y se la devuelvo—. Si vuelven, o si sucede algo inusual, lo que sea, llámeme.

—Por supuesto, señorita. —Se detiene un coche ante el portal y de su interior bajan los propietarios de otra de las viviendas—. No se preocupe. Si me disculpa...

—Vaya, vaya.

El portero se apresura a abrir la puerta y yo me meto en el ascensor. Cuando llego al ático, respiro hondo antes de poner un pie en el pasillo. Jugueteo con la llave que sostengo entre los dedos y éstos me tiemblan cuando la deslizo en la cerradura.

Suspiro aliviada al notar que gira. Por un instante he temido que Daniel la hubiese cambiado.

El nudo que tengo en el estómago no se me afloja al entrar en este apartamento lleno de recuerdos. Intento no entretenerme, pero mis ojos insisten en detenerse en cualquier lugar cargado de significado. La ventana frente a la que Daniel me enseñó por primera vez lo difícil que era obedecer la petición más simple: estarme quieta. El sofá donde estaba sentado el día que le traje magdalenas de chocolate. La cama en la que me vendó los ojos y me hizo el amor. El escalón donde se sentó aquella mañana, después de contarme que la cicatriz que tenía en la ceja se la había hecho su tío cuando él tenía diecisiete años. La silla de la que se levantó para quitarme la cinta, el día que le dije que no podía darle lo que quería.

La primera noche que entré en este apartamento lo encontré frío, carente de la fuerza que siempre emanaba de Daniel. Hoy me parece vivo, lleno de sentimientos y los más profundos de éstos son la tristeza y el dolor.

Tengo que marcharme de aquí cuanto antes. Este lugar se ha impregnado del dolor de Daniel, las noches que pasamos aquí juntos se han perdido, desvanecido para siempre.

No, me niego a creerlo y subo de nuevo la escalera que conduce al piso de arriba. Arranco las sábanas de la cama y, sin pensarlo, las lanzo a un lado. Esta habitación es la única que he compartido de verdad con Daniel, ésta y la de su casa

en la Toscana, donde me ató de pie a los postes de la cama. Ahora no me basta con eso, no voy a conformarme con eso. Y él tampoco. Daniel tal vez no lo sepa, pero me necesita en todas partes, no sólo en la cama, igual que yo a él. Me agacho para recoger las sábanas y hacer algo tan doméstico como meterlas en la lavadora me da ánimos.

Pondré unas limpias y compraré flores.

Marina tenía razón, pienso con una sonrisa, tendrá que ayudarme con la mudanza.

Me paso el trayecto de vuelta al hospital haciendo planes, organizando mentalmente los pasos que voy a dar a partir de este momento. La cadena de acontecimientos me parece absolutamente lógica. Primero, Daniel va a recuperarse y la policía averiguará quién se ocultaba tras el horrible accidente. Después, él volverá al bufete y yo seguiré con mi trabajo en Mercer & Bond. Me ganaré la confianza de Daniel poco a poco y él terminará contándome su pasado.

El futuro lo viviremos juntos.

Sólo me falta la música de fondo. Oh, sé que tendremos problemas, la pasión que sentimos el uno por el otro es imposible de contener y de encajar en las etiquetas habituales, pero él me enseñará a darle lo que necesita. Y cuando esté bien, volverá a poseerme, a hacerme el amor con todos sus sentidos, a dominar todas y cada una de mis reacciones con su voz tan ronca y su mirada penetrante.

—Ya hemos llegado, señorita. El Royal Hospital.

La voz del taxista me arranca repentinamente de mi fantasía y me sonrojo avergonzada. ¿Cómo es posible que haya estado pensando en los besos y las caricias de Daniel, cuando él todavía está tumbado en la cama de un hospital?

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Sí, disculpe.

Me apresuro a pagarle y, cargada con mi bolsa de viaje, bajo del taxi. Me digo que es normal que piense que los besos de Daniel son los únicos que han dejado huella en mi vida. Además, por elaborada que haya sido su seducción y a pesar de lo intensas que fueron las noches que compartimos, nada puede compararse a la intimidad que tejen los besos.

Y eso es precisamente lo que necesito ahora: recuperar la intimidad con Daniel, volver a ir con él a un lugar emocional en el que se atreva a confesarme de nuevo sus deseos y yo me atreva a llevarlos a cabo.

Me vibra el teléfono móvil y lo saco del bolsillo de la chaqueta. Es un mensaje de la enfermera del doctor Jeffries, confirmándome que éste pasará por la habitación de Daniel dentro de media hora.

He llegado justo a tiempo. Giro por el último pasillo que conduce al ala donde él se encuentra ingresado y mis pies titubean al ver al agente Miller

apoyado negligentemente en la pared. Verlo no me gusta nada. Se suponía que el doctor les había prohibido al detective Erkel y a su compañero hablar con Daniel. Me hierve la sangre y acelero el paso. Lo único que evita que grite son los pacientes que se encuentran en las otras habitaciones y que no tienen la culpa de nuestra tragedia particular.

Miller levanta la vista y al verme se aparta de la pared y adopta una postura militar. Sabe que no voy a felicitarlo por su trabajo y está dispuesto a aguantar el chaparrón. Le sostengo la mirada y entonces comprendo que no veo a Erkel por ninguna parte. ¿Dónde...?

En ese momento se abre la puerta de la habitación y aparece el detective con cara de pocos amigos. A continuación, la cierra de un modo acorde con su expresión.

—¿Qué diablos están haciendo aquí? —le pregunto a Erkel, fulminándolo con la mirada—. El doctor Jeffries ya le ha dicho...

—Buenas tardes, señorita Clark, nosotros también nos alegramos de verla.

—No sea condescendiente conmigo, detective. Le prometí que le llamaría si sucedía algo. Daniel necesita descansar. Si descubro que por su culpa...

—Tranquílcese —vuelve a interrumpirme él y levanta las manos en señal de rendición—. Sólo le he hecho un par de preguntas sobre el coche que lo embistió. El señor Bond está bien.

—¿Cómo se ha atrevido a venir a molestarlo? Apenas hace unas horas que ha salido del coma. —Sigo enfadada.

—Hemos vuelto al hospital por otro asunto. Aunque no lo crea, nuestras vidas no giran alrededor de este caso —añade sarcástico—. Nos hemos cruzado con Rafferty Jones en un ascensor y éste nos ha comentado que el señor Bond estaba despierto y bastante recuperado.

—Y han decidido pasar a saludarlo.

—Exactamente, ése es el lema de la policía de Londres; los modales ante todo.

—Si Daniel vuelve a recaer, me encargaré de que me entreguen su placa en una bandeja —digo entre dientes, dejándome perpleja a mí misma. ¿Desde cuándo me atrevo a plantarle cara a un detective de la policía?

—Espere un momento, señorita Clark.

Es obvio que mi amenaza no le ha sentado nada bien a Erkel y echo los hombros hacia atrás, dispuesta a seguir con el enfrentamiento verbal.

Llevo horas queriendo desahogarme con alguien y el detective me parece el candidato perfecto.

—Jasper. —El agente Miller coloca una mano en el antebrazo de Erkel y éste se detiene por completo—. Estoy convencido de que la señorita Clark está nerviosa por el estado de salud de su prometido. Seguro que puedes entenderla, ¿no es así?

El detective desvía la mirada de mis ojos a la mano de su compañero y cambia radicalmente de actitud. La tensión que hasta entonces dominaba sus hombros desaparece y da un paso hacia atrás.

—Sí, por supuesto.

El agente Miller aprieta ligeramente los dedos, que sigue teniendo en el antebrazo de Erkel, y éste añade casi de forma instantánea:

—Espero que me disculpe, señorita Clark. Le aseguro que el señor Bond está bien. Lo he puesto al tanto de lo que sabemos acerca del accidente y de nuestras sospechas. Igual que he hecho con usted esta mañana. Espero que, si sucede algo más, usted o el señor Bond se pongan en contacto con nosotros de inmediato.

Estoy tan perpleja que tardo unos segundos en reaccionar.

—Claro, detective.

El agente Miller lo suelta y retrocede hasta casi la pared.

—Tenemos que irnos —dice Erkel—. Aunque no suceda nada fuera de lo normal, llámenos si recuerdan algo, por insignificante que les parezca.

—Que tenga un buen día, señorita Clark —se despide el agente Miller al pasar por mi lado.

El detective lo sigue y se limita a decir adiós con un leve movimiento de cabeza.

Qué hombre tan raro, ha pasado de estar furioso a completamente calmado y sólo porque el agente Miller, un policía de rango inferior y como mínimo veinte centímetros más bajo que él y menos musculoso, se lo ha pedido.

Tal vez el tal Erkel tenga tendencia a perder los estribos y su compañero lo ha detenido antes de que dijese o hiciese algo que tuviera que lamentar más tarde.

Sea como sea, no es importante.

Abro la puerta de la habitación de Daniel y lo primero que me llama la atención es que Raff no está por ningún lado.

—¿Dónde está Raff?

Daniel vuelve la cara hacia mí apartándola de la ventana. Está pensativo y se muestra distante de nuevo.

—Se ha ido.

—¿Cómo? ¿Por qué? Se suponía que iba a quedarse contigo hasta que yo volviese.

—Y aquí estás. Ha sido sólo media hora. Estoy en un hospital, enchufado a no sé cuántas máquinas. No me hace falta tener niñera las veinticuatro horas del día.

Me recuerdo que Daniel acaba de despertarse de un coma y que su mal humor está más que justificado. Aun así, reconozco que me cuesta morderme la lengua.

—Me he encontrado con el detective Erkel —le digo, en un intento de cambiar el tono de la conversación, mientras me acerco a la cama.

—Sí, ha pasado a saludar.

¿De dónde sale tanto sarcasmo? Daniel levanta la mano que no tiene herida para frotarse la sien y se me encoge el corazón.

Se ha quitado la cinta.

Trago saliva en busca de mi voz y él desvía la mirada hacia mí para clavarla en mis ojos. Sabe que lo he visto, que me he dado cuenta de que no la lleva, y me reta a enfrentarme a él. Sé lo que está haciendo y no pienso caer en su trampa. Quiere discutir conmigo, sacar a relucir nuestro último encuentro antes del accidente y provocar ¿qué? ¿Que lo abandone? ¿Que me vaya de aquí para siempre?

Aprieto los puños hasta clavarme las uñas en las palmas y me siento en la butaca de cuero blanco que hay junto a la cama.

No voy a discutir con él. No voy a discutir con él.

—He llamado a Patricia.

Intento que las cejas no se me salgan de la cabeza, pero me temo que no lo consigo.

—¿Ah, sí?

—Sí, quería que me pusiera al corriente de los asuntos del bufete.

No voy a discutir con él.

El bufete está perfectamente y él lo sabe. Patricia, a pesar de mis celos, es

más que capaz de dirigir ese transatlántico sin inmutarse y Daniel sólo ha estado en coma una semana. Cuando me he ido del hospital, se suponía que Raff y él iban a hacer las paces y a charlar relajadamente, no que Daniel volvería a ponerse en plan hombre de acero y que su amigo lo dejaría en manos del detective Erkel para ir a resolver no sé qué asunto urgente.

—Patricia me ha dicho que no has ido a trabajar desde... —Levanta las manos para señalarse a sí mismo.

—Dilo, desde que sufriste el accidente.

Voy a discutir con él.

Si tantas ganas tiene Daniel de plantarme cara, este momento es tan bueno como cualquier otro.

—Buenas tardes, señor Bond, me alegro mucho de que haya empezado a recuperarse.

El saludo del doctor Jeffries, que entra radiante en la habitación, con una carpeta en la mano, nos interrumpe y estoy tentada de darle las gracias.

Tengo el horrible presentimiento de que Daniel quería estar solo cuando viniese el médico.

Pues mala suerte.

—¿Cómo se encuentra, señor Bond?

—Como si hubiese tenido un accidente de coche.

Jeffries enarca una ceja y lo mira por encima de los papeles que está leyendo.

—La resonancia magnética del cerebro se ve libre de alteraciones y lesiones. No hay ningún coágulo y todos los índices están dentro de lo normal —nos explica—. Tendremos que repetirla dentro de una semana y probablemente le hagamos una mensualmente durante lo que queda de año, pero salvo que aparezca alguna complicación, me atrevería a decir que su cabeza está perfectamente, señor Bond.

—¿Cuándo podré irme de aquí?

Jeffries ni se inmuta, pero yo tengo que morderme la lengua para no decirle a Daniel que si se ha vuelto loco.

—¿No le gusta estar con nosotros, señor Bond?

En ese instante habría aplaudido al médico.

—No.

—Entiendo. —Vuelve a abrir la carpeta, que había cerrado segundos antes, y lee un documento—. La herida del pulmón está siguiendo su curso y de momento no podemos hacer nada más por la rodilla y la mano. Si se queda en casa con la ayuda necesaria y acude a un centro de rehabilitación, no veo ningún inconveniente en darle el alta dentro de dos días.

—Uno.

—Esto no es una negociación, señor Bond.

—Podría irme de aquí mañana —insiste él—. Sólo tengo que firmar los papeles diciendo que asumo que lo hago bajo mi responsabilidad y ni usted ni nadie podrá retenerme.

—¿Siempre es así? —me pregunta el médico, mirándome exasperado.

—Siempre.

Aunque cuando salgamos de aquí, le dejaré claro a Daniel lo que pienso de su comportamiento.

—Tiene usted razón, señor Bond. Ahora que está despierto, no podemos retenerlo en contra de su voluntad. El hospital tiene mucho trabajo y ni mi equipo ni yo estamos dispuestos a perder el tiempo. Miraré su informe y tramitaré el alta. Mañana le traeré los resultados de sus pruebas para que pueda acudir al centro de rehabilitación. Hágalo o se quedará cojo de por vida y no recuperará la movilidad de la mano.

—No se preocupe, doctor, yo me encargaré personalmente de que no se salte ninguna cita. Irá a rehabilitación —afirmo, mirando a Daniel a los ojos—. Y acudirá a todas las revisiones que usted estime necesarias.

El hombre me mira y su alivio es más que palpable.

—Volveré mañana por la mañana. —Cierra de nuevo la carpeta y mira a Daniel un segundo—. Tendría que tomarse todo esto más en serio, señor Bond. Ha estado a punto de morir.

Él asiente levemente y creo verlo tragar saliva, pero no estoy segura.

—Lo sé, doctor.

Jeffries lo mira confuso y al final suspira y se aparta de la cama para despedirse de mí.

—Hasta mañana, señorita Clark. Usted también debería descansar. —Baja la voz y añade—: Me temo que la esperan unos días muy difíciles.

—Gracias, doctor. Lo veré mañana.

Jeffries me sonríe y abandona la habitación negando con la cabeza. Seguro que si pudiera, zarandear a a Daniel hasta hacerlo entrar en razón.

Espero a que el médico cierre la puerta antes de ponerme en pie y acercarme a la bolsa que he dejado al entrar. Necesito calmarme un poco antes de hablar con Daniel, y colocar la ropa en el diminuto armario de la habitación me ayudaría conseguirlo.

Pero al parecer, él no est  dispuesto a permit rmelo.

—  Qu  est s haciendo?

—Guardando la ropa que he traído. Si nos vamos mañana no nos hará falta, pero no quiero que se arrugue en la maleta. Tus vaqueros tendremos que cortarlos, de lo contrario, es imposible que puedas pon rtelos con el yeso.

Entro en el baño y dejo el neceser. Me quedo allí unos segundos e intento calmar los latidos de mi corazón. Cuando salgo, Daniel se ha incorporado un poco más en la cama y est  prácticamente sentado. Tiene la cabeza inclinada y la mirada fija en algo que sujeta entre los dedos.

La cinta.

Se me hace un nudo en la garganta que amenaza con ahogarme y tengo que tragar varias veces para aflojarlo. No puedo fingir que no lo he visto o que no s  lo que significa. Llevo semanas diciéndome a mí misma que soy capaz de ser la mujer que él necesita. Ha sido este convencimiento el que me ha permitido seguir adelante sin desmoronarme. Daniel me quiere. Pero  y si no es así?  Y si ya no me quiere?

 Qu  Daniel es más el de verdad, el que me pidió que lo atase y lo poseyese o el que acaba de quitarse la cinta que lo marcaba como mío y que prácticamente rehúye mi mirada?

Tengo que saberlo, tengo que encontrar algo en sus ojos, en su voz, que me ayude a distinguir el auténtico del falso. Su beso. Me llevo los dedos a los labios al recordar la caricia de su aliento, el temblor de su boca, el sabor de su lengua. El beso de antes era el beso de un hombre que me necesita, no el de uno que quiere echarme de su lado.

Decidida, me dirijo a él y me siento de nuevo en la cama, justo al lado de la mano en la que sujeta la cinta.

— Te la has quitado sin mi permiso.

—Te la has quitado sin mi permiso —repito, cuando él clava sus ojos en los míos.

—Me la pusiste sin el mío.

—No me hacía falta. La necesitabas.

Todavía no sé de dónde saco fuerzas para decirle esto, pero es como si dentro de mí supiera exactamente lo que tengo que hacer y lo que tengo que decir para estar con Daniel, como si me guiara una brújula invisible.

—Antes, cuando he dicho que me precipité, no me refería sólo a nuestra última discusión.

Ni a él ni a mí se nos pasa por alto que no ha rebatido mi última afirmación. Pero si Daniel sabe que necesitaba la cinta, que la sigue necesitando, ¿por qué se la ha quitado?

—Dámela. —Tiendo la mano con la palma hacia arriba—. Voy a volver a ponértela.

—No.

El corazón me ha golpeado con tanta fuerza, que probablemente tendré un morado en el pecho cuando me desnude. Y el estómago no sé dónde me ha ido a parar. Bajo la mano, sin dejar de mirarlo a los ojos, y lucho por no derrumbarme.

—¿Crees que así me estás castigando? —le pregunto, pero vuelvo a hablar antes de que él pueda contestarme—. ¿Que soy yo la que necesita ver la cinta en tu muñeca para saber que me perteneces? —Le brillan los ojos y suelta el aliento—. Te equivocas, es a ti a quien le hace falta y ahora no voy a volver a ponértela hasta que me lo supliques.

Daniel traga saliva y sus dedos aprietan el cuero. Por un segundo tengo miedo de haberme excedido, pero la sábana del hospital no consigue ocultar que ha empezado a excitarse y sigo adelante.

—Dámela —repito con voz firme y él deposita de inmediato la cinta en mi palma. Cierro los dedos y la atrapo en su interior—. Estás cometiendo un error, Daniel. Lo sabes tan bien como yo, quizá incluso más. Tú guardaste esta cinta, no yo. Tú la llevabas alrededor de tu móvil como si no pudieras desprenderte de ella,

no yo. —Me inclino hacia él y me acerco a escasos centímetros de su cara—. Te la puse porque la necesitabas, la próxima vez, tendrás que ganártela.

Me aparto justo en el instante en que él se humedece el labio inferior. Nada me gustaría más que besarlo, pero mi amenaza perdería toda su fuerza si lo hiciera. Y ahora mismo Daniel no necesita mis besos.

—Te eché de mi apartamento. Me dijiste que no podías hacer lo que te pedía —dice entre dientes.

—Me equivocaba. Igual que tú ahora. Reconócelo y terminemos con esta discusión de una vez.

Él se queda pensativo un instante, luego aprieta la mandíbula y sé que no va a gustarme su próxima frase.

—No. Nuestra relación ha terminado. Yo no tendría que haberte pedido nada y menos aún algo tan ridículo —asegura y, aunque me mira a los ojos, aparta los suyos durante un instante. Es muy breve, si no hubiese estado tan concentrada mirándolo, probablemente se me habría pasado por alto, pero me basta para saber que está mintiendo—. Supongo que me dejé llevar. —Otra mentira—. La verdad es que ahora mismo no volvería a pedírtelo. Claro que si cuando me haya recuperado quieres venir a mi apartamento y dejar que te ate a la cama, estoy más que dispuesto.

—Para —le ordeno y él obedece—. Búrlate una vez más de lo que sucedió entre nosotros y me iré de aquí para siempre. —Me guardo la cinta en el bolsillo del pantalón y me incorporo levemente—. No te atrevas a menospreciar lo que ambos sentimos cuando me entregué a ti —añado, colocándole las manos a ambos lados de la cabeza—. No te atrevas o tendré que castigarte.

El torso de Daniel sube y baja despacio un par de veces.

—Tus burdos intentos por parecer una mujer dominante son patéticos.

—¿Ah, sí? Pues a juzgar por tu entrepierna nadie lo diría, cariño.

—Eso no significa nada —me desafía.

—Entonces tampoco significará nada que te diga que no puedes tocarme sin mi permiso, que esta erección, igual que el resto de tu cuerpo, me pertenece. —Lo miro a los ojos y descubro sus pupilas completamente dilatadas—. No, tienes razón, no significa nada. Estoy dispuesta a quedarme la cinta y a olvidar esta conversación, pero no toleraré que finjas que lo nuestro no es importante, o que lo reduzcas a un mero juego sexual. —Levanto la mano derecha y le sujeto la mandíbula—. ¿Entendido?

Él aprieta los dientes y me fulmina con la mirada, sin embargo, no intenta soltarse y asiente levemente. Tiene la respiración tan entrecortada que es como si temblase y en este instante recuerdo una frase que me dijo la noche que discutimos.

«Quiero que me hagas tuyo, quiero ser capaz de entregarme a ti igual que tú te has entregado a mí. Y necesito tu ayuda para conseguirlo.»

Daniel es un hombre fuerte, dominante por naturaleza y, no obstante, en su más profundo interior sabe que lo que necesitaba de verdad es rendirse. Es más complejo de lo que él mismo cree; por un lado necesita tener el control y por otro necesita perderlo por completo.

El brillo de sus ojos negros adquiere ahora un nuevo sentido para mí. El modo en que aprieta los dientes, como si tuviese ganas de gritarme y de echarme de aquí, también. Igual que su respiración entrecortada y su erección, cada vez más evidente bajo las sábanas.

Daniel está confuso.

Y me necesita, probablemente casi tanto como yo a él.

«Tengo que hacerlo bien —me digo—. Tengo que demostrarle que lo entiendo y que puedo cuidar de él quizá incluso mejor que él mismo.»

Daniel me enseñó que nada está prohibido entre dos personas que se aman y desean como nosotros, ahora me toca a mí enseñarle que el amor que nace de esa pasión y de ese deseo es para siempre. Y que puede enfrentarse a cualquier obstáculo.

—Cuéntame qué te ha dicho Erkel —le pido, sin soltarle todavía el mentón. Él intenta apartar la cara y para impedírselo me basta con apretar ligeramente los dedos—. Cuéntamelo y dejaré que me des un beso.

Daniel me fulmina con la mirada y se le marcan los tendones del cuello.

No puedo haberme equivocado, por favor.

—Por lo que me ha dicho, lo mismo que a ti: que han encontrado pruebas que confirman que el ordenador del Jaguar fue manipulado por algún miembro de la organización de Vzalo. Y también que tienen un testigo que vio un todoterreno negro echarme de la carretera.

Le suelto el mentón y el torso de Daniel sube, al inhalar profundamente. Me aparto un poco, pero me quedo sentada en la cama, en el mismo sitio que antes.

—¿Conoces a Vzalo?

—No personalmente. Sé que sus negocios incluyen tanto inversiones legales como otras que no lo son tanto. Y sé que es tan poderoso como peligroso. Si de verdad es él quien estás detrás de mi accidente, no se dará por vencido. Volverá a intentarlo.

Ha contestado esta pregunta sin mirarme a los ojos, pero en el último instante los ha desviado hacia mí un segundo.

Me está protegiendo. Mi corazón afloja un poco al comprobar que parte de su actitud se debe a que está preocupado por mí. Tendría que decirle que no hace falta, que sé cuidarme sola y que es imposible que Vzalo sepa siquiera que existo, pero no lo hago. Daniel no está dispuesto a escucharme y si algo he aprendido con este hombre es a elegir mis batallas. Y ahora mismo, lo más importante es recordarle que nos pertenecemos, con cinta o sin ella.

—¿Por qué crees que Vzalo anda detrás de ti?

Suspira antes de contestar. Por fin ha entendido que no voy a dejar que me rehúya.

—No estoy seguro. Recientemente descubrí que Vzalo y mi tío tienen intereses comunes, por así decirlo. Supongo que se enteró de que estaba husmeando y no le ha hecho ninguna gracia.

—¿Crees que tu tío está al corriente de todo esto?

—No lo sé. —Cierra los ojos—. Probablemente.

—¿Se lo has dicho a Erkel?

Daniel abre los ojos.

—No.

—¿Por qué no?

—Mi relación con mi tío es complicada. Quiero comprobar unas cosas antes de hablar con la policía.

—¿Y antes de hablar conmigo?

—Ahora no, Amelia. —Traga saliva y me mira—. Por favor.

El brillo de sus ojos, la fuerza que desprende ese «por favor» me revelan que sabe que podría ordenarle que me lo contase. Y que él obedecería. Se ha quitado la cinta, ha intentado echarme de su lado y sé, sin lugar a dudas, que intentará mantener las distancias por todos los medios. Y, sin embargo, me pertenece.

Jamás me he sentido tan honrada como ahora. Daniel se merece a alguien mucho mejor que yo, a una mujer que no sea tan torpe y que tenga más

experiencia. «No, Amelia, Daniel se merece a una mujer que lo ame.» Y ninguna lo ama o lo amará como yo.

—Está bien.

Asiente y vuelve a apartar la vista.

—Patricia me ha dicho que el divorcio de los Howell sigue vivo —cambia de tema—. ¿Rufus ha vuelto a aparecer por el bufete?

—No, creo que no. Martha me lo habría dicho.

Martha es mi mejor amiga dentro del bufete. Me siento muy afortunada de haber hecho una amistad así en el trabajo.

—Tienes que volver al bufete, Amelia. No puedes pasarte el día cuidando de mí.

—Puedo, pero tienes razón, tengo que volver al trabajo —le concedo esa pequeña victoria—. Patricia me dijo que me tomase todo el tiempo que necesitase, pero no quiero abusar. No me parece correcto, después de todo lo que ha hecho por mí. —Patricia Mercer no sólo me dio mi primera oportunidad en la ciudad, sino que impidió que me marchase cuando Daniel y yo rompimos—. Le preguntaré si puedo trabajar desde casa y cuando estés mejor, volveré físicamente al bufete.

—Puedes volver mañana mismo. No te necesito las veinticuatro horas.

Levanto una ceja y veo que él vuelve a mirarme. Empiezo a creer que Daniel dice esas cosas adrede para provocarme.

Interesante.

—Howell ha recurrido la sentencia del divorcio —le explico, ignorando su provocación—. Al parecer, el reparto de bienes le parece injusto. David y Martha dicen que la ex señora Howell no tiene de qué preocuparse, pero a mí ese hombre me pone los pelos de punta.

—Llamaré a Rufus Howell en cuanto salga de aquí. Le dejaré claro que no quiero que vuelva a acercarse a ti.

La vena autoritaria de Daniel aflora por momentos, pero tengo la sensación de que en ese sentido, en lo que se refiere a mi protección, nunca cederá y siempre querrá estar al mando.

Nos quedamos en silencio unos segundos; él está pensando, lo sé porque no deja de fruncir el cejo y de apretar y aflojar los dedos de la mano que no tiene rota.

—Tendrías que descansar —le digo.

—Tú también, ¿por qué no te vas a dormir a tu casa?

—¿En serio te atreves a decirme esto, después de la conversación que hemos tenido hace apenas unos minutos?

—Necesitas descansar —insiste, enfrentándose a mi mirada—. Y yo no necesito...

—No termines esa frase, Daniel. Te lo advierto.

Me pongo en pie y voy por mi abrigo y mi bolso. Me pongo el primero y me cuelgo el segundo del hombro.

—Voy a la cafetería a por una botella de agua. No sé si tardaré una hora o diez minutos. De hecho —me acerco a él—, no sé si volveré. Tal vez me vaya a casa a dormir. O tal vez me pase la noche sentada en una silla en la sala de espera. Pero depende de mí, Daniel, no de ti. Yo decido qué es lo que necesitas y qué es lo que voy a darte. Y ahora mismo no sé si mereces mi compañía. —Él traga saliva y le tiembla ligeramente el labio inferior—. Me dijiste que no te bastaba con que te quisiera, que querías que te poseyera. Me dijiste que querías ser todo mío, tu cuerpo, tu mente, tu alma. Todo. Métete en la cabeza que lo eres, que me perteneces, y no insistas en comportarte como un hombre mediocre y normal. Ése no eres tú, Daniel. Tú eres el hombre que me ató a una cama y utilizó en mi piel un látigo que había encargado sólo para nosotros. Ése sí eres tú, Daniel, no lo olvides. Y no vuelvas a decirme que no me necesitas.

A él le brillan los ojos y me asusta pensar que sean lágrimas. No puedo ceder, es demasiado importante.

—Te daré tiempo. Todo el que te haga falta, pero no me iré a ninguna parte y no voy a dejar que sigas negándonos. Cierra los ojos y duérmete. —Los cierra y me quedo sin aliento al comprobar el efecto que causan en él mis palabras—. Mañana estaré aquí para llevarte a casa.

Me doy media vuelta y me dirijo a la puerta; su voz me detiene cuando mis dedos tocan ya el picaporte.

—Amelia.

—¿Sí? —No lo miro, tengo miedo de ver lágrimas en sus ojos.

—Me has dicho que si te contaba lo que me había dicho Erkel dejarías que te besara.

Oh, Dios mío. Daniel nunca sabrá las ganas que tengo de darme media vuelta y hacerlo. De tumbarme en la cama a su lado y dormirme abrazada a él. Pero la brújula de mi interior me dice que eso no es lo que tengo que hacer ahora.

Suelto el aliento y apoyo la frente en la puerta.

— Eso ha sido antes de que volvieras a decirme que no me necesitabas.

— Me lo has prometido.

— No.

— Si no cumples tus promesas, ¿cómo sé que puedo confiar en ti?

— Si te lo hubiese prometido, lo cumpliría. No intentes manipularme, Daniel. Cierra los ojos y duérmete. Después de lo que has dicho antes, no mereces besarme.

Oigo su respiración en medio del silencio de la habitación y tengo que apretar las manos para contener las ganas de correr hacia él y besarlo. Sé que esto es necesario, pero me duele muchísimo actuar así con él.

— ¿Crees que mereces besarme? —le pregunto, incapaz de callar un segundo más.

Yo nunca me he comportado así con nadie, voy completamente a ciegas, mi instinto es mi única guía. Y Daniel el único maestro que he tenido.

Pasan los segundos.

Se me hacen eternos.

— No, no me lo merezco —dice él con la voz ronca—. Buenas noches, Amelia. Cuando vuelvas, si vuelves —se corrige tras carraspear—, estaré dormido.

Salgo de allí antes de echarme a llorar.

Oh, Dios, Daniel es realmente mío.

Tal como le he dicho a Daniel, bajo a la cafetería a por una botella de agua. Por suerte para mí, hay una máquina expendedora y no tengo que pedirla en la barra. No me siento capaz de hablar con nadie y seguro que si alguien me ve de cerca, se dará cuenta de que tengo los ojos llenos de lágrimas y que no deja de temblarme la mandíbula.

Me siento a una mesa cerca de la ventana y bebo un poco para ver si logro calmarme. Es un auténtico desastre. Más de la mitad del botellín de agua termina encima de la mesa y de mis pantalones. Me tiemblan tanto las manos que me resulta imposible volver a enroscar el maldito tapón y al final lo dejo por imposible. Arreglo el estropicio lo mejor que puedo y cuando creo que ya lo tengo más o menos bajo control, escondo la cara entre las manos.

¿Cómo diablos voy a poder satisfacer a Daniel si soy incapaz de beberme una botella de agua sin echarme la mitad encima?

Me duelen los dedos de lo fuerte que los aprieto y el nudo que siento en el estómago no ha aflojado ni un centímetro. Noto una opresión en el pecho que amenaza con ahogarme y lo único que quiero es volver a la habitación y echarme en brazos de Daniel.

Nunca he tenido un ataque de pánico, pero estoy convencida de que es muy similar a lo que estoy sintiendo ahora.

Tengo que pensar en otra cosa. Tengo que pensar en otra cosa.

¿En qué? Daniel ocupa toda mi mente. Él es el centro de mi vida. «Y por eso vas a quedarte aquí y dejar que él se duerma, tal como le has dicho que hiciera. Daniel necesita que tomes el control de sus decisiones, de sus reacciones. Y eso es exactamente lo que estás haciendo ahora.»

Tiene cierto sentido, pero ¿y si es una estupidez? ¿Y si al final resulta que todo esto de tomar el control son sólo un montón de tonterías y que lo quiere Daniel es que lo abrace y lo ayude a recuperarse?

No, tal vez si ahora subo a la habitación y lo abrazo, él me bese y estemos bien durante un tiempo. Pero a la larga ninguno de los dos seríamos felices. Daniel me dejaría, porque, aunque no esté dispuesto a volver a reconocerlo en voz alta, necesita que lo posea, que lo domine por completo.

Y yo necesito dominarlo.

Oh, Dios mío, ¿cómo es posible que no me haya dado cuenta antes?

Me aparto las manos de la cara y decido enfrentarme de nuevo al reto de beber un poco de agua. Esta vez consigo no mojarme. De todos modos, meto la mano en el bolsillo en busca de un pañuelo y mis dedos se topan con la cinta.

Tiro de ella y me la quedo mirando.

¿Le habrá dolido quitársela? A mí me dolió cuando él me la arrebató el día que me echó de su apartamento. Me la acerco a la cara e inhalo profundamente en busca del olor de su piel. No sé si está presente o si me lo estoy imaginando, pero me impregno de él y dejo que se deslice por las fosas nasales hacia mi interior. La enredo entre mis dedos y recuerdo el día en que Daniel me contó qué significan esta clase de cintas para algunas personas que practican *bondage*.

La persona dominante de la pareja le entrega a la sumisa una cinta como señal de que ésta le pertenece. Normalmente se lleva alrededor del cuello y es mucho más ancha que la nuestra, similar a un collar. Se trata, me explicó Daniel, de marcar a una persona como propiedad de la otra y de que todo el mundo sepa que son pareja y que se pertenecen. Para muchos es un vínculo más fuerte que el matrimonio, más sagrado. Para otros, los que sólo recurren a estas prácticas sexuales como un juego, se trata de una pieza más de fetichismo.

Para mí y para Daniel, esta cinta simbolizaba nuestra relación.

Noto que me resbala una lágrima por la mejilla y me la seco furiosa. Él se ha quitado la cinta porque está dolido y porque quiere protegerme. Los dos sentimientos son profundamente contradictorios y, sin embargo, explican a la perfección lo que siente Daniel.

Está dolido porque yo le dije que no quería hacerle feliz, porque me negué a escucharlo y a entender lo que me estaba pidiendo. Porque nos negué a ambos y menosprecié lo que sentíamos el uno por el otro.

Dios, si esa horrible noche incluso cometí la estupidez de decir que quería que algún día nuestra relación fuese «normal». Normal, menuda tontería, como si alguno de los dos estuviese dispuesto a conformarse con eso.

Por mucho que me duela, ahora sé perfectamente que mi rechazo, mi negativa y mi cobardía son los motivos principales por los que Daniel se ha quitado la cinta. El otro motivo, evitar que el tal Vzalo me relacione con él, es muy romántico, pero no logra compensar el daño que me causa el primero. Lo peor de todo es que yo sé que es culpa mía.

Por eso voy a demostrarle que se equivoca, que hizo bien en pedirme que lo

poseyera, que adivinó mis necesidades incluso antes de que yo misma las entendiera.

Y en cuanto a Vzalo, si Daniel quiere protegerme, entonces yo también tengo derecho a protegerlo a él, ¿no? Esperaré a que me cuente qué pasó con su tío, pero mientras tanto investigaré por mi cuenta. No me gradué la primera de mi promoción por mi cara bonita (que no lo es tanto); todas las transacciones, legales o ilegales, dejan un rastro y si algo se me da bien es buscar un papel en una biblioteca. Además, el detective Erkel me ha dicho que podía contar con él, así que cuando encuentre una pista, por pequeña o ridícula que sea, lo llamaré de inmediato.

De repente me acuerdo de los dos hombres que fueron al apartamento de Daniel.

Mierda, ¿cómo diablos me he olvidado de comentárselo cuando lo he visto antes? Mierda. Mierda.

Me levanto y salgo corriendo de la cafetería. Busco el móvil en el bolso y la tarjeta que Erkel me ha dado esta mañana en la consulta del doctor Jeffries. ¿Esta mañana? Tengo la sensación de que han pasado varios meses de tan intenso como está siendo el día. Encuentro la tarjeta, es un milagro que con todo lo que me ha sucedido no la haya perdido, pero a mi móvil se le ha acabado la batería. Ni rastro de luz en la pantalla.

¿Todavía hay teléfonos públicos? Estoy en un hospital, tiene que haber uno. En la habitación de Daniel hay un teléfono, pero no quiero llamar desde allí. Si está dormido, no quiero despertarlo. Y si no lo está, digamos que todavía no estoy preparada para volver a hablar con él.

Me encamino hacia la entrada del hospital y miro la tarjeta. Le doy la vuelta y descubro sorprendida que en la parte posterior el detective Erkel me ha anotado su dirección personal.

Sé dónde está esa calle, a menos de cinco minutos del hospital. Miro el reloj que hay en el vestíbulo; yo hace años que no llevo y el del móvil, lógicamente, no está disponible.

Las diez y media. ¿Tan tarde? Da igual. Sí, es muy tarde para presentarme en la casa de un desconocido, pero como el detective ya me considera una loca, no tengo nada que perder. Y lo único que me preocupa es Daniel y que esos hombres no vuelvan a merodear por su apartamento. Me abrocho el abrigo hasta el cuello, me cuelgo el bolso en bandolera y salgo a la calle.

Recorro el par de esquinas sin dejar de pensar en lo que voy a decirle a Erkel. Primero le contaré lo de los dos hombres trajeados que fueron a husmear por el edificio de Daniel y después le pediré que, por favor, no vuelva a hablar con él a solas. Tengo miedo de que Daniel intente mantenerme al margen para protegerme. También le diré que tengo intención de investigar los negocios legales de Vzalo y de Jeffrey Bond y que le comunicaré cualquier cosa que descubra. Por último, me despediré y le daré las gracias por su comprensión y por su ayuda y supongo que no iría mal que me disculpase por haber estado tan a la defensiva las dos veces que he hablado con él.

Sí, es un buen plan. Así seguro que el detective me verá como una abogada seria y profesional y no como la novia loca y desesperada de Daniel.

Pero para variar, nada va según lo previsto. Me detengo frente a la casa y compruebo varias veces la dirección que hay anotada en el reverso de la tarjeta. Sí, no me he equivocado, estoy donde tengo que estar. El problema es que esta entrada con tiestos de colores y buzón de metal no encaja para nada con el detective Jasper Erkel. Es imposible que ese hombre rudo con aspecto de boxeador retirado viva en esta casa.

Si no llamo al timbre, nunca lo sabré.

Abro la pequeña verja de metal negro y subo los tres escalones que me separan de la puerta. Respiro hondo y pulso el botón. Si me abre una anciana con una bata de flores, me inventaré una excusa y me disculparé por molestarla a estas horas.

—Señorita Clark, vaya sorpresa —exclama el agente Miller.

¿Él está sorprendido? Yo creo que tendré que agacharme para recoger mi mandíbula del suelo.

—¿Agente Miller? —pregunto como una idiota, sin poder dejar de mirarle los pectorales. Es culpa suya, que me ha abierto la puerta en vaqueros y sin camiseta.

—Llámeme Nathan, señorita Clark. ¿Quiere pasar?

—Sí, gracias, Nathan. —Para eso he venido aquí, ¿no? Aunque ahora tengo la sensación de haber entrado en un capítulo de *La dimensión desconocida*—. Y tú llámame Amelia.

—De acuerdo, Amelia. Siéntate en el sofá, iré a vestirme y a avisar a...

—¿Por qué diablos tardas tanto, Nate?

El detective Erkel aparece por el pasillo, también vestido sólo con vaqueros.

Oh, Dios mío, tierra trágame.

—Amelia ha venido a hablar contigo, Jasper —le explica el agente Miller, Nathan, al detective Erkel, Jasper. Mis ojos van como locos del uno al otro hasta que se detienen en la cinta de cuero que rodea el cuello de Jasper Erkel.

No puedo apartarlos. Por más que lo intento —aunque, a decir verdad, no sé si lo intento demasiado—, no puedo dejar de mirar esa cinta. No es un collar surfista, ni ningún símbolo hippy o del zodiaco. Es una sencilla cinta de cuero negro de unos tres centímetros de ancho, apretada alrededor del cuello del detective. No tiene ningún nudo, ni ningún mecanismo de cierre, es como si se la hubiesen cosido al ponérsela. La persona que se la ha colocado se ha preocupado de que quedase fija en la base del cuello para que no sea evidente por encima de la camisa, pero al mismo tiempo es lo bastante ancha como para que resulte imposible ocultarla por completo.

La persona que lo ha hecho está frente a mí: Miller, un chico más joven que Erkel y de rango inferior en la policía. Y menos fuerte. Sin embargo, la cinta deja claro, al menos ante mis ojos, que Nathan Miller posee el control sobre Jasper Erkel. Trago saliva. Erkel también.

Sé lo que significa lo que estoy viendo. Lo sé con la misma certeza que sé mi nombre. Y el detective sabe que lo sé. Y no se avergüenza.

¿Por qué tendría que hacerlo?, me pregunto al instante. ¿Significa eso que yo me avergüenzo de pertenecer a Daniel? No, por supuesto que no. Lamento profundamente haber pensado eso de Jasper. Yo no tengo de qué avergonzarme y Jasper Erkel tampoco.

Aparto la vista de la cinta y la detengo un segundo en los ojos del detective antes de mirar también a Miller.

—Siento mucho haberme presentado aquí sin avisar. Será mejor que me marche y que vaya mañana a la comisaría —les digo nerviosa.

—No, no te preocupes, Amelia. —Miller me señala de nuevo el sofá donde antes me ha invitado a sentarme y luego se vuelve hacia Erkel—. Ve a vestirte, yo le haré compañía a la señorita Clark.

El otro le sostiene la mirada unos segundos y luego gira sobre sus talones para subir la escalera que presumo conduce a su dormitorio. Apenas medio minuto después, reaparece vestido con una camiseta y con otra en la mano para Miller.

—Toma. —Se la lanza por el aire.

—Gracias, Jasper.

El joven agente se pasa la prenda por la cabeza y yo observo fascinada cómo el arisco Jasper Erkel sonrío y se sonroja al recibir el agradecimiento de su pareja.

Igual que Daniel.

Ellos dos se sientan en el sofá que hay frente al que ocupó yo y en ese preciso instante sus posturas cambian radicalmente y se hace evidente que Erkel es el detective con experiencia y Miller, su subordinado.

—¿Ha sucedido algo, Amelia? —me pregunta Erkel, ajeno a mi confusión.

Tengo tantas preguntas, estoy tan aturdida por todo, que creo que me va a estallar el cerebro.

«Céntrate, Amelia. Tienes que centrarte.»

—Sí —respondo, tras tragar saliva.

No puedo dejar de mirar la cinta y el rostro de ambos hombres. Hace unos minutos, Nathan Miller desprendía poder y autoridad y, sin embargo, ahora parece casi un novato de la policía. Y Erkel justo lo contrario.

—¿El señor Bond ha recordado algo acerca del accidente? —sugiere éste, al ver que me he quedado callada.

—No, lo siento —me disculpo, sonrojada—. Daniel no me ha dicho nada que no os haya dicho a vosotros cuando habéis ido a verlo. —Me aclaro la garganta—. Lamento haber estado tan agresiva cuando te he visto salir de la habitación del hospital.

Ahora que lo he visto sin camiseta y que conozco un detalle tan íntimo acerca de su persona, me resulta imposible tratarlo de usted.

—No pasa nada. Es comprensible. —Se queda en silencio y veo que desliza una mano hacia atrás para entrelazar brevemente los dedos con los del otro hombre—. Si a Nate le sucediera algo así, creo que me volvería loco.

—Esta tarde he ido al apartamento de Daniel a buscar unas cuantas cosas —intento reconducir la conversación hacia el motivo de mi visita.

—¿El apartamento de Chelsea?

—Sí —confirmo, antes de continuar—: El portero del edificio me ha dicho que hace unos días dos hombres fueron a preguntar por Daniel.

—¿Qué hombres? ¿Qué querían? —Erkel saca un cuaderno del bolsillo trasero de sus pantalones y un lápiz.

—No lo sé, pero el portero me ha dicho que llevaban traje oscuro, que ambos tenían tatuajes en las muñecas y uno de ellos también en el cuello. Los eché del

edificio y los amenazó con llamar a la policía.

—¿Llegó a hacer esa llamada?

—No, me temo que no.

—Bueno, gracias por contárnoslo. Mañana mismo iremos a visitar al portero con uno de nuestros dibujantes, para ver si podemos obtener un retrato robot. Y mientras tanto pondremos a un coche patrulla vigilando el edificio, por si vuelven a aparecer por allí.

—Gracias.

—No me las des, es nuestro trabajo.

—Creo que ahora sí que debería irme. Es tarde y no quiero que Daniel pase la noche solo. —Me pongo en pie y ellos dos hacen lo mismo—. Gracias por haberme recibido a estas horas, no sé cómo se me ha ocurrido venir a molestaros tan tarde.

—Estás preocupada por Daniel —me dice Miller—, y crees que si no haces algo por ayudarlo te vas a volver loca. Necesitas protegerlo y cuando te has dado cuenta de que te habías olvidado de contarle a Erkel algo que podía ser importante, has venido a decírselo sin importarte la hora que era.

—Exacto —respondo, mirándolo confusa.

Nathan se mete las manos en los bolsillos y me sonrío.

—Yo habría hecho lo mismo. Bueno, yo lo más probable es que hubiera ido a buscar a esos dos tipos directamente, pero tú has hecho lo correcto.

—Cuando vuelva al bufete, buscaré toda la información que encuentre acerca de Jeffrey Bond —les digo, contándoles parte de mi plan.

—Ten cuidado, Amelia. —Ahora es Erkel el que me habla—. Algo me dice que Jeffrey Bond no es trigo limpio.

—Lo tendré.

Nos hemos acercado a la puerta.

—¿Por qué no acompañas a Amelia al hospital, Jasper? —sugiere Miller.

—Por supuesto —dice el otro hombre, antes de que yo pueda negarme.

—No hace falta —les digo.

—Los dos estaremos más tranquilos si él te acompaña —me explica Miller con tono firme y descubro que me resulta imposible volver a quejarme.

—De acuerdo.

Jasper ha descolgado una chaqueta del perchero y se la está abrochando.

—Trata de descansar, Amelia —me dice Miller, antes de dirigirse a Jasper—. Te esperaré despierto. Ten cuidado.

No le da un beso, pero levanta la mano y le acaricia brevemente la mejilla. Jasper cierra los ojos como si el gesto le acariciase el corazón e inclina la mejilla hacia la palma del otro hombre.

Yo aparto la vista, porque me parece una de las escenas más íntimas y románticas que he presenciado nunca.

Oigo los pasos de Miller alejándose por la escalera y el ruido de la puerta al abrirse.

—¿Vamos?

Jasper Erkel me tiende el brazo y yo lo acepto.

Esa noche ya no puede ser más extraña.

Caminamos en silencio durante unos metros. No demasiados. El Royal Hospital está muy cerca y yo tengo un sinfín de preguntas. No sé por cuál empezar. No sé con cuál atreverme primero. Este hombre está investigando el accidente de Daniel y no quiero decir nada que pueda molestarlo.

—¿Qué quieres saber? —La voz de Erkel me sorprende con una mezcla de ternura y buen humor que hasta ahora no había detectado en ella—. Pregúntame lo que quieras.

—No quiero parecerte cotilla. Y por nada del mundo quisiera ofenderte.

Jasper se ríe y yo no puedo evitar sonreír.

—No creo que nada de lo que me digas vaya a ofenderme. —Se pone serio y se detiene en medio de la acera—. He visto la cinta que llevaba Daniel en la muñeca.

Yo asiento, en realidad no sé qué otra cosa hacer, y espero a que continúe.

—Y también he visto que empezaba a quitársela en cuanto me he ido de la habitación. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Por qué?

Tal vez él me ayude a entenderlo.

—Porque preferiría morir antes que poner a Nate en peligro. —Retoma la marcha y me tira del brazo para que lo siga—. Él no me lo permitiría.

—Yo no sé cómo impedirselo a Daniel.

Erkel vuelve a detenerse y me mira confuso. Enarca una ceja antes de formular su siguiente pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que Daniel y tú os pertenecéis?

Me sonrojo y durante unos segundos deseo con todas mis fuerzas que se me trague la tierra. Sé que tengo que sobreponerme, Jasper me ofrece una oportunidad única de hablar con alguien que al parecer tiene un concepto similar al de Daniel y al mío sobre el amor.

—Yo le pertenezco durante noventa días. Luego rompimos, porque Daniel me pidió —trago saliva y me obligo a mirarlo a los ojos—, me pidió que lo dominase yo a él y le dije que no podía hacerlo. —La mirada de Erkel, el dolor que veo reflejado en ella durante un instante, me confirma que realmente le hice mucho daño a Daniel negándome—. Él sufrió el accidente varias semanas más tarde y si no fuese porque mi nombre figuraba en su póliza de sanidad, tal vez no habría llegado a tiempo.

—Si no quitó tu nombre de allí, si puso su vida en tus manos, entonces no rompió de verdad contigo —me interrumpe Jasper.

—Cuando llegué al hospital, vi que Daniel llevaba la cinta alrededor del móvil. Yo la había llevado en la muñeca, pero él me la quitó cuando le dije que no podía hacer lo que me pedía. —Con un gesto casi instintivo, como si formase parte de su naturaleza, Erkel se toca la cinta de cuero del cuello—. Entonces se la puse en la muñeca sin pensarlo y me he pasado los últimos días rogándole en silencio que me perdone, diciéndole que soy capaz de darle lo que necesita. Pero ahora se ha despertado y se ha quitado la cinta. Y no sé qué hacer. Tengo miedo de volver a equivocarme, de hacer algo mal, de no saber darle lo que de verdad anhela.

—No vas a equivocarte.

—¿Cómo lo sabes? Hay momentos en los que creo que lo he entendido, que sé exactamente qué debo hacer y decir para ser la mujer que necesita. Pero hay otros momentos, la mayoría por desgracia, en los que no consigo encontrarle el sentido a nada. Daniel es el hombre más fuerte que conozco, lo poco que sé de su pasado me demuestra que es capaz de superar cualquier adversidad. Es un abogado brillante, propietario de uno de los bufetes más prestigiosos de todo el Reino Unido

—Y no entiendes que necesite que tú, una chica de pueblo, le dé órdenes. Que tome el control. Que le diga lo que tiene que hacer o qué debe sentir y cuándo. ¿Acaso crees que yo soy débil porque permito que Nathan me posea cuando

estamos solos, porque deo que me dé órdenes y me diga qué tengo que hacer? Porque dea que, si es así, te diga que estás muy equivocada y tal vez deberías replantearte en serio si de verdad entiendes lo que Daniel te está pidiendo.

Me sonrojo hasta la punta de las orejas y asiento.

—Me gustaría decir que lo entiendo —afirmo entre dientes—, pero no puedo y eso me está matando por dentro.

Erkel me mira a los ojos largo rato y al final me sonrío con ternura y con cierta lástima.

—Sí que lo entiendes, lo único que pasa es que todavía te da miedo asumir que él te necesita tanto. Mírame, Amelia. Me gradué en la academia de policía a los veintiún años y me pasé casi diez infiltrado en una banda de narcotraficantes. He ido a la guerra de Iraq y he tenido a un escuadrón entero bajo mi mando. Y, sin embargo, Nate puede hacer conmigo lo que quiera. Él me conoce mejor que nadie, mejor que yo mismo.

»No voy a contarte nuestra historia, nos pertenece sólo a nosotros, pero dea que te dé un consejo: olvídate de todos los estereotipos y siente. Límate a ser sincera contigo misma, con tus sentimientos, reconoce en voz alta lo que de verdad sientes por Daniel y entonces sabrás qué hacer. Te aseguro que no hay nada que valga más la pena que entregarte a una persona y que ella se entregue a ti en cuerpo y alma.

»Pero también voy a serte sincero, no es una relación que pueda soportar todo el mundo. Es más difícil y compleja que la del resto de las personas, así que piénsalo bien antes de devolverle esa cinta a Daniel.

—¿Alguna vez te has arrepentido?

—¿De pertenecer a Nathan? —Espera a que yo asienta antes de continuar—: Jamás. Aunque si algún día me quito esta cinta —se pasa el dedo por ella—, será porque Nathan me ha hecho mucho daño. Y me costaría demasiado dejar que volviese a ponérmela.

Trago saliva. No voy a contarle que yo le he dicho a Daniel que no se la pondré de nuevo hasta que me lo suplique. Jasper no me ha contado su historia y yo también quiero guardarme la mía.

—Ya hemos llegado —señala él, al detenernos frente al Royal Hospital—. Mañana acompañaré a un dibujante al edificio de Daniel. Si se te ocurre algo más, o si sucede cualquier cosa, llámame.

—Gracias, Jasper.

—De nada, ha sido un placer, Amelia. Os mantendré informados sobre el caso. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se despide de mí y yo me quedo mirando cómo camina a paso ligero de regreso a su casa. Envidio la felicidad que desprende, la tranquilidad con que afronta su relación con Nathan Miller. La paz que parece rodearlos a ambos.

El amor que he visto en sus ojos cuando se ha tocado la cinta del cuello.

El doctor Jeffries ha pasado por la habitación de Daniel a primera hora de la mañana y me ha dejado una carpeta con las direcciones de los mejores fisioterapeutas de Londres, la medicación de Daniel, las fechas de las próximas visitas y el papeleo del alta. Mientras yo estaba inundada de papeles, han aparecido un par de enfermeros para llevarse a Daniel y hacerle un último chequeo.

Las dos horas que llevo sola entre estas cuatro paredes que he llegado a odiar, me las he pasado pensando en lo que voy a hacer a partir de ahora. Tengo que ser sincera conmigo misma. Reconocer lo que siento por Daniel y reconocermelo, al menos a mí misma, lo que deseo hacerle. Pero lo primero es él y su recuperación. Espero que no tarde en volver, me pone nerviosa que estén haciéndole tantas pruebas. No puedo quitarme de encima la sensación de que van a descubrir algo horrible y que volveré a perderlo.

Suena el móvil y me siento aliviada por la distracción.

—¿Diga?

—Amelia, soy yo, Patricia. ¿Ya le han dado el alta a Daniel? —me pregunta mi jefa.

—No, todavía no, pero ya tengo los papeles, así que supongo que cuando vuelva de las últimas pruebas podremos irnos.

—No sabes cuánto me alegro. Ayer, cuando me llamó, casi me pongo a llorar de emoción.

—Sí, la verdad es que se está recuperando muy bien.

—¿Sabes cuándo piensa volver al trabajo? Aquí todos lo echamos mucho de menos.

Sé que entre Daniel y Patricia no hay nada romántico, ni siquiera sexual. Lo sé. Pero a pesar de eso, tengo ganas de estrujar el teléfono hasta romperlo. Supongo que si supiera qué son exactamente el uno para el otro, podría entenderlo y aceptarlo, pero no saberlo me está convirtiendo en una paranoica.

—No, no lo sé. —Como tantas otras cosas—. Depende de la recuperación.

—Dile que se tome todo el tiempo que necesite. Y tú también.

—En realidad, creo que yo volveré al bufete la semana que viene. O antes, en cuanto Daniel esté instalado. Aunque sea sólo durante unas horas. Siempre que a ti te parezca bien, por supuesto.

—¡Claro que me parece bien! A ti también te echamos mucho de menos.

Ahora me siento como una cretina.

—Gracias, Patricia.

—No sé si debería decírtelo por teléfono —su repentino cambio de tono de voz me eriza el vello de la nuca—, pero creo que tienes que saberlo. No quiero que ese hombre pille a Daniel desprevenido.

—¿Qué hombre? ¿Ha sucedido algo, Patricia?

—El tío de Daniel vino ayer al bufete.

—¿Qué? —Prácticamente he saltado de la silla en la que estaba sentada—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Le dije a la recepcionista que venía a verme para interesarse por Daniel. La pobre Suzie no tenía ni idea de que el señor Jeffrey Bond no tiene esa clase de relación con su sobrino y lo llevó directamente a mi despacho. Yo estaba en una reunión y lo atendí en cuanto salí. Los dos fingimos cordialidad y se fue al cabo de cinco minutos. Ese hombre nunca me ha gustado. Cuando era joven, me daba miedo hablar con él; ahora que no tengo por qué aguantarlo, me da escalofríos. No sé qué pretende, tal vez sólo sea una cuestión de dinero, pero quería avisar a Daniel.

Mi cerebro se ha detenido a media explicación.

—¿Tú conoces al tío de Daniel desde que eras joven? —Es la primera pregunta que sale de mis labios.

—Sí, lo conocí antes que a Daniel —dice escueta.

—¿Por qué dices que nunca te ha gustado?

Me imagino a Patricia en su despacho, enarcando una ceja antes de contestarme.

—Nunca se ha alegrado de nada por Daniel y cuando fundamos el bufete, vino a verme e intentó convencerme de que no me asociase con su sobrino. Me dijo que algún día la verdad sobre éste saldría a la luz y entonces ni yo ni mi bufete nos recuperaríamos. Me pareció un loco, un millonario desquiciado porque le han arrebatado su juguete preferido. No le hice ni caso, claro está. Evidentemente, todo era falso, llevo años asociada con Daniel y puedo asegurarte que su reputación es

intachable.

A juzgar por sus palabras, ella tampoco sabe nada de los motivos que han causado el distanciamiento, el odio, entre tío y sobrino, pero está claro que su instinto no le falla.

—Gracias, Patricia, se lo diré a Daniel.

—De nada. Cuida de él, Amelia.

Sí, soy una persona horrible.

—¿Patricia? —la retengo antes de que pueda colgar.

—¿Sí?

—Daniel y tú... —Sujeto el teléfono con fuerza—. Daniel y tú...

—No, Amelia. Entre Daniel y yo no hay nada. Nos llevamos quince años. Él es el hermano pequeño que me habría gustado tener. Es un hombre admirable y estoy segura de que si se lo preguntas, te contará por qué lo quiero tanto. Pero te prometo que no soy competencia. En realidad, ya que estamos hablando abiertamente del tema, deja que te diga que me alegro mucho de que haya encontrado a una mujer como tú. De verdad.

Me cuesta tragar saliva.

—Gracias, Patricia. Lamento si te he ofendido al insinuar que podía haber algo entre vosotros dos.

—¿Ofendido? No se me ocurre mayor halago. —Se ríe suavemente—. A mi ego no le viene mal ver que todavía doy miedo a las chicas jóvenes. Y no me molestaría atraer a un hombre como Daniel; si estuviese disponible, claro está.

—No lo está.

Ella vuelve a reírse y esta vez me uno a su risa.

—Mensaje recibido. Vuelve al bufete en cuanto puedas, Martha y David agradecerán tu ayuda en el caso Howell. A todos nos gusta tenerte por aquí.

—A mí me gusta que me tengáis. Te llamaré.

—Eso espero. Una cosa más, Amelia. El tío de Daniel, Jeffrey, es un gran manipulador y estoy segura de que tarde o temprano irá a verte, así que ten cuidado.

—Lo tendré. Adiós, Patricia.

—Adiós.

Cuelgo y tecleo el nombre de Jeffrey Bond en el móvil. Necesito verle la cara.

La imagen empieza a dibujarse. Es increíble toda la información que se puede encontrar de una persona sin que ésta lo sepa. Por suerte para mis nervios, hay buena cobertura en esta parte del hospital, así que la fotografía tarda poco en descargarse.

La miro y me quedo helada.

Jeffrey Bond es una versión de mayor edad de Daniel. Tiene su mismo rostro anguloso, el mismo mentón y unos pómulos idénticos. A diferencia de su sobrino, lleva barba, una barba perfectamente recortada, del mismo color casi plateado que su pelo.

Tiene una sonrisa deslumbrante y, a juzgar por esta fotografía, que compruebo que procede de una gala benéfica organizada en Edimburgo hace medio año, está en excelente forma física a sus ¡setenta años!

Es un placer saludarlo, señor Dorian Gray.

—Ya estamos de vuelta —exclama Ricky, un enfermero al que conocí la noche del accidente y con el que tengo una buena relación, entrando detrás de Daniel, que ahora va en una silla de ruedas—. Se ha portado muy bien, aunque reconozco que quizá me gustaba más cuando no me decía lo malos que son mis chistes.

—Cambia de chistes y te diré que son buenos —replica Daniel, fingiendo estar muy serio.

—Vaya, vaya, veo que el señor es exigente.

—Muy exigente —afirma él, mirándome a mí.

Yo no puedo evitar sonrojarme y guardo el móvil de inmediato. ¿Cómo he podido creer que este descendiente de Dorian Gray se parece a Daniel? Jeffrey Bond hiela la sangre incluso a través de una fotografía, en cambio Daniel podría incendiarme sólo con la mirada. Los ojos de Jeffrey Bond están vacíos, mientras que los de Daniel son complejos, tal vez demasiado, pero rebosan misterio y una serie de sentimientos casi imposible de desentrañar.

No, no se parecen en nada.

Se me para el corazón un segundo al recordar una cosa. El padre de Daniel y su tío no eran hermanos biológicos, ambos eran adoptados, de ahí que al final se convirtieran en amantes. Entonces, si Daniel se parece tanto a su tío...

Oh, no, todo esto vuelve a ser demasiado para mí. Cada vez que creo haber entendido algo, descubro que estoy equivocada y que todo es más confuso de lo que pensaba.

Si Daniel confiase en mí y me contase la verdad...

«Gánate su confianza, demuéstrole que estarás siempre a su lado y que no volverás a abandonarlo cuando más te necesite.»

—¿Te sucede algo, Amelia? —me pregunta él.

—No, nada. —Le sonrío—. Ha llamado Patricia, te manda recuerdos y me ha pedido que te cuide.

Daniel me devuelve la sonrisa. Es maravilloso estar así con él.

—¿De verdad quieres cuidar de mí? —Su sonrisa pícara me avisa de que me está tomando el pelo—. Dile a Ricky que deje que me levante de esta maldita silla; no estoy inválido.

—Órdenes del doctor Jeffries, eminencia. —El enfermero le hace una leve reverencia—. Bastante suerte ha tenido con que le hayan quitado el yeso y le hayan puesto uno nuevo menos aparatoso.

Desvío la vista hacia la pierna de Daniel y veo que, efectivamente, el yeso ya no le llega hasta la ingle y que de la rodilla le salen unos clavos. Le han cortado los vaqueros a esa altura y se ha puesto el jersey negro que le llevé, con la manga remangada.

Está guapísimo y mi corazón no termina de creerse que por fin no lleva aquel horrible pijama hospitalario.

—No me duele —afirma él, al ver dónde se han detenido mis ojos.

—Claro, es de lo más normal tener —los cuento— cuatro clavos en la rodilla. Si el doctor Jeffries dice que tienes que ir en silla de ruedas, irás en silla de ruedas —dictamino con firmeza.

Daniel asiente y se queda en silencio.

—¿Qué otras órdenes me traes del doctor Jeffries, Ricky? —le pregunto entonces al enfermero.

—En realidad, nuestro paciente del año puede utilizar muletas. O mejor dicho, una muleta —se corrige, señalando el brazo que Daniel lleva enyesado y en cabestrillo—. O un bastón. Siempre y cuando no haga excesos.

Tiene enyesados el brazo y la rodilla del mismo lado, el izquierdo, así que podría apoyar su peso en el lado derecho e intentar caminar. Anticipo que va a querer pasarse más tiempo de pie del recomendable, pero no puedo evitar alegrarme de que demuestre tanta vitalidad y tantas ganas de recuperarse.

—Entendido.

—Las escayolas requieren los cuidados habituales, evitar el agua y poco más. Y tendría que venir dentro de una semana para ver si podemos quitarle alguna de las dos o reducir un poco su tamaño —me explica el enfermero con su habitual eficacia.

—Gracias, Ricky, te aseguro que aquí estaremos.

—Entonces, esto es todo. —Él junta las palmas y se las frota—. Si ya tienen el equipaje listo, señores, será un placer acompañarlos a la salida. Espero que hayan disfrutado de su estancia en el Royal Hospital y confío en no volver a verlos nunca más en el ala de cuidados intensivos.

—Lo mismo digo, Ricky —bromeo y le doy un abrazo.

La noche que llegué a urgencias, no sé qué habría sido de mí sin él a mi lado. Es como un gigante irlandés y me hizo compañía cuando yo era una completa desconocida. Recuerdo que después de que me dijeren que Daniel estaba en coma, me escondí en un pasillo, donde lloré desconsolada.

Ricky me siguió hasta allí, me abrazó y luego me acompañó de vuelta a la habitación donde estaba Daniel sin decirme nada. Nunca lo olvidaré, pero tiene razón; a partir de ahora, prefiero quedar con él, que tiene edad para ser mi padre, o mi tío abuelo, en una cafetería o en un pub.

Suelto a Ricky y voy hacia el baño, donde he dejado nuestras bolsas.

—¿Te importaría dejarnos solos un minuto? —le pide Daniel al enfermero.

—Por supuesto que no. Estaré en el pasillo.

Señala la puerta con un pulgar y sale silbando de la habitación.

Con mi bolsa colgando del hombro y la de Daniel en la mano, voy a su encuentro. Él sigue en la silla de ruedas y tiene una mirada fija y decidida. Tiemblo y me cuesta respirar. Este hombre es la persona más importante de mi vida.

—Acércate un segundo, Amelia. Por favor.

Otro «por favor».

No me detengo hasta llegar a su lado y me siento en la butaca blanca donde he pasado tantas noches, para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Pase lo que pase cuando salgamos de aquí —dice—, me alegro de no haber borrado tu nombre de la póliza. Si hubiese muerto...

—Oh, Daniel, no sigas. —Se me rompe la voz y él me coge una mano.

—Si hubiese muerto, tú eres la única persona que querría tener a mi lado.

Entrelazo los dedos con los suyos y se los aprieto.

—No habría permitido que murieses —afirmo. Sé que es absurdo, que ni yo ni nadie puede derrotar a la muerte, pero es lo que siento—. Y ahora no voy a permitir que me alejes de tu lado.

—No, Amelia. Las cosas han cambiado.

—En eso tienes razón, Daniel, han cambiado. Ya no soy la chica cobarde que se negó a escucharte y a reconocer, ante ti y ante sí misma, que yo también necesito que te entregues a mí. Y tú no has muerto, Daniel. Estás vivo y me perteneces, así que la pregunta que debes hacerte es la siguiente: ¿estás dispuesto a entregarte a mí en cuerpo y alma?

No espero que Daniel conteste mi pregunta en este mismo instante. Me basta con verlo asentir y fruncir el cejo. No me ha corregido. No me ha dicho que le estoy pidiendo un imposible. Ni tampoco que fue un error pedirme que lo dominase. Me conformo con eso. De momento.

Me pongo en pie y empujo la silla de ruedas hasta la puerta para recoger después las bolsas. Ricky ha debido de oírme, porque abre y se ocupa él de llevar la silla de Daniel hasta la salida del hospital.

Y ahí me llevo otra sorpresa de esas que amenazan con hacerme llorar.

—Hola, señorita, deduzco que este caballero es Daniel, ¿me equivoco?

—¡Spencer!

El taxista me abraza, ante la mirada atónita de Daniel y la sonrisa de Ricky. Spencer es el taxista que me llevó al hospital la noche del accidente. Después de recibir la llamada de la señora Portland, la representante del centro que se encarga de comunicar las malas noticias a los familiares y a la que deberían impartir urgentemente un curso de psicología, estaba tan alterada que bajé a la calle sin dinero. Y por si eso fuera poco, además de no pagarle el trayecto, el bueno de Spencer se pasó todo el rato consolándome y vino a verme al día siguiente con un ramo de flores.

Spencer y Ricky son amigos, al parecer juegan juntos a las cartas y sus respectivas esposas se conocen, y el enfermero lo ha llamado para darme una sorpresa.

—Ya le dije yo que todo iba a salir bien —me dice, abrazándome con cariño.

—Sí, es verdad, me lo dijo —contesto tras soltarlo—. Deje que le presente a Daniel.

—Es un placer, Spencer —dice éste, tendiéndole la mano que no lleva enyesada—. Me alegro de haberle dado la razón.

—El placer es mío, Daniel. Jamás había llevado en mi taxi a una persona tan destrozada y tan preocupada por alguien. Se me partió el corazón cuando la dejé en urgencias.

—Gracias por haber cuidado de ella.

—Claro. ¿Adónde quieren que los lleve? —Abre la puerta del maletero y guarda en él las bolsas.

Ricky me entrega una muleta con mucha solemnidad y yo me acerco a Daniel, que la coge con la mano buena y cierra los dedos alrededor de la barra de metal. Respira hondo y aprieta los dientes antes de apoyarla en el suelo y colocar bien el brazo en el soporte.

Levanta la vista, me mira a los ojos y pronuncia una frase que creía que no oiría nunca.

—Necesito que me ayudes, Amelia. Te necesito.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero logro contenerlas. Ése es exactamente el motivo por el que amo a Daniel. Por lo valiente que es, porque nunca tiene miedo.

—Siempre que quieras —susurro y me acerco a él para rodearlo por la cintura, ayudarlo a levantarse de la silla y dar el primer paso. El más difícil.

Tengo la cabeza pegada al lado izquierdo del torso de Daniel, esquivando el cabestrillo, con ambos brazos alrededor de su cintura. Oigo cómo a él se le acelera la respiración y por un instante inhala profundamente para olerme el pelo. Suelta el aire despacio y veo que aprieta los dedos con los que sujeta la muleta. Luego flexiona los músculos del abdomen y se impulsa hacia arriba.

El corazón le late con fuerza y, al levantar la vista, veo que tiene la mandíbula apretada y la frente cubierta de una fina capa de sudor.

Le duele. Mucho, a juzgar por su cara y la de Ricky, pero no digo nada. Sé que Daniel necesita hacer esto por sí mismo; conmigo a su lado apoyándolo, pero solo.

Confío en él.

Suelta de nuevo el aire entre los dientes y ya está casi incorporado. La muleta se apoya firmemente en el suelo y él mantiene la pierna enyesada ligeramente doblada, como si fuera a saltar a la pata coja. Respira profundamente y termina de erguirse.

—Ya puedes soltarme, Amelia. —Me aparto despacio y lo miro a los ojos—. Gracias.

—De nada. —Le sonrío y coloco los dedos de una mano encima de la que él tiene en la muleta—. ¿Me acompañas al coche?

La sonrisa que me devuelve es la única recompensa que necesito para saber que al menos esta vez lo he hecho bien.

Daniel cojea hasta la puerta del taxi, que Spencer nos ha dejado abierta, y espera a que yo entre primero. Después, lanza con cuidado la muleta hacia el interior y acepta la ayuda de Ricky para entrar en el vehículo.

—Bueno, ¿adónde vamos? —nos pregunta de nuevo Spencer tras sentarse al volante.

—A donde sea, lejos de este hospital —dice Daniel.

Tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Veo que flexiona los dedos y que vuelve a apretar la mandíbula y me imagino que lo hace para reprimir el dolor.

—A la calle Chelsea. —Daniel abre los ojos y me mira—. A casa.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Spencer me sonrío por el retrovisor cuando ve que entrelazo mis dedos con los de Daniel, pero éste ha vuelto a cerrar los ojos.

El taxi se detiene al llegar a nuestro destino y el portero del edificio sale a darnos la bienvenida. Evidentemente, Spencer se niega a cobrarnos la carrera. Daniel acepta, pero sé que mañana, u hoy mismo, se encargará de hacerle llegar un regalo más que generoso a su domicilio. Yo me conformo con darle un abrazo y con decirle que lo llamaré para pedirle formalmente que me invite a una de esas partidas de cartas.

Daniel coge de nuevo la muleta. Yo camino a su lado por si necesita mi ayuda, pero tengo que contenerme para no rodearle la cintura y pedirle que se apoye en mí. Erkel me dijo que cometía un error si creía que entregarse a una persona significaba ser débil y ahora sé que a Daniel no le gusta que lo trate como si lo fuese.

Pero está herido, maldita sea, tiene la rodilla y el brazo rotos.

Y es mío.

Veo que aprieta de nuevo los dientes y que le suda la frente.

—Si necesitas apoyarte en mí, dímelo.

Él asiente sin decir nada.

—Lo digo en serio. Si el doctor Jeffries me dice que te has excedido y que tienes que llevar estas escayolas más días de los previstos, me enfadaré contigo. ¿Me has oído? —le digo con voz firme pero más baja.

—Te he oído, Amelia. —Da otro paso y le tiembla un músculo de la mandíbula. Si sigue así terminará por romperse un diente—. Tengo que hacerlo.

Tengo que llegar solo a mi casa. —Se detiene un segundo y se apoya en la pierna buena—. Cuando el Jaguar empezó a dar vueltas de campana campo a través, vi mi vida ante mis ojos. Y cuando por fin el coche se estrelló contra aquel muro, noté que mi cuerpo quedaba atrapado entre el metal de la carrocería. No perdí la conciencia al instante y recordé una época, hace mucho tiempo, en que me sentí muy indefenso. Tengo que dejar de sentirme así.

Es la primera vez que Daniel es tan sincero conmigo y lo interpreto como que empieza a confiar de verdad en mí. Me muero de ganas de preguntarle qué época era ésa, qué le había sucedido que seguía teniendo tanto poder sobre su persona. Pero sé que si lo hago él se lo tomará como una traición y volverá a cerrarse en banda.

—¿De verdad es tan importante para ti?

—De verdad.

—De acuerdo, pero pídeme ayuda si la necesitas. —Levanto una mano y le acaricio la mejilla. Y Daniel hace lo mismo que hizo Erkel con Miller: mueve la cara en busca de mi palma—. No podría soportar que te hicieras más daño. —Aparto la mano y me coloco de nuevo a su lado—. Vamos.

Él me sonrío otra vez —creo que sólo por estas sonrisas, ya vale la pena pasar por todo esto— y da otro paso. Y otro. Y diez minutos más tarde estamos frente a la puerta del apartamento.

—Ayer, cuando vine por tus cosas, tenía miedo de que hubieras cambiado la cerradura.

Abajo, él me ha confesado uno de sus temores y siento que tengo que hacer lo mismo.

—Me fui a Escocia al día siguiente. —Espera a que yo termine de abrir antes de continuar—: Pero aunque me hubiese quedado en Londres, no la habría cambiado. A pesar de nuestra discusión, sé que nunca habrías entrado en mi apartamento sin que yo te invitase.

Entro y enciendo la luz del vestíbulo. Daniel me sigue cojeando y no se detiene hasta llegar al sofá, donde literalmente se desploma.

—Cuando estábamos juntos, sólo viniste una vez sin avisar, y te quedaste en la puerta sin entrar hasta que yo te dije que podías hacerlo.

Recuerdo ese día perfectamente. Fue cuando le llevé magdalenas de chocolate.

«Un momento.»

—¿Cuando estábamos juntos? —pregunto en voz alta—. No vuelvas a insinuar que ahora ya no lo estamos, Daniel. Hoy no.

—Antes, todo era mucho más claro —dice, tras suspirar—. Yo sabía exactamente lo que quería y quién era, lo que necesitaba para funcionar en la vida. Y tú también. Ahora todo es confuso. Tú antes llevabas la cinta, ahora yo no quiero ponérmela.

Trago saliva al oír esa frase que evoca las palabras de Erkel: «Si algún día me quito esta cinta, será porque Nathan me ha hecho mucho daño».

—Tú insistes en que estás preparada para hacer lo que antes te negaste a escuchar y yo dudo que esté dispuesto a volver a pedírtelo. Y no podemos olvidarnos de que uno de los hombres más buscados por Scotland Yard manipuló el ordenador de mi coche e intentó matarme y que mi tío insiste en reaparecer en mi vida.

—De todo eso que has dicho, Daniel, lo único que me importa es que ni una sola vez has negado que tenemos que estar juntos. Sí, tal vez las cosas eran mucho más claras antes, pero tú mismo me dijiste que no me dejase cegar por las etiquetas. Que fuesen claras no quiere decir que fuesen perfectas, Daniel, porque tanto tú como yo sabemos que no lo eran. Pero pueden llegar a serlo. Averiguaremos qué diablos pretende Vzalo de ti y nos ocuparemos de tu tío. Te recuperarás. Estaremos juntos. Todos los días. —Silencio.

—Estoy cansado, creo que iré a acostarme un rato.

Esa respuesta no es ni mucho menos la que esperaba. Estoy aprendiendo a enfrentarme a la reticencia de Daniel, a su rabia, pero ¿a su desinterés? ¿Cuántas barreras más intentará levantar entre nosotros?

—Te prepararé la cama.

—No entres en mi dormitorio.

Vaya, éste sí que es Daniel. Mejor. Me alegro de volver a verlo, estoy lista para él.

—¿Ah, no, cómo vas a impedírmelo?

Sé que no debería provocarlo, pero no me queda más remedio.

—Amelia, no te atrevas a entrar en mi dormitorio.

Coge la muleta e intenta levantarse del sofá.

—No te muevas, Daniel. —Veo que apoya la muleta en el suelo, ignorándome por completo. Dejo caer las bolsas en el suelo, no sé por qué todavía

no las he soltado, y me acerco a él. Le pongo la mano derecha en el torso y lo sujeto en el sofá—. No te muevas.

—¿Ah, no? ¿Y cómo vas a impedírmelo? —se burla de mí, enarcando una ceja.

Él se lo ha buscado.

Lo empujo de nuevo contra el sofá y lo miro a los ojos. Doblo los dedos hasta asegurarme de que puede sentir mis uñas a través del jersey.

—Muy fácil —le digo yo igual de desafiante—. No te muevas.

Daniel suelta el aliento entre los dientes y noto que pega la espalda al respaldo del sofá. Tiene la cabeza tan echada hacia atrás que la nuez le tiembla en el cuello al tragar saliva. Uno a uno, afloja los dedos con los que sujeta la muleta y el ruido del metal al caer al suelo indica mi victoria.

Él tiene las piernas separadas, la enyesada estirada a mi izquierda y la derecha tiembla ligeramente junto a mi muslo. Estoy entre ellas; sin que ninguno de los dos se dé cuenta, mi torso ha quedado pegado al suyo.

Levanto la mano del jersey y la aparto despacio. Daniel respira con más calma. Qué equivocado está. Tengo la mano izquierda en su cintura, reteniéndolo también. Abro los dedos con lentitud y dejo que se deslicen por debajo de la tela, justo por encima de la cinturilla de los vaqueros. Los músculos de su abdomen tiemblan bajo mis yemas y Daniel tiene que volver a tragar saliva. Veo que cierra los ojos. No es porque esté excitado, que lo está, lo conozco, lo cierra porque quiere distanciarse de lo que está sucediendo. De lo que está sintiendo al rendirse a mí.

«Conozco a Daniel.»

Sí, lo conozco.

Detengo la mano en su abdomen sin hacer nada. Dejo que esos poderosos músculos sigan temblando, preguntándose si voy a volver a acariciarlos. O si voy a clavarles las uñas. Llevo la otra mano hasta su nuca y, tras enredar los dedos en su pelo, tiro de ellos.

—¿No vas a mirar? Perfecto. Entonces tendré que contártelo, porque por mucho que lo intentes, no podrás evitar oír mi voz. De hecho, Daniel —le susurro, pegada a su oído—, estoy convencida de que podías oírme todos los días. Incluso cuando estabas en coma. —Tiembla y veo subir y bajar su nuez—. Vas a quedarte aquí quieto y yo iré a tu dormitorio y te prepararé la cama. No es la primera vez que entro ahí, Daniel. —Él intenta soltarse y bajar la cabeza para mirarme, pero se lo impido—. Ah, no. Tú has elegido esta postura, así que ahora vas a tener que

quedarte así hasta que yo decida lo contrario.

Daniel vuelve a dejar la cabeza inmóvil y yo noto un escalofrío por todo el cuerpo. El corazón me late sin control y me sudan las palmas de las manos. Tengo la garganta seca, pero es una sed que sólo podrían calmar sus besos.

Le deseo. Oh, Dios mío, cómo le deseo.

Pero todavía no. Ni él ni yo estamos listos para dar ese paso.

—Estuve en tu dormitorio el otro día para coger tu ropa. No sé por qué te asusta tanto dejarme entrar en esta parte de tu vida, pero de momento voy a respetarlo. No te obligaré a contármelo y podrás dormir solo. Pero eso es todo lo que voy a permitirte.

Levanto una pierna del suelo y coloco la rodilla entre las piernas de Daniel, presionando su más que prominente erección. Él respira entre dientes y veo que con los dedos aprieta el cojín que tiene al lado hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Es una sensación embriagadora, la más afrodisíaca que he sentido nunca. Por un instante he deseado poder salir de mi propio cuerpo para verme a mí misma encima de Daniel; sujetándolo por el pelo de la nuca, echándole la cabeza hacia atrás, reteniéndolo con sólo una mano en la cintura. Quiero ir un paso más allá. Ver hasta dónde podemos llegar antes de enloquecer de deseo.

Levanto la otra pierna y me siento con cuidado a horcajadas encima de él.

Daniel aprieta la mandíbula y cierra los ojos con fuerza.

En el hospital intentó no tocarme y yo lo besé hasta derribar sus defensas. ¿Qué puedo hacer para que me mire? ¿Qué necesita que le haga?

Muevo ligeramente las caderas encima de él. Está tan excitado que creo que podría hacerlo eyacular con un par de movimientos más, pero eso no tendría ningún sentido. Desvirtuaría por completo lo que estoy intentando que comprenda.

—Iré a prepararte la cama y te ayudaré a desnudarte y a ponerte cómodo. Si te apetece darte un baño, también me encargaré de eso.

Le tiro del pelo y no puedo resistirme más a ese cuello. Le doy un beso en la garganta.

Daniel cierra los ojos todavía con más fuerza.

—Me quedaré aquí contigo. Esta mañana le he pedido a Marina que metiera mi ropa en una maleta y la mandase aquí. Está en el vestíbulo de abajo. Dormiré en

la cama de arriba, en la misma donde me enseñaste lo maravilloso que es entregarse a una persona. Tú puedes dormir solo, Daniel. —Muevo de nuevo las caderas y aprieto la mano que tengo en su abdomen. Suspiro y dejo que él note que le necesito—. Si algún día quieres que duerma contigo, tendrás que pedírmelo. Igual que la cinta. Igual que todo lo demás. —Dejo de moverme y le suelto la nuca. Mis dedos se deslizan por su garganta hasta llegar a sus labios. Se los recorro con el pulgar y él los tensa. Es tan terco. Me dirijo al pómulo y allí Daniel no puede evitar girar levemente el rostro para sentir mi caricia—. Si quieres que me vaya de tu apartamento, que te deje solo con tu muleta, tus miedos y todo el deseo que estás sintiendo ahora, lo único que tienes que hacer es abrir los ojos y pedírmelo. Abre los ojos, mírame, y dime que quieres que me vaya.

Retiro la mano de debajo de su jersey y coloco ambas sobre su torso, tiembla igual que yo. El corazón le late tan rápido que incluso me preocupa.

—Si no me lo pides, no me iré. —La frase parece tranquilizarlo y los latidos aminoran poco a poco. Al parecer, su cuerpo estás más dispuesto que su mente a reconocer que me necesita—. No te muevas, Daniel. Voy a levantarme —le explico, porque tengo la sensación de que en esta etapa de nuestra relación los dos nos sentimos igual de confusos—, iré a preparar tu dormitorio mientras tú te quedas aquí con los ojos cerrados. —Le concedo eso porque siento que tiene necesidad de ello y el modo en que respira aliviado me lo confirma—. Cuando vuelva, te ayudaré a cambiarte de ropa.

Daniel asiente y sonrío y estoy convencida de que no se ha dado cuenta de que lo ha hecho.

Me necesita mucho más de lo que cree. Y yo a él, porque ahora que sé lo que es amarlo así, no me imagino estar un día sin hacerlo.

Me levanto despacio y me quedo mirándolo. Ojalá pudiera darle un beso, pero ahora no debo. Daniel necesita recuperar la calma.

—No te muevas. Eso es, muy bien.

Respira ya más tranquilo, aunque todavía no ha aflojado los dedos con que sujeta el cojín.

—Suelta el cojín, Daniel.

Abre los dedos de inmediato.

—Arreglaré las cosas y te prepararé un baño.

—No.

Iba a marcharme, pero me detengo en seco.

—¿Me has dicho que no?

Él sigue con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Se toma su tiempo para contestar; tengo la sensación de que está eligiendo las palabras adecuadas. No puedo creer que me haya vuelto a decir que no. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Castigarlo? Eso sí que no voy a poder hacerlo. Controlar sus reacciones para hacerle sentir amado, para enseñarle a entregarse por completo a mí es maravilloso. Excitante. Pero castigarlo, hacerle daño ahora que está herido, me revuelve el estómago sólo con pensarlo.

En los manuales que he leído sobre dominación (no he conseguido acabar ninguno), se habla de distintas técnicas de castigo y a mí todas me parecen dolorosas. En las novelas eróticas también se mencionan algunas, siempre en medio de una escena sexual, y éstas tal vez me las plantearía si se diesen las circunstancias adecuadas.

Pero Daniel y yo no estamos en la cama. Sí, los dos nos hemos excitado, eso es innegable, pero en realidad estamos discutiendo. Él ha intentado distanciarse de mí otra vez, y yo... yo no he tenido más remedio que recordarle que nos pertenecemos.

¿Acaso no lo he logrado?

—Contéstame, Daniel, ¿me has dicho que no? —repito con voz firme, tragándome las lágrimas.

—No quiero bañarme. Lo odio. Sólo me gusta nadar en las piscinas —añade, con voz más ronca—. O en el mar. Odio bañarme. Lo siento.

Me llevo una mano a la cara para secarme la única lágrima que ha logrado escapar a mi férreo control.

—No, no te disculpes —me apresuro a tranquilizarlo de nuevo. La vulnerabilidad que me está demostrando es abrumadora. Siento como si me estuviese ofreciendo el privilegio de visitar una parte hasta ahora desconocida de su corazón—. No lo sabía, gracias por contármelo.

Me aparto del sofá para contener las ganas de abrazarlo y paso por detrás de él, donde me detengo y le acaricio el pelo con ternura. No sé si es apropiado, pero bajo la cabeza y le doy un beso en la frente.

Él sonrío. El beso ha sido apropiado.

—No te muevas —repito de nuevo—. Arreglo las cosas y, si quieres, después te ayudo a ducharte.

—Gracias.

Me voy de allí sin saber muy bien si me da las gracias por haberlo reñido, por haberle prohibido que se moviese o por haberlo besado.

O por las tres cosas.

Antes no le he mentido a Daniel cuando le he dicho que ya había entrado en su dormitorio. Lo que no le he contado es que estuve más de media hora plantada frente a la puerta, sintiéndome culpable por entrar sin su permiso. Y supongo que de momento es mejor que no se lo cuente.

Cada vez que él provoca una discusión para causar nuestra ruptura, sé exactamente qué tengo que hacer y cómo tengo que comportarme para tranquilizarlo y sacarle esa estúpida idea de la cabeza. Es como si una parte de mí, la misma que Daniel despertó cuando me poseyó durante los noventa días previos al accidente, estuviese perfectamente sincronizada con sus necesidades.

Es una gran responsabilidad saber que el bienestar más íntimo de la persona que amas depende de ti, de tus decisiones. En algún momento me asaltan dudas, como cuando le he dado un beso antes de irme, pero entonces lo veo con esa sonrisa en los labios y creo que puedo hacerlo feliz.

Él mismo me lo dijo en este mismo apartamento el día de nuestra discusión:

«Quiero que me hagas tuyo, quiero ser capaz de entregarme a ti igual que tú te has entregado a mí. Y necesito tu ayuda para conseguirlo. Necesito entregarme a ti de esta manera. Sé que sólo tú serás capaz de obligarme a desprenderme de mi pasado y de darme un futuro».

En esa declaración de amor, porque eso es exactamente lo que eran esas palabras, Daniel no sólo me dijo que necesitaba entregarse a mí, sino que necesitaba que yo lo obligase a hacerlo. Era como si supiera que él solo no lo iba a lograr. Tenía necesidad de que yo lo obligase a ser él mismo, a reconocer su naturaleza. Igual que él había hecho conmigo.

Guardo el último jersey y tiro de la colcha de la cama para abrirla. Sigo sin entender por qué Daniel no quería que entrase en este dormitorio. Giro sobre mis talones y observo a mi alrededor. Es la estancia más espartana del apartamento. No hay ninguna foto de él y nada que delate ningún secreto sobre su ocupante. No hay látigos, ni esposas, ni cintas de seda; Daniel guarda todos los artilugios sexuales en la habitación del piso de arriba. En la única donde yo he dormido.

Lo único que me llama la atención es una pequeña vela blanca encima de la mesilla de noche. No tiene nada de especial. Me acerco y la levanto para olerla. Ni siquiera está perfumada. Es una vela esférica que tal vez haya sido prendida un

par de veces, a juzgar por el color negro de la mecha; junto a ella hay una sencilla caja de cerillas.

La dejo tal como la he encontrado, porque no quiero que Daniel piense que he aprovechado para husmear.

Salgo del dormitorio y, al pasar por la sala, compruebo que él sigue con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. No sé si está dormido, pero paso por detrás del sofá sin hacer ruido y voy al piso de arriba para dejar mi bolsa. La maleta que me ha mandado Marina la subiré más tarde. No me detengo demasiado, porque esa habitación me trae muchos recuerdos y ahora necesito mantener la calma. Pensar en esa vez que hicimos el amor de pie, mirándonos el uno al otro en el espejo del baño, no me ayudará demasiado.

Bajo la escalera y voy a la cocina. Pongo a hervir un poco de agua caliente para preparar un té; el remedio inglés para todos los males. Sirvo dos tazas, coloco el azúcar en la bandeja y me dirijo con ella hasta el comedor.

—Daniel. —Le pongo una mano en la rodilla y le muevo la pierna suavemente—. He preparado un poco de té. Vamos, abre los ojos, te irá bien beber algo caliente.

Él vuelve la cabeza de un lado a otro y parpadea un par de veces. Está confuso, la medicación del hospital todavía le hace efecto.

—Me he quedado dormido —confiesa algo avergonzado.

—No importa, necesitas descansar. Hoy nos quedaremos en casa, pero mañana llamaré al terapeuta que nos ha recomendado el doctor Jeffries para pedirle cita. Tienes que empezar a hacer rehabilitación cuanto antes.

Daniel se incorpora y coge su taza para beber un poco de té.

—Mañana voy a ir al bufete, quiero revisar unos documentos y me gustaría hablar con Patricia sobre mi última visita a Escocia.

—Lo primero es la rehabilitación. No es necesario que vayas aún al bufete; hace poco más de una semana tuviste un accidente de coche casi mortal y apenas hace un par de días que te has despertado de un coma, Daniel.

—No soy ningún inválido.

Vuelve a estar a la defensiva.

—No he dicho que lo fueras —replico con firmeza—. El doctor Jeffries ha dicho que tienes que tomártelo con calma.

—No puedo tomármelo con calma, Amelia, tengo que averiguar qué diablos

está tramando mi tío y hasta qué punto está involucrado con Vzlo.

—¿Y para eso tienes que ir al bufete?

—Sí, allí es donde guardo los expedientes de las empresas de mi tío y de Vzlo.

—Oh, Dios mío, o sea que hace años que vas detrás de ellos, por eso han intentado matarte.

—No, no exactamente. Hace años que vigilo de cerca a mi tío, lo de Vzlo lo averigüé hace muy poco. Tres o cuatro meses como mucho. Pero no es sólo eso. Patricia me necesita y yo estoy bien, dejando a un lado la rodilla y la mano, claro está.

—Y el pulmón perforado y el coágulo que tuvieron que quitarte del cerebro, pero claro, eso son tonterías.

—No me trates como si fuese un enfermo, Amelia. Esto no tiene nada que ver con lo que ha pasado antes. Sí, me ha gustado mucho que me tirases del pelo —reconoce—, y sí, me he excitado al ver que tomabas el control, pero en lo que se refiere al bufete o a mi vida, mando yo. ¿Entendido?

—¿Por qué crees que Patricia te necesita?

He decidido preguntarle eso para ver si lo desconcertaba y he acertado. Me muero de ganas de decirle qué pienso exactamente de su último discurso, de demostrarle quién manda, pero se me ha ocurrido una idea que voy a llevar a la práctica.

—Mercer & Bond lleva más de doscientos casos al año, por supuesto que me necesita. No me malinterpretes, Patricia es una mujer muy capaz, pero mi nombre no está en la puerta del bufete sólo de adorno.

—¿Qué clase de relación existe exactamente entre Patricia y tú?

—Somos socios, la conocí cuando yo todavía trabajaba en la fiscalía y le gané un juicio. Fundamos el bufete juntos, aunque tengo que reconocer que fue idea suya, y ahora somos amigos.

—Ésa es la versión oficial, la que cualquiera puede leer en la página web de la firma. Ahora cuéntame la verdad.

—Ésa es la verdad —insiste él.

—La otra verdad. Cuéntamela —le ordeno.

—Tuve que sacar a Patricia de la cárcel por agresión. Fue hace muchos años, a mí me había tocado el turno de guardia y me pareció ver su nombre en una de

las hojas policiales. Fui a la comisaría, convencido de que sería casualidad, y de repente allí estaba ella. Patricia Mercer en persona en un calabozo, con un ojo morado y el labio ensangrentado. Me acerqué a ella y se negó a dirigirme la palabra. Lo intenté todo, provocarla, reñirla, ser compasivo, nada surtió efecto. Yo no quería presentar cargos contra ella, pero al parecer le había roto el brazo a un tipo y se negaba a colaborar. Frustrado, salí en busca de los agentes que habían efectuado el arresto. Eran un hombre y una mujer y la agente me contó que el hombre al que Patricia le había roto el brazo era en realidad su novio y que éste antes le había pegado a ella, de ahí el morado y el labio partido. Patricia no sólo se defendió, sino que le dio una paliza al tipo, así que el muy indeseable la denunció. Y ella no se defendió. Supongo que en ese momento le dio vergüenza reconocer que había dejado que esa sanguijuela la maltratase, o pensó que ya se había vengado lo suficiente. No lo sé.

—¿Qué hiciste?

Daniel sonrió.

—Fui a buscar al hombre y lo convencí para que retirase los cargos.

—¿Cómo?

—Le dije que si no lo hacía no le apartaría la mano de la garganta a tiempo para que pudiese respirar. Con la denuncia retirada, los agentes no tuvieron ningún inconveniente en soltar a Patricia y en perder la hoja de su arresto. A su manera, ella es incluso más fría que yo, pero creo que a partir de ese incidente nos adoptamos mutuamente.

—¿Por qué no me lo habías contado antes? —le pregunto atónita.

Daniel se encoge de hombros.

—Pasó hace mucho tiempo y la verdad es que no tiene importancia.

—Claro que la tiene. No me extraña que Patricia te adore.

—Es mutuo.

—Tengo celos de ella.

—¿Por qué? —Me mira como si me hubiesen crecido dos cabezas.

—Tengo celos de lo relajados que se os ve juntos, de la complicidad que existe entre vosotros.

Daniel piensa durante unos segundos antes de contestar.

—Estoy relajado con Patricia porque no la deseo. Nunca me he sentido atraído por ella. Es como si fuera mi hermana mayor.

—¿Se parece a Laura?

El rostro de Daniel se demuda y sé que he cometido un error al mencionar a su hermana.

—¿Cómo sabes su nombre? Yo no te lo había dicho.

—Sí —balbuceo—, sí que me lo habías dicho.

—No —afirma él, rotundo—, hace años que no lo pronuncio. ¿De dónde lo has sacado?

—De la policía.

Daniel aprieta los dientes.

—Me dijiste que me darías tiempo, que confiarías en mí. Y, sin embargo, te has puesto a hurgar en mi pasado sin mi permiso, y con la policía nada menos. ¿Acaso no tienes bastante con haber puesto mi mundo patas arriba, también tienes que sacudir mi pasado? ¿Nunca tendrás suficiente?

—Tú me lo pediste, me dijiste que yo era la única que podía obligarte a desprenderte de tu pasado y darte un futuro.

—¿Cuándo te dije eso?

—Lo sabes perfectamente.

—De mi hermana no quiero desprenderme, así que no la metas en esto. Y no vuelvas a hablar de mí con la policía. No soy un niño pequeño que necesite tu protección. —Coge la muleta y de tan furioso como está, consigue levantarse con un único impulso—. Y respondiendo a tu pregunta, no, la relación que tengo con Patricia no se parece en nada a la que tenía con mi hermana. ¿Satisfecha?

No, no lo estoy. ¿Por qué siempre que creo haber dado un paso hacia adelante con Daniel, él retrocede dos? Tengo miedo de no atraparlo nunca.

—Me voy a mi habitación. No vengas a verme. Antes me has prometido que no entrarías. ¿O acaso también vas a incumplir esa promesa?

—No, no entraré.

—Genial, a ver si es verdad.

Cojea hasta el pasillo y lo veo desaparecer hacia el interior de su dormitorio.

Estoy a punto de echarme a llorar y para evitarlo busco la carpeta que me ha entregado esta mañana el doctor Jeffries y llamo al primer terapeuta de la lista. Está muy ocupado, pero cuando le digo de parte de quién llamo y que el nombre del paciente es Daniel Bond, milagrosamente aparece un hueco en su agenda. Brian

Wise, que así se llama, realiza además visitas a domicilio y concertamos una cita para mañana.

Después de colgar, llamo al vestíbulo del edificio y le pido al portero que cuando pueda me suba la maleta. Podría ir yo a buscarla, en realidad, probablemente tendría que ir yo, pero me da miedo dejar a Daniel solo en el apartamento, y una pequeña parte de mí no quiere alejarse tanto de él por si me necesita. Claro que, a juzgar por cómo me ha mirado cuando he mencionado el nombre de su hermana, tendría que estar muriéndose para recurrir a mí.

Por último, también llamo a Marina para darle las gracias, pero mi amiga no coge el teléfono y al final termino hablando con el contestador. Odio esas máquinas, aunque en el fondo me alegro de no haberla encontrado; no sé si habría sido capaz de explicarle lo que me está pasando sin derramar una o dos de las lágrimas que por fin he logrado contener.

Sintiéndome mejor después de haber resuelto estas cuestiones prácticas, me levanto de la silla en la que me he sentado para hacer las llamadas y me dirijo a la cocina. Estoy de pie cuando oigo el distintivo ruido de las cañerías, seguido al cabo de unos segundos por un golpe seco. Es como si algo muy pesado hubiese golpeado la pared.

O alguien.

Daniel.

Corro hacia su habitación y veo que las sábanas están revueltas y que él no está en la cama. Otro golpe y el ruido del agua al correr.

Sin dudarle un segundo, abro la puerta del cuarto de baño del dormitorio y me quedo petrificada en la entrada.

Daniel está completamente desnudo. Su ropa está esparcida por el suelo y, a juzgar por cómo está dispuesta, es más que evidente que ha tenido que pelearse con ella para poder quitársela. Veo el cinturón en una esquina y los vaqueros cortados, prácticamente destrozados, en otra. El jersey negro ha terminado hecho un ovillo al lado de una de las estanterías.

Ha conseguido cubrirse el yeso de la pierna con el plástico protector que nos han dado en el hospital y ha logrado la misma hazaña con el brazo. Ha tenido que costarle y la única ayuda a la que ha recurrido es a la de las tijeras, que ahora también están en el suelo.

La ducha ocupa la mitad del cuarto de baño. Una mampara de cristal separa los dos espacios: aquel en el que están el lavabo, las estanterías y el retrete, y el otro, donde un suelo de gresite verde oscuro delimita la ducha.

Allí dentro cabrían al menos cuatro personas, pero ahora sólo está Daniel y su cuerpo desprende tanta fuerza y tensión que parece ocuparlo todo. El agua cae a toda presión del círculo de acero que hay en el techo y le golpea la espalda. Tiene que dolerle, la piel de los hombros se le ve llena de marcas rojizas que señalan el lugar exacto donde inciden los chorros de agua. Y ésta tiene que estar muy caliente, a juzgar por el vapor que empaña la mampara y también el espejo del lavabo.

Tiene la cabeza baja y la frente apoyada en la pared que le queda delante, igual que el antebrazo que no lleva enyesado. La pierna en la que apoya la totalidad de su peso está temblando y el torso le sube y baja despacio, como si le costase respirar y estuviese obligándose a hacerlo.

No sé si me ha oído y dudo de si hacer notar mi presencia. Tal vez necesite estar solo.

Dios sabe que yo también me siento abrumada por todo lo que está sucediendo, así que él, que es quien ha sufrido ese aparatoso accidente y quien se está enfrentando a unos anhelos que hasta ahora no sabía que tenía, lo debe de estar todavía más. Sí, probablemente lo mejor será que me vaya, pero entonces lo oigo farfullar en voz baja y tengo que quedarme.

—No puedo. No puedo. —Es lo que está diciendo.

La voz sale con dificultad de su garganta ronca y malherida. Está furioso. Entonces echa hacia atrás el brazo que tenía apoyado en la pared, cierra el puño y, antes de que mi cerebro confuso logre adivinar qué pretende, suelta un puñetazo con todas sus fuerzas.

Ése es el ruido que he oído antes.

Dios mío.

Le miro la mano, que ahora ha colocado bajo el chorro de agua, y veo que tiene los nudillos ensangrentados.

Vuelve a cerrar el puño y a echar de nuevo el brazo hacia atrás.

—¡No, Daniel, para!

Se detiene y aparta lentamente la frente de la pared. Deja que el agua le caiga en los ojos y sacude la cabeza para apartársela.

—Vete de aquí ahora mismo.

Lo oigo a pesar del ruido, porque la rabia que tiñe sus palabras me cala hasta los huesos. Nunca lo había visto necesitar tanto y a la vez tan decidido a echarme de su lado.

Me doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta. Me quedo atónita al ver que tiene pestillo. Si Daniel hubiese querido, habría podido impedirme la entrada. Yo jamás habría podido forzar esa puerta. Convencida de que ésa es la señal que me faltaba, me acerco a ella y corro el pestillo, encerrándonos a los dos dentro.

El clic resuena en el cuarto de baño, donde lo único que puede oírse ahora es la continua cadencia del agua y nuestra respiración entrecortada.

Respiro hondo e intento prepararme para el impacto de ver la furia de Daniel dirigida hacia mí, pero cuando por fin lo miro, comprendo que nada de lo que yo hubiese podido hacer habría podido prepararme para esto.

Vuelve a tener el antebrazo en la pared, con la frente apoyada en él. Parece agotado. El agua sigue cayéndole sobre la espalda y, a pesar de que está caliente, Daniel está temblando.

Mis manos deciden desnudarme incluso antes que mi cerebro y les doy las gracias por esos segundos de más que me están proporcionando.

Él ni siquiera me mira, pero ésta es probablemente la vez que más me está costando desnudarme en su presencia. No me entretengo, en realidad, estoy segura de que nunca me he quitado la ropa tan rápido.

Ya desnuda, me acerco a la mampara y entro en el espacio de la ducha sin decir nada. Él percibe mi presencia al instante, a pesar de que todavía no lo he tocado.

—Vete de aquí, Amelia. No quiero que me veas así.

Se me parte el corazón. ¿Por qué?, quiero preguntarle. Él es mío pase lo que pase, sienta lo que sienta. Yo quiero estar a su lado tanto cuando siente que es el amo del mundo como cuando cree que éste lo destrozará para siempre. Pero sé que si se lo digo no me creerá.

Tengo que demostrárselo.

—Chis, tranquilo.

Le pongo una mano en lo alto de la espalda y se tensa de inmediato, pero no se aparta ni me pide que yo lo haga.

—Tranquilo —repito, acariciándolo como si fuese un animal salvaje malherido—. Deja que yo me encargue de todo.

El agua me salpica el torso y me quema la piel. Veo que aparecen puntos rojos en mi cuerpo, pero apenas los siento; lo único que puedo sentir es el dolor y la angustia de Daniel. Tengo que encontrar el modo de hacer desaparecer esos sentimientos, aunque sea sólo un rato, y no se me ocurre nada más poderoso que el

deseo para lograrlo.

—Recuerdo la primera vez que vine a tu apartamento. —Mi voz parece tranquilizarlo—. Esa noche me enseñaste lo difícil que es obedecer a una persona. —Deslizo la mano de un omóplato al otro muy despacio—. Me pediste que me sujetase al respaldo del sofá mirando la ventana del dúplex y que no me moviera. —Doy un paso hacia adelante y mis pechos le rozan la espalda. Un temblor sacude su cuerpo, pero no se mueve y sigue en silencio—. ¿Te acuerdas?

Daniel no me contesta, pero asiente levemente con la cabeza sin apartarla de la pared.

—¿Te he contado alguna vez lo que sentí? —Daniel es demasiado alto para que pueda susurrarle al oído en esta postura. Mi cabeza ni siquiera le llega a los hombros. Me pego completamente a él y coloco la mano izquierda en su muslo—. Apóyate en mí. No hace falta que sujetes tú todo el peso. —Le empujo suavemente el muslo hasta notar que parte de su peso descansa también en mi pierna—. Eso es, muy bien.

Él suelta el aliento entre los dientes.

—Sentí que quería complacerte —retomo mi confesión—, que estaba dispuesta a hacer lo que fuese con tal de que te sintieras orgulloso de mí, de que me desearas una milésima parte de lo que te deseaba yo. Obedecer tus órdenes me liberó, sentí que por fin podía ser quien era. Nunca me había sentido tan bien, tan segura de mí misma. Tan amada —me atrevo a añadir, a pesar de que Daniel nunca ha mencionado ese sentimiento.

Muevo la mano derecha hacia su cintura y lo sujeto con fuerza hasta clavarle las uñas. Mis pechos le rozan la espalda y sé que él puede sentirlos.

—¿Quieres sentirte así, Daniel? —Le muerdo la espalda, primero suavemente y después asegurándome de que le dejo mi marca. Él tiembla de nuevo. Me aparto y paso la lengua por encima de la piel que he mordido—. ¿Quieres?

—Sí —susurra—. Por favor.

Me aparto un poco y veo que tiene los hombros tan tensos que incluso le tiemblan y que está apretando tanto la mandíbula que terminará por hacerse daño.

No puedo tolerar que se comporte así.

—¿De verdad estás dispuesto a obedecerme? ¿Crees que serás capaz?

Retiro la mano que tengo en su cintura y la deslizo hasta llegar a sus nalgas. Se las acaricio suavemente. Lentamente. Me detengo en la espina dorsal y con los

dedos recorro la línea que separa ambos glúteos.

—¿De verdad crees que serás capaz?

—Sí.

Tiembla tanto que tengo miedo de que los dos terminemos en el suelo, así que apoyo con firmeza los pies en el suelo para evitarlo.

—¿Harás todo lo que yo te diga?

Le paso la mano entre las nalgas hasta llegar a sus testículos. Están tan apretados como el resto de su cuerpo y se los rodeo con los dedos.

—Respóndeme, Daniel. ¿Harás todo lo que yo te diga?

Aprieto sin miedo a hacerle daño. Tiene el miembro tan erecto que vibra encima de mi mano.

—Sí.

Le suelto los testículos de inmediato y me parece oír un sollozo escapando de sus labios.

—No será fácil. Tienes que confiar en mí. Yo sé lo que necesitas, lo sé porque es lo mismo que necesito yo.

Vuelvo a acariciarle las nalgas y él respira de nuevo más tranquilo.

—No puedes desobedecerme de nuevo, ¿entendido?

No dice nada y tampoco asiente con la cabeza.

Echo la mano hacia atrás y le doy una palmada en el glúteo.

Daniel tensa la espalda como un arco y gime de placer.

—¿Entendido?

—Otra vez —me pide entre dientes, costándole cada palabra—. Por favor.

Le doy otra palmada, más fuerte que la anterior y me aparto para ver la marca de mis dedos en su piel. Dios mío, ¿por qué me resulta tan excitante?

—¿Entendido? —Él sigue temblando y decido volver a atrapar sus testículos—. Respóndeme, Daniel. ¿Lo has entendido? —Él asiente—. ¿Harás todo lo que yo te diga?

—Sí.

—Dímelo —le exijo, apretando de nuevo—. Quiero saber que entiendes lo que me estás diciendo.

—Haré todo lo que me digas —me promete, con la respiración entrecortada.

Le suelto los testículos y dirijo la mano hacia su erección. Se la recorro con un dedo y él mueve las caderas hacia adelante. Aparto la mano de inmediato y lo sujeto por la cintura.

—No te muevas, Daniel. Te tocaré cuando yo quiera y donde yo quiera. Dilo.

—Cuando tú quieras y donde tú quieras.

—Eso es.

Aparto los dedos de su cintura y le acaricio los músculos del abdomen. Él se está completamente quieto.

—Te tocaré cuando yo quiera y donde yo quiera, porque sólo yo sé lo que de verdad necesitas.

Subo la mano hasta llegar a sus pectorales. Detengo la palma encima del músculo que cubre su maravilloso corazón y le atormento el pezón.

—Vamos, Daniel, quiero que lo repitas.

Tiro del pezón y él se estremece.

—Sólo tú sabes lo que de verdad necesito.

—Muy bien.

Suelto el pezón y lo recompenso depositando un beso en su espalda. Lo siento temblar y guío de nuevo mi mano hacia su miembro. Esta vez no lo torturo, se lo aprisiono al instante entre los dedos y muevo la mano arriba y abajo.

Daniel intenta adelantar las caderas una sola vez, pero se detiene en el mismo instante en que nota que aflojo los dedos.

—Lo siento —dice con la voz rota—. Por favor.

—Prométeme que no volverás a intentar echarme de tu vida ni de tu lado.

Él aprieta los dientes y todo su cuerpo vibra de tensión contenida

—No puedo.

Me da un vuelco el corazón y tengo ganas de gritar de dolor. Al menos no me ha mentado, pienso. Tal vez me haya precipitado. Cuando Daniel me poseyó por primera vez, no me pidió un imposible, sólo me dijo que no me moviese. Y, aun así, yo fui incapaz de obedecerlo.

Me he excedido, no puedo pedirle que corra una carrera cuando apenas está empezando a andar.

—Está bien. —Vuelvo a apretar los dedos alrededor de su erección y él se

relaja un poco—. Chis, no pasa nada. Es culpa mía, lo estás haciendo muy bien.

Le doy un beso en el omóplato y le oigo suspirar.

—Voy a volver a intentarlo —le digo, sin dejar de tocarlo—. Voy a demostrarte que puedo darte lo que necesitas, que soy capaz de cuidar de ti. —Subo la mano que tengo en el muslo de la pierna enyesada de Daniel hasta su cintura, para sujetarlo con fuerza—. Tú a cambio sólo tienes que prometerme una cosa. —Levanto un momento esa misma mano y le acaricio la nuca. Él mueve la cabeza siguiendo el movimiento, buscando mis caricias. La aparto, no porque quiera dejar de tocarlo, sino porque noto que él vuelve a apoyar parte del peso en su pierna herida—. Dos cosas —me corrijo. Le coloco de nuevo la palma en el muslo y le empujo la pierna hacia atrás hasta notar que vuelve a descansar parte del peso en mi cuerpo—. La primera: no vuelvas a hacerte daño. Tu cuerpo me pertenece. —Aprieto los dedos alrededor de su miembro y lo siento temblar—. Tu placer y tu dolor son míos. Nada de hacerte daño, te lo prohíbo. Si vuelves a sentir la necesidad de dar un puñetazo en la pared, ven a buscarme, seguro que entre los dos se nos ocurrirá un modo mejor de desahogarte. No me importa verte así y me duele que quieras ocultarme esta parte de ti. ¿Cómo te sentirías si yo intentase ocultarte algo tan íntimo? —No espero que me conteste, el modo en que se le ha acelerado la respiración es respuesta suficiente—. ¿Puedes prometerme eso, Daniel?

—Sí, te lo prometo.

Deslizo la mano arriba y abajo de su erección. Me fascina sentirla temblar entre mis dedos. Me excita ver que Daniel, efectivamente, no se ha movido, que ha dejado su placer por completo en mis manos. Tengo el poder de negárselo, de retrasarlo al máximo. Quiero dárselo, hacerlo feliz es lo único que me importa, pero antes debo ayudarlo a superar el dolor que lo ha impulsado a meterse en esta ducha y golpear la pared hasta hacerse sangre en los nudillos.

—La segunda cosa que quiero que me prometas es que nunca vas a mentirme. —Él empieza a negar con la cabeza, pero continúo antes de que diga nada—: No, escúchame antes de creer que no sé que esto es exactamente lo que necesitas. Tú no vas a mentirme nunca más y tampoco vas a ocultarme nada, porque yo nunca te preguntaré algo que no estés dispuesto a responder. Te conozco, Daniel, estás dentro de mí. Cuando me entregué a ti, tú, sin saberlo, también te entregaste a mí; ahora sólo lo estamos llevando a la práctica.

Él mueve la cabeza de un lado a otro para seguir negando.

—Es verdad y voy a demostrártelo. Por ahora, sé que lo único que estás dispuesto a aceptar es el aspecto físico de tu anhelo, pero me basta con eso para

empezar. Te conozco, Daniel. Te entregaste a mí hace tiempo —repito y muevo con más fuerza la mano que tengo en su erección—. Estoy convencida de que si te ordeno que no te corras, no lo harás. —Aprieto los dedos y deslizo el pulgar por la punta de su miembro, en busca de las gotas de semen previas a la eyaculación, que empiezan a acumularse allí—. Puedo masturbarte durante horas, besarte la espalda, morderte. Pegarte. Y si te ordeno que no te corras, no te correrás. ¿Y sabes por qué? Porque me perteneces y quieres complacerme.

Él separa los labios para respirar y se muerde el antebrazo para no gritar de placer.

—Me has prometido que no te harías daño —le recrimino, aflojando los dedos con que le estaba acariciando el miembro.

—Lo siento, lo siento —dice, apartando la boca de inmediato—. Lo siento. Creía estar preparado para esto —añade con lo que parece un sollozo—. Lo necesito, Amelia.

Odio no poder verle la cara y sé que tengo que remediarlo, pero ahora Daniel está muy vulnerable y necesita que le demuestre que nada de lo que haga está mal, que pase lo que pase puede contar conmigo y que yo estaré aquí. Amándolo.

—Chis, tranquilo, no pasa nada. Te has dado cuenta y has rectificado. —Vuelvo a sujetar su miembro entre mis manos—. Eso es lo que importa. Lo estás haciendo muy bien. Te he ordenado que no te corras y no lo has hecho. —Sigo masturbándolo, pero con suavidad, dejando que disfrute de cada caricia, permitiendo que sienta que yo lo deseo tanto como él—. No te corras, Daniel, sigue así.

Su miembro tiembla y permanece erecto. Tiene los testículos completamente apretados contra el cuerpo. Si le doy permiso, eyaculará de inmediato, pero sigo acariciándolo y enloqueciéndolo de deseo. Daniel tiembla, el torso le sube y baja con cada respiración, aprieta y afloja los músculos del abdomen y la pierna en la que se apoya vibra de tensión.

—Prométeme que serás sincero conmigo, que me dirás siempre la verdad y que contestarás todas mis preguntas. Sabes que puedes confiar en mí, cariño. Créeme cuando te digo que nunca te preguntaré nada que crea que no puedes responderme. Te he pedido que no te movieras y lo has hecho a la perfección —le recuerdo—. Te he pedido que no te corras y también. —Muevo la mano para demostrarle lo cierta que es mi afirmación—. Nunca te pediré algo que no puedas hacer. Confía en mí y prométeme que me dirás la verdad. Entrégame esa parte de ti. —Con la mano con la que no lo estoy masturbando le empujo levemente la

cintura para que él tenga la sensación de que está moviendo las caderas—. Por favor, lo necesito tanto como tú y sé que puedes hacerlo.

Le muevo la cintura un poco más, al ritmo de la mano que tengo en su pene.

—Te lo prometo.

—Lo has hecho muy bien, cariño.

Aparto la mano de su cintura y vuelvo a llevarla al muslo de la pierna enyesada, que siento vibrar de un modo extraño bajo mi palma. Sé que Daniel está muy excitado, ambos lo estamos, pero ese temblor no ha tenido nada que ver con el deseo.

—¿Te duele la pierna?

Él tarda unos segundos en contestar y noto que tensa los hombros antes de hacerlo.

—No.

—No me mientas, Daniel. Acabas de prometerme que siempre me dirás la verdad. Confía en que sabré estar a la altura de tu respuesta.

Él sigue en silencio. Los dos estamos completamente mojados y el agua sigue cayendo sobre nosotros. Daniel tiene la piel erizada, pero no es de frío, sino de deseo.

Sin darle tiempo a anticiparse, le doy un azote sin dejar de masturbarlo.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Quieres eyacular en mi mano mientras te pego y reducir lo que está sucediendo entre nosotros a un juego sexual? —Muevo más rápido los dedos y me sorprendo a mí misma al descubrir lo furiosa y dolida que estoy. ¿Tan difícil va a resultarme derribar sus muros?—. Porque si es lo que quieres de verdad, no hay problema. Puedo decirte un par de tonterías y masturbarte hasta el orgasmo. Te correrás y todos contentos. Pero no cuentes conmigo para nada más. Yo no soy una de esas mujercitas a las que seducías con tus juegos de posesión. Yo soy de verdad y lo que siento por ti es auténtico. Y no dejaré que te corras hasta que lo reconozcas.

—Amelia, por favor —susurra entre dientes.

—¿Por favor, qué?

Mi cuerpo entero está pegado al suyo y tiemblo de rabia y de deseo. Le estoy clavando las uñas en la cintura y la mano con la que lo estoy masturbando incluso me duele de la intensidad que imprimo en mis movimientos.

—¿Por favor deja que me corra y convierte esto en un burdo juego sexual?

¿O por favor dame la oportunidad de decirte la verdad? Decídete, Daniel. Si esto es sólo un juego, quiero saberlo cuanto antes para largarme de aquí. Oh, no te preocupes, me ocuparé de que te corras, pero no volveremos a vernos más.

—¡No! No te vayas.

Nunca lo había visto tan excitado. Tiene la piel del pene tensada al máximo y no dejan de escapársele gotas de pre eyaculación, pero nada más. Está logrando contener su orgasmo. Yo no sé si habría sido capaz.

«Sí, si Daniel me lo pidiese, sería capaz de contenerme.»

—Ya sabes qué tienes que hacer si quieres que me quede. Dime la verdad, Daniel —le recuerdo—. ¿Te duele la pierna?

—Sí, mucho.

Suelto su erección en el mismo instante en que termina de decirlo.

—¡No! ¡No! Te he dicho la verdad —solloza exhausto.

—Lo sé, cariño, lo sé. No te estoy castigando. —Lo abrazo por la cintura por detrás y le doy un beso en la columna vertebral—. Voy a cuidar de ti, te lo prometo, pero no quiero que estés sufriendo —le explico despacio y él parece calmarse.

Intento serenarme y pensar y de repente me doy cuenta de que delante de mí hay una especie de banco. Cómo he podido estar tan ciega. El muro en el que Daniel ha estado apoyado todo este rato termina en una especie de murete, también de gresite verde oscuro. En mi defensa diré que está tan bien integrado que parece fundirse con la pared y con el suelo, y con el agua cayendo a chorros encima de nosotros es relativamente comprensible que no lo haya visto. Además, el deseo que embota mis sentidos sin duda tampoco me ha ayudado.

—Date la vuelta amor.

Daniel me obedece sin titubear.

—Siéntate.

Le coloco una mano en un hombro y empujo suavemente hacia abajo. Él se sienta en el banco y lo ayudo a extender la pierna. Tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared. Me acerco y cierro el grifo del agua. Hay tanto vapor en la estancia que no notaremos el frío durante mucho rato. Y no quiero que nada se interponga entre nuestras pieles, ni siquiera las salpicaduras del agua. Deslizo la vista hacia abajo y la detengo en su miembro erecto. Con un dedo, se lo recorro de la raíz a la punta y capturo en la yema una gota de semen.

—Abre los ojos, Daniel.

Los abre y los fija en los míos.

—Tendrías que haberme dicho antes que te dolía —lo riño y veo que él aprieta estoico la mandíbula—. ¿Por qué no lo has hecho?

—Porque no quería que dejaras de tocarme.

—¿Te gusta que te toque? Antes no me lo permitías. Siempre me atabas las manos. No hace falta que me expliques por qué, sólo dime si te gusta.

—Me gusta.

—Me alegro. —Lo recompensó con una sonrisa—. A mí me gusta mucho tocarte. Me gusta sentir cómo tus músculos tiemblan bajo mis dedos, cómo te mueves en busca de mis caricias, cómo te contienes cuando te lo ordeno. Eso es lo que necesitas —afirmo—, que no sea decisión tuya.

Él se mantiene inexpresivo, pero el brillo de sus ojos me confirma que he acertado.

—Vas a masturbarte delante de mí. Sí, Daniel, eso es exactamente lo que vas a hacer. Vas a masturbarte delante de mí y vas a enseñarme cómo te gusta que te toquen. Vas a enseñarme todos y cada uno de los movimientos que te hacen perder el control. Y vas a decirme si te gusta rápido o lento, si prefieres sentir algo de dolor o que las caricias sean suaves. Vas a masturbarte y a explicarme lo que sientes cada segundo.

Su miembro tiembla ante mis ojos.

—Y no vas a correrte. No tienes derecho a eyacular solo. Me necesitas a mí para alcanzar el orgasmo. Repítelo.

—No voy a correrme. No tengo derecho a eyacular solo—. Traga saliva—. Te necesito a ti para alcanzar el orgasmo.

—Bien hecho, cariño.

Sus pupilas negras se dilatan al oír la última palabra.

—Tú quédate aquí sentado, yo me apoyaré en esa pared. —Señalo la opuesta—. Y te miraré. ¿Crees que podrás hacerlo?

Le acaricio el pelo.

—Yo confío en ti, pero todavía no puedo leer la mente. Si de verdad no puedes hacerlo, dímelo, quiero cuidar de ti y hacerte feliz; ya pensaré otro modo de averiguar tus secretos. Puedo tomar el mando, es lo que ambos necesitamos, pero no tengo poderes.

—No quiero decepcionarte —masculla.

—Oh, amor, eso es imposible. Eres el hombre más maravilloso del mundo, me excito sólo con pensar en que tengo la suerte de estar contigo.

—Necesito —traga saliva antes de continuar—, necesito verte.

—Estoy aquí, Daniel, no me he ido a ninguna parte —respondo confusa.

Él niega con la cabeza.

—No, no es eso.

Cierra los ojos y veo que intenta encerrarse de nuevo dentro de sí mismo.

—¿Qué es, Daniel? —le pregunto, sujetándole por el mentón—. Abre los ojos y explícame qué te pasa, te juro que lo haré.

—No puedo masturbarme sin pensar en ti. Me has pedido que te explique cómo tocarme, pero no puedo hacerlo sin pensar en ti. Y si te tengo cerca, no sé si podré contenerme. Necesitaré tocarte y si no lo hago tal vez no logre terminar y entonces...

—Tranquilo, Daniel, tranquilo. —Le coloco una mano sobre el corazón—. No vas a levantarte de este banco porque yo te ordeno que te quedes aquí sentado. ¿Me has oído? No vas a levantarte. Dame la mano. —Me la da al instante y la guío hasta su erección—. Tócate, enséñame lo que te gusta. Explícamelo. Dime todo lo que se te venga a la mente. Lo único que te pido es que no me ocultes nada. Puedes hacerlo. Mantén tu mirada fija en la mía, no la apartes ni un segundo, pase lo que pase.

Aparto la mano de la suya y siento que Daniel empieza a moverla.

—Puedes hacerlo.

—Me gusta empezar despacio —dice Daniel entre dientes—. Me imagino que no te atreves a tocarme, pero que al mismo tiempo no puedes contenerte.

—Sigue.

Me apoyo en la pared y mantengo la mirada fija en la de él. Es el hombre más guapo y valiente del mundo.

—Si me excito demasiado rápido me enfado —confiesa— y entonces me aprieto hasta hacerme un poco de daño para contenerme.

Sus manos hacen lo que describen sus palabras.

—¿Siempre te imaginas a alguien cuando te masturbas?

Tal vez me estoy aprovechando de la debilidad que me está mostrando en este momento, pero si quiero liberarlo de su pasado, tengo que conocerlo.

—No. Nunca. Antes no pensaba en nada. Ejecutaba los movimientos precisos para correrme y ya está. —Mueve la mano de un modo distinto y comprendo lo que está intentando explicarme—. Nunca le había dado esa clase de poder a nadie.

—El poder lo tienes todo tú, Daniel. —Es importante que él sepa que es así—. Ahora mismo ni siquiera me has tocado y soy completa e irrevocablemente tuya. No lo olvides.

—Me imagino tus dedos sobre mi piel, acariciándome más y más rápido. Me gusta que me deslices el pulgar por el prepucio y que utilices mis primeras gotas de semen para masturbarme más despacio. Tus dedos me queman, mi propio semen hace que resbalen sobre mi erección hasta hacerme enloquecer.

Oh, Dios mío. Siento que se me encoge el estómago y me tiemblan las piernas. Daniel tiene la respiración entrecortada, pero yo no sé dónde he metido los pulmones.

—Sigue —le ordeno.

—Cuando crees que voy a correrme, apartas la mano y me acaricias los testículos. —Hace exactamente eso—. Primero eres delicada, pero cuando yo empiezo a tocarte los pechos, me los sujetas con fuerza.

Me llevo una mano a los pechos y me doy cuenta de que mi cuerpo ha decidido hacer realidad la fantasía de Daniel. Cierro el puño y me dispongo a apartar la mano.

—¡No! —exclama él—. Por favor. Deja que tenga esto, por favor. No me moveré de aquí y te contaré lo que siento cuando me masturbo. Obedeceré hasta la última de tus órdenes, pero deja que te vea. Deja que siga imaginando que soy yo el que te hace sentir así.

—Eres tú, Daniel. Sólo tú. De acuerdo, está bien —le concedo.

—Gracias.

—Pero no dejes de mirarme a los ojos ni un segundo. —Espero a que asienta y luego añado—: Y no te corras.

Muevo mi mano por encima de mis pechos y él vuelve a respirar.

—¿Qué más te gusta, Daniel?

—Me gusta que me aprietes los testículos y que no me dejes eyacular. Me vuelve loco. Quiero morderte los pechos y devorarlos a besos. Necesito sentir el tacto de tu piel bajo mis dedos, notar cómo tiembles.

—No, si no terminas de contarme lo que tú sientes, dejaré de tocarme —lo amenazo deteniendo mi mano.

—Estoy a punto de eyacular, estoy tan excitado que tengo que apretar los dedos alrededor de mi pene para dominarlo. Necesito sentir esa pequeña punzada de dolor, si no, el orgasmo me resulta a veces inalcanzable. Tengo que mover la mano arriba y abajo, imaginándome que eres tú, que me aprietas para poseer cada una de mis reacciones.

—¿Cómo?

—Así.

Mueve frenéticamente la mano por su erección, masturbándose. Tiene la frente perlada de sudor y se le marcan los tendones del cuello. El torso le vibra por los movimientos repetitivos del brazo. Su pene está erecto y clama por recibir algo de paz.

—¿Qué más?

—A veces me muerdo el interior de la mejilla para no gritar y porque ese dolor me aleja durante unos segundos del final.

—No vuelvas a hacerlo nunca más —le ordeno.

—Otras veces me imagino que me clavas las uñas en las nalgas.

—Y que te pego —sugiero.

—A veces —afirma. Y nos miramos.

Va a cerrar los ojos, pero él mismo se detiene antes de hacerlo.

—¿Y el látigo? ¿Te has imaginado alguna vez que lo utilizo?

—No —confiesa entre dientes—, me he imaginado que me atas. Que me quemas con una vela.

La vela que tiene al lado de la cama.

—¿Alguna vez te has quemado?

—No, no puedo. Necesito que lo hagas tú.

—¿Qué más necesitas? Vamos, Daniel, estás muy cerca, dime qué más necesitas para correrte.

—Necesito imaginarme tu olor, tu sabor. —Mueve la mano desesperado, su prepucio no deja de producir pequeñas gotas de semen, pero parece incapaz de llegar al final—. Por favor, Amelia. Por favor. Ayúdame.

Me tiemblan las piernas al apartarme de la pared, pero camino decidida hasta él.

—Sólo tenías que pedírmelo, Daniel.

Deslizo una mano hacia mi entrepierna y suspiro al notar lo excitada que estoy. Con dos dedos, intento capturar el aroma y la prueba de mi deseo. Las pupilas de él se dilatan hasta dominar sus iris al ver que me estoy tocando.

—Deja de masturbarte —le ordeno y Daniel aparta la mano. Su pene tiembla ante mí—. Separa los labios.

Abre la boca y su cálido aliento acaricia mi rostro.

—No te corras —le recuerdo, deslizando entre sus labios mis dedos, húmedos de mi sexo.

Daniel suspira de placer y me los lame muy despacio. Le tiembla todo el cuerpo. Desliza la lengua por mis yemas intentando capturar hasta la última gota de mi esencia.

—Mírame. No dejes de mirarme ni un segundo. Eres mío, recuerda.

Me bajo despacio, hasta quedar de rodillas en el suelo. No he apartado la mano de su boca y Daniel sigue lamiendo y succionando mis dedos, desesperado. Oigo sus suspiros y gemidos de placer resonar en el cuarto de baño y comprendo que si quiero hacerlo mío de verdad necesito que se entregue mucho más.

Sujeto su miembro con la mano que tengo libre y me lo acerco a los labios. Con la lengua capturo las gotas de semen que tiene en el prepucio, igual que él ha descrito antes. Los músculos del abdomen se le tensan y flexiona los dedos de la mano que no tiene enyesada. Noto su mirada fija en mí. Está besándome los dedos que ha lamido y devorado, como si lo necesitase para seguir vivo. Separo los labios y acerco su pene hacia mi boca.

Me detengo un instante. Deslizo la lengua por el lateral del miembro y la detengo en los testículos. Se los recorro del mismo modo y siento cómo se aprietan todavía más. Lo rodeo con los labios y succiono con fuerza para que sienta esa punzada de dolor que dice necesitar. Ya le demostraré lo equivocado que está, que lo único que necesita es a mí, pero hoy ya hemos avanzado mucho.

Succiono, lo devoro, lo recorro con la lengua una y otra vez.

Daniel está al límite, todo su cuerpo está temblando y cubierto por una fina capa de sudor.

No puedo seguir atormentándolo. Aparto despacio los labios de su miembro y se lo sujeto entre los dedos. Él solloza sin darse cuenta.

—Dilo, Daniel. Di que eres mío y dejaré que te corras.

—Soy tuyo, Amelia —afirma sin titubear y en ese preciso instante se da cuenta de lo que ha dicho—. Oh, Dios mío. —Se le quiebra la voz—. Soy tuyo.

Por fin lo ha entendido.

Eyacula sin previo aviso. El semen que sale de su miembro no es nada al lado de las lágrimas que le resbalan por las mejillas. Le rodeo la cintura sin levantarme del suelo y dejo que termine encima de mi piel, que me marque como suya. Sé que Daniel necesita sentir que yo le ofrezco la misma vulnerabilidad que él me está dando y no intento ocultar las lágrimas que también llenan mis ojos.

Su orgasmo es eterno. Todo su cuerpo se estremece con cada sacudida de placer. El semen resbala ahora por mi torso y su miembro sigue temblando pegado a mi cuerpo. Daniel tiene la boca entreabierta, pero de sus labios no sale ningún sonido. Lo que está sintiendo es demasiado intenso, demasiado sagrado para darle voz.

Pasan los minutos y noto que empieza a tranquilizarse, así que me levanto despacio del suelo y me siento a su lado en el banco. Él está quieto, incapaz de creerse lo que ha hecho y, al mismo tiempo, mostrándose lo bastante valiente como para no querer negarlo.

Giro el mando del grifo hasta dar con la temperatura adecuada del agua y le lavo el torso y la pierna en silencio. También me ocupo con cuidado de su

miembro, que acaba de sobrevivir al orgasmo más intenso y liberador de su vida. Después, le enjabono el pelo con cuidado y le acaricio suavemente la nuca.

Él me mira con ternura y fascinación, como si fuera la primera vez que me ve en mucho tiempo.

Me inclino y le doy un beso en los labios. Un gesto tierno que está muy lejos de la descarnada entrega de antes, pero que es igual de intenso.

Me ocupo de mi aseo en cuestión de segundos y después nos aclaro el jabón a ambos. Cierro el grifo y salgo de la ducha sin decirle nada. Cuando estoy envuelta en una toalla, me acerco a él con otra y lo ayudo a levantarse.

—Vamos —le digo—. Tienes que acostarte. Mañana va a venir un fisioterapeuta muy exigente.

Lo acompaño a su dormitorio y lo ayudo a ponerse unos calzoncillos y una camiseta blanca. Su silencio empieza a preocuparme, pero voy a cumplir mi promesa y confiar en él. Cuando necesite decirme algo, ya me lo dirá.

—Buenas noches, amor. —Le doy un beso en los labios y me reconforta comprobar que Daniel me lo devuelve sin dudar—. Si me necesitas, estaré arriba.

Recojo las toallas del suelo y me dirijo hacia la puerta.

—¿Amelia?

—¿Sí, Daniel?

Me vuelvo con el corazón en un puño.

—Me gustaría ser capaz de pedirte que duermas conmigo.

—Ya me lo pedirás. Confía en ti. Eres mío.

Me mira a los ojos y asiente rotundo.

—Sí, soy tuyo.

Brian Wise parece sacado de Guantánamo, no de una clínica de rehabilitación. El fisioterapeuta impone respeto con su sola presencia y sus directrices respecto a la recuperación de Daniel son escuetas y muy directas.

—Su problema más grave, señor Bond, es que está usted convencido de que es invencible —le dice a Daniel, riñéndolo como si fuese un niño pequeño, a pesar de haberlo llamado «señor»—. Pero no lo es. Nadie lo es. Y hasta que se meta en la cabeza que se ha salvado de milagro y que si algún día pretende volver a mover la pierna y la mano como antes tiene que hacer recuperación, mi trabajo no servirá de nada.

—Le aseguro, señor Wise —contesta Daniel igual de respetuoso—, que soy muy consciente de mis circunstancias. Usted no fue el que quedó atrapado en ese coche. Pero no soy ningún inválido y no voy a empezar a comportarme como tal, así que le sugiero que se replantee el tono que está utilizando conmigo.

—¡Daniel!

—No se preocupe, señorita Clark. El señor Bond no es el primer hombre con complejo de superhéroe que se cruza en mi camino. Nadie le está tratando como si fuera un inválido y si de verdad cree eso, le sugiero que venga un día a mi clínica y lo compruebe con sus propios ojos. Esos inválidos, como usted los llama, podrían darle lecciones de valor, coraje y fuerza de voluntad. De momento, usted sólo me parece un niño malcriado que se ha asustado porque ha visto que puede morir. Muestre respeto por las heridas que tiene y por mi trabajo, y le aseguro que se recuperará.

Daniel desvía la mirada hacia mí y yo tardo unos segundos en comprender que busca mi consejo. Asiento y él suelta el aliento y acepta mi decisión.

—De acuerdo, señor Wise. Haré lo que usted me diga. Me comprometo a seguir sus instrucciones al pie de la letra.

—Perfecto. —Wise junta las manos y se las frota—. Lo primero que tenemos que hacer es quitarle estas escayolas.

Daniel y yo lo miramos como si se hubiese vuelto loco.

—No me malinterpreten, antes el yeso se utilizaba para todo, así que algo ayuda, pero ahora el señor Bond ya tiene los huesos soldados y lo que tiene que

hacer es empezar a ejercitarlos. Bastará con que lleve unas vendas y con que no apoye la pierna ni utilice la mano mientras está en recuperación. Y los clavos en la rodilla también se quedan, lo siento.

—¿No puede quitarle usted mismo las escayolas? —le pregunto a Wise.

—Sí, claro, déjeme comprobar si llevo los aparatos de tortura adecuados.

Busca en su maletín y saca victorioso una especie de sierra en miniatura.

—Una de mis preferidas.

—¿Estás segura de que es el mejor fisioterapeuta de Londres? —me pregunta Daniel en voz baja.

—Segura.

—Oh, vamos, señor Bond, si hubiese venido aquí y hubiese empezado a hacerle la pelota y a tratarlo con guante de seda, no me habría hecho ni caso.

—Tal vez tenga razón, señor Wise.

—Llámeme Brian, así le será más fácil insultarme cuando le está haciendo sudar.

—A mí llámame Daniel, pero procura no insultarme.

—Intentaré contenerme. Y ahora, cállate, no quiero cortarte la pierna por accidente.

Daniel sonrío y doy gracias al cielo, o al doctor Jeffries, por habernos recomendado al fisioterapeuta más engreído, seguro de sí mismo y terco de toda Inglaterra. Le harán falta esas cualidades para tratar con Daniel.

Brian corta el yeso y, tras un ruido seco, lo parte por la mitad y aparta los dos trozos de la pierna.

—Oh, Dios mío. —Me llevo la mano a los labios al ver las cicatrices que le desgarran la rodilla y que hasta ahora estaban ocultas bajo el yeso.

—Debió de dolerte —comenta Brian—. Voy a dejar que la piel respire un poco antes de vendarla de nuevo. ¿Señorita Clark, le importaría acompañarme a la cocina? Me gustaría explicarle cómo preparar las vendas que le voy a poner.

—Claro, por supuesto, y llámame Amelia.

Cuando llegamos a la cocina, Wise abre su maletín, saca unas vendas y me las pasa sin ningún miramiento.

—Lo de las vendas era una excusa, lo único que tienes que hacer es apretarlas si ves que se aflojan y procurar que no se las quite.

—De acuerdo —digo intrigada.

—Quería hablar a solas contigo porque, según mi experiencia profesional, para que un paciente se recupere, tan importante es su actitud como la de la persona que está con él. No sé si me he explicado bien.

—Perfectamente.

—Daniel es terco, pero tiene mucha fuerza de voluntad y está decidido a ponerse bien en un tiempo récord, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Hay pacientes a cuyos familiares les tengo que aconsejar que presionen al enfermo, que le presenten retos para que no se acomode en su enfermedad, pero en el caso de Daniel es todo lo contrario. No dejes que se exceda; una cosa es hacer ejercicios de rehabilitación y otra extenuar los músculos. Tiene que utilizar el bastón o la muleta y procura que descansa, oblígale si es necesario. Si se agrava la lesión, no habrá rehabilitación que valga y podría quedarse cojo para siempre.

Trago saliva.

—Entendido.

—La mano no me preocupa tanto. A juzgar por las radiografías, fue una rotura bastante limpia y los huesos se han soldado bien, pero esa rodilla... es un milagro que pueda sostenerse en pie. No puede forzarla bajo ningún concepto.

—No te preocupes, Brian, me aseguraré de que no lo haga.

—Perfecto, me alegro de que estemos de acuerdo.

Volvemos los dos al salón y Daniel enarca una ceja al vernos. Está celoso. Me gusta verlo celoso.

—Voy a quitarte el yeso de la mano y luego te vendaré ambas heridas. Hoy será mejor que no hagamos ningún ejercicio, pero mañana puedes pasarte por la clínica a las diez.

—De acuerdo.

—Como veo que el dinero no es un problema en tu caso... —añade Brian, mientras le quita el yeso de la mano—. Sí, ya sé que es de mal gusto ser tan directo, pero no tengo tiempo para tonterías —explica, al ver que Daniel lo mira con ambas cejas en alto.

—Yo tampoco y me gusta que seas directo. En efecto, el dinero no es ningún problema, continúa.

—He pensado que podrías comprarte un par de barras de rehabilitación y

unas pesas y tal vez incluso una camilla. Seguro que encuentras algún sitio donde meterlas. Así podrías ejercitar en casa y yo podría venir aquí a hacerte la rehabilitación.

—Dime dónde puedo conseguir la clase exacta de aparatos que necesitas —le pide él, sumamente interesado.

Brian le está vendando la rodilla y veo que aprieta con fuerza y que Daniel flexiona los dedos de la mano.

—Te daré los datos del distribuidor que yo utilizo, pero tardarán varios días en entregártelos.

—De acuerdo; mientras, iré a la clínica.

—Fantástico. Esto ya está.

Se aparta para comprobar los vendajes. Tras darles el visto bueno, empieza a recoger sus cosas y deja una tarjeta encima de la mesa.

—Aquí podréis comprarlo todo. Sólo diles que tienes la rodilla rota y que Brian Wise es tu terapeuta y sabrán qué necesitas. Nos vemos mañana en la clínica. Ha sido un placer, Amelia, Daniel —se despide de ambos—. ¡No llegues tarde! Mis pacientes impuntuales hacen diez flexiones más.

Daniel se ríe.

Sí, Brian Wise ha sido la elección adecuada.

—Me gusta —digo en cuanto el fisioterapeuta cierra la puerta y, al ver cómo se oscurece la mirada de Daniel, me apresuro a añadir—, como profesional. Me gusta como profesional. Creo que es el fisioterapeuta perfecto para ti.

Él relaja un poco el cejo, sólo un poco.

—Tal vez —reconoce—. Es un irreverente.

—Sí, lo es, justo lo que tú necesitas, Daniel. Exactamente lo opuesto a lo que tenías hasta ahora.

—Yo también empiezo a darme cuenta de eso. —Aparta la mirada un instante y, cuando vuelve a fijarla en la mía, se lo ve firme y decidido, aunque en el fondo de sus ojos no ha logrado ocultar un atisbo de miedo—. He pensado que cuando lleguen los aparatos de tortura que Brian necesita, podríamos colocarlos en el piso de arriba.

Mi cerebro no consigue procesar tal asalto y el corazón se me para en el pecho.

«Podríamos», «en el piso de arriba».

—¿Qué te parece? —me pregunta, al ver que no digo nada.

—¿Vas a quitar la cama y el sofá?

Antes de permitirme ilusionarme, tengo que estar segura de que me está insinuando lo que creo que me está insinuando.

—El sofá no, le tengo mucho cariño. Y después de lo que me dijiste anoche, creía que tú también.

Me sonrojo. Desde que nos hemos despertado, es la primera vez que uno de los dos hace mención a lo que sucedió anoche en la ducha. Daniel se pone en pie y coge la muleta para acercarse a mí.

—Dijiste que te acordabas de la primera vez que viniste a mi apartamento, cuando te ordené que no te movieras.

Me cuesta respirar cuando él está tan cerca.

—No quiero desprenderme de ese sofá por nada del mundo —añade, muy cerca de mis labios.

—¿Y de la cama? —insisto.

—Quiero besarte.

Yo me muero por besarlo.

—¿Y la cama, Daniel, vas a quitarla?

—Deja que te bese.

He estado tan absorta en lo que ha dicho que no me he dado cuenta de que está completamente inmóvil delante de mí. Sus hombros desprenden tensión y le tiembla ligeramente el brazo con que sujeta la muleta. No va a moverse. No me besará sin mi permiso.

—¿Vas a quitar la cama? Contéstame.

—Deja que te bese.

Enarco una ceja y lo miro furiosa. Y excitada, aunque esto último intento ocultarlo.

—Te avisé de que no intentases manipularme, Daniel. Si de verdad estás dispuesto a deshacerte de esa cama y dejar que duerma contigo, perfecto. Si no, no juegues con mis sentimientos. Cuando estés listo para enfrentarte de verdad a lo que sentimos el uno por el otro, dímelo. No aproveches una excusa como la de esa cama. Estoy luchando por ti, Daniel, y te exijo que hagas lo mismo. La cinta, dormir contigo, besarte, tienes que pedírmelo directamente. Sin subterfugios.

—Bésame, por favor.

—Eso está mejor.

Levanto las manos y le sujeto el rostro con ellas al tiempo que me pongo de puntillas. Le muerdo el labio inferior y noto que él suelta despacio el aliento. Deslizo la lengua muy despacio y espero a que Daniel reaccione. Pero sigue inmóvil y le doy un suave beso en los labios. Y otro. Pequeños besos llenos de ternura y de amor. Tiembla más incluso que cuando le he mordido y empiezo a entender que son esas emociones las que de verdad le dan miedo y no que lo domine.

Le acaricio los pómulos con los pulgares y lo oigo gemir. Otro beso en los labios, éste un poquito más largo, pero sin abrirlos. Poso mi boca sobre la suya y dejo que Daniel absorba mi presencia, que entienda que lo nuestro es para siempre.

Empiezo a apartarme despacio y por fin separa los labios en busca del beso que de verdad quiero darle. Me pongo aún más de puntillas para profundizar el beso tanto como me es posible, quiero inundarlo con mi sabor, asegurarme de que puede recordarlo en cualquier momento del día. Pego mi torso al suyo y los dos nos estremecemos. Nuestras lenguas se seducen la una a la otra y Daniel gime en mis labios. Mi boca no quiere alejarse de la de él. Todavía no lo he besado lo suficiente, pero sé que tengo que apartarme antes de que ninguno de los pueda hacerlo.

Lo beso con ternura una última vez y, sin dejar de acariciarle los pómulos, pongo los pies en el suelo.

—¿Quieres ir al bufete? —le pregunto, porque todavía no estoy acostumbrada a su mirada después de que lo bese o lo toque.

Él carraspea antes de contestar:

—Sí.

—Llamaré un taxi. Ni loca voy a conducir tu coche y tú no puedes ir andando hasta allí ni coger el metro.

—De acuerdo.

Me alejo y llamo al portero para pedirle que nos busque un taxi. (Medio año atrás, una escena así me habría parecido ridícula.)

Vuelvo donde está Daniel para coger nuestros abrigos y ayudarlo. Él camina apoyándose firmemente en la muleta y nos quedamos en silencio hasta llegar al ascensor.

—Esta noche quiero que duermas conmigo —me dice, con la vista al frente.

Estoy tan sorprendida que no puedo evitar mirarlo fijamente. Le tiembla el músculo de la mandíbula y tiene la espalda echada hacia atrás, como preparándose para recibir un golpe.

¿De verdad creía que iba a rechazarlo?

—Quiero dormir contigo —repite y la nuez le sube y baja por la garganta—. Tengo pesadillas y me da miedo asustarte, pero esta noche quiero dormir contigo. Dime que basta con eso.

«Oh, Daniel.»

—Daniel... —Levanto una mano y le acaricio la cara. Él intenta apartarse un segundo, pero después se rinde y busca la caricia—. Por supuesto que basta con eso. Yo también quiero dormir contigo. No te preocupes, si tienes alguna pesadilla, la derrotaremos juntos.

El sonido del ascensor marca el final de nuestro trayecto y de esa demoledora conversación.

En el bufete todos están ansiosos por ver a Daniel. Yo observo desde un discreto segundo plano cómo se sonroja cada vez que alguien se le acerca para darle un abrazo y desearle que se recupere pronto.

Al parecer, ni él ni yo habíamos conseguido engañar a nadie respecto a nuestra relación y la gente de Mercer & Bond nos considera una pareja desde hace tiempo. Supongo que no son los mejores abogados de Londres por nada.

Daniel se encierra un rato en el despacho de Patricia y sí, reconozco que siento celos, sigo creyendo que no sé toda la verdad sobre ellos dos, pero confío en él y sé que lo que siente por mí nunca lo ha sentido por nadie. De todos modos, para evitar ponerme paranoica, acepto la invitación de Martha de ir a tomar un café con ella a una de las cafeterías donde solíamos desayunar.

—Tendrías que haberme dicho que estabas con el señor Bond y no con Rafferty. Un momento, ahora que es tu novio, puedo llamarlo Daniel, ¿no?

—No digas bobadas, antes ya lo llamabas Daniel —me río.

—Sí, lo sé, sólo quería tomarte el pelo. Vaya, vaya, tengo que reconocer que tu gusto respecto a los hombres ha mejorado mucho desde que te has mudado a Londres. Cuando conocí a Tom en la boda, me costó mucho creer que habías estado a punto de casarte con él. En cambio, Daniel... eso sí que lo entiendo perfectamente. Si yo no estuviese casada... ¡Es broma!

Las dos nos reímos. Realmente he tenido mucha suerte de conocer a Martha.

—Sí, cuanto más lo pienso, más me cuesta entender qué vi en Tom.

—Por cierto, deja que me disculpe de nuevo porque estuviera en mi boda. Te juro que no tenía idea de que estaba saliendo con Barbara.

—No te preocupes. El mundo es un pañuelo, o eso dicen. Además, me fue muy bien verlo y hablar con él. Ahora puedo afirmar que definitivamente he cerrado una etapa de mi vida.

—Me alegro por ti.

—Gracias. Vamos, cuéntame, ¿cómo te ha ido la luna de miel?

A Martha se le ilumina el rostro con una sonrisa radiante y me relata las excelencias de los hoteles y las playas de Tailandia.

—¿Cuándo volverás al trabajo? —me pregunta, de vuelta al bufete.

—Supongo que la semana que viene. Daniel empieza la recuperación mañana y quiero acompañarlo.

—Lo debiste de pasar muy mal en el hospital. ¿Por qué no dejaste que nadie fuese a visitarte?

Me meto las manos en los bolsillos del abrigo antes de contestar.

—Supongo que quería estar a solas con Daniel.

—Bueno, sea como sea, me alegro de que se esté recuperando y de que tú seas tan feliz. Hacéis muy buena pareja. A él se le cae la baba cuando te mira.

—No exageres.

—No exagero. Y se le oscurecen los ojos. Daniel tiene los ojos más negros que he visto nunca. Iguales a los de su tío.

Se me hiela la sangre.

—¿Cuándo has visto al tío de Daniel? —le pregunto a Martha, sujetándola por el antebrazo, justo antes de entrar en el edificio de Mercer & Bond.

—Ayer sin ir más lejos. Vino al bufete y preguntó por ti.

Oh, Dios mío.

—¿Por mí?

—Sí, dijo que quería hablar contigo sobre Daniel. Ahora que lo pienso... —Se mete una mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una tarjeta—. Dejé esto para ti.

Cojo el trozo de papel como si estuviese envenenado.

—¿Por qué lo atendiste tú, dónde estaba Patricia?

—En los juzgados.

¿Por qué tenía la sensación de que Jeffrey Bond también estaba al corriente de eso y de que por esa razón había elegido aquel preciso instante para presentarse en el bufete?

—¿Sucede algo, Amelia?

—No, por supuesto que no. —Veo que no he logrado convencerla y me explico un poco más—. Es que yo todavía no conozco al tío de Daniel, eso es todo.

—Bueno, creo que estás a punto de remediarlo. Mira, es ese hombre de allí.

Me señala un Rolls Royce del que, efectivamente, acaba de descender Jeffrey Bond en persona.

—Martha, sube a avisar a Daniel. Rápido.

Tengo que reconocer que Jeffrey Bond es un hombre formidable. A sus setenta años, tiene los hombros tan anchos y está tan fuerte como un hombre de cuarenta y lo único que de verdad delata su edad son las arrugas que tiene alrededor de los ojos y el pelo y la barba plateados.

Me acerco a él con paso firme y sin dejar de mirarlo a los ojos y él inclina la cabeza para indicarme que me ha reconocido y que me está esperando.

—Buenas tardes, señorita Clark, es un verdadero placer conocerla al fin —me dice, cuando me detengo delante de él.

Lleva guantes de cuero negro, que no se quita cuando me coge una mano para acercársela a los labios y besarme los nudillos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Lamento no poder decir lo mismo, señor Bond.

Me suelta la mano y me sonrío.

—Vaya, vaya, al parecer, esta vez el bueno de Dany se ha buscado una mujer con garras de verdad.

—¿Qué quiere? —le pregunto, sin disimular lo poco que me ha gustado su tono de voz al mencionar a Daniel—. ¿Por qué me está buscando?

—Un buen amigo mío la vio con mi sobrino en el baile de máscaras —me explica. Yo intento contener las náuseas que me provoca saber que unos desconocidos espionaron uno de los momentos más románticos de mi vida—. Como buen tío que soy, pregunté quién era usted. Y tengo que confesarle, señorita Clark, que no logro entender qué hace una buena chica de pueblo como usted con un hombre como mi sobrino.

—¿En vistas de lo cual ha decidido venir a salvarme?

—Sí, por supuesto. —Se tira de los puños de la camisa blanca y aparecen unos preciosos gemelos de plata bajo las mangas de la chaqueta—. Daniel es perverso y retorcido. Tiene unas necesidades... peculiares —añade, mirándome a los ojos—. De pequeño ya era así. Me destrozó el alma, pero durante un tiempo tuve que ingresarlo en un psiquiátrico.

Cierro los puños para contener las ganas que tengo de pegarle.

—¿De verdad le parezco tan estúpida? ¿En serio espera que me crea toda esta sarta de mentiras?

—Daniel estuvo ingresado en un psiquiátrico. Puedo demostrárselo.

—Ya lo sé, señor Bond. Me refería a su papel de tío amantísimo y preocupado por su sobrino. Déjese de patrañas y de pantomimas. Nada de lo que usted diga podrá alejarme de Daniel, así que dígame directamente qué pretende y no nos haga perder el tiempo a ninguno de los dos. O me temo, señor Bond, que me iré de aquí ahora mismo.

—¡Bravo! —Me aplaude y a mí se me revuelve el estómago—. Creo que por primera vez en la vida siento celos del bueno de Dany, señorita Clark. —Suelta una carcajada repugnante—. No sabe cuánto disfrutaré cuando le deje. Ni yo mismo habría podido ingeniar un tormento mejor para mi querido sobrino. —Se da media vuelta y le hace una señal al chófer para que salga del vehículo—. Dígale a Dany que deje de husmear en mis asuntos. A Vzalo no le ha hecho ninguna gracia que fallase con lo del Jaguar. Oh, no me mire así, señorita Clark, no me haga cambiar la buena opinión que tengo de usted. Ambos sabemos quién está detrás del accidente. Dígale a mi sobrino que se mantenga alejado de mis cosas y de mis amigos. Su última visita a Escocia ha levantado muchas ampollas.

—¿O qué?

—O le contaré a usted, a su preciosa defensora, por qué se suicidó Laura.

El corazón se me sube a la garganta.

—¡Apártate de ella, Jeffrey!

El grito de Daniel retumba en la calle. O tal vez sólo en mi cabeza.

Lo veo avanzar hacia nosotros con la muleta y echando fuego por los ojos. Tiembla de rabia y de furia y, por un segundo, dirige ambas emociones hacia mí.

—Hola, Dany, veo que sigues tan patético y débil como siempre. No te preocupes, la señorita Clark te ha defendido muy bien. Procura que ésta no se te suicide, ¿quieres, chaval?

Daniel palidece y su cuerpo desprende tanta ira que temo vaya a matar al otro hombre.

—Vete de aquí, Jeffrey. Tus trucos de psicología barata ya no me afectan. Si vuelvo a verte cerca de Amelia, encontraré el modo de destruirte para siempre.

—No si yo lo encuentro antes, Dany. Que tenga un buen día, señorita Clark. Piense en lo que le he dicho.

Jeffrey Bond me sonríe una última vez y se mete en su Rolls Royce para desaparecer en el tráfico de la ciudad.

Daniel se vuelve hacia mí y desata toda su furia.

—¿Por qué diablos te has acercado a hablar con él, Amelia? Tendrías que haberme esperado.

—Han sido sólo unos minutos.

—A Jeffrey le basta con eso, créeme. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha pedido que te dé un mensaje.

—¿Qué mensaje? —masculla, apretando la mandíbula.

—Que dejes de husmear en sus asuntos.

—¿Qué más? —Frunce el cejo y me fulmina con la mirada—. ¿Qué más? Es imposible que se haya ido sin amenazarme con algo. ¿Qué más, Amelia?

—Me ha dicho que si no te mantienes alejado de él, me contará por qué se suicidó Laura.

Él aparta la vista y suelta una maldición.

—No vuelvas a acercarte a él, Amelia. Jamás. ¿Entendido?

Ah, no, por supuesto que iba a acercarme a Jeffrey Bond. Iba a acercarme tanto como fuese necesario para destruirlo e impedir que nos hiciera daño a Daniel o a mí.

—Ha reconocido que Vzalo y él provocaron tu accidente. ¿Qué diablos has averiguado sobre ellos, Daniel?

—Nada.

—Me estás mintiendo —susurro—. ¡Me estás mintiendo!

—¡Por supuesto que te estoy mintiendo! Tengo que protegerte.

—¡No! Tenemos que estar juntos, tenemos que confiar el uno en el otro. Cuéntame qué sabes de Vzalo y de Jeffrey, explícame cómo se suicidó tu hermana, así tu tío no tendrá ninguna arma que utilizar contra ti. Sé que puedo cuidarte, que puedo protegerte. Igual que tú a mí. Pero para eso necesito saber la verdad.

Apoyándose en la muleta, él se aparta unos pasos de mí. Piensa, niega con la cabeza y finalmente parece adoptar una decisión.

—Me dijiste que nunca me exigirías que te contase nada que no estuviese preparado para contestar.

—Tu tío te ha amenazado. Confía en mí, Daniel. Cuéntamelo todo y seguro que encontraremos el modo de enfrentarnos a él.

—No puedo, Amelia. No puedo.

—¿Y qué piensas hacer? —le pregunto, levantando las manos—. ¿Vas a seguir enfrentándote tú solo a tus demonios?

—Exactamente.

—Y cuando necesites algo más ¿qué? ¿Volverás a conformarte con atar a una mujer a tu cama y echarle un polvo?

—Me ha bastado con eso durante treinta y dos años, así que sí, me conformaré.

—No podrás, Daniel. No podrás. —Lo sujeto por las solapas del abrigo y tiro de él—. Me necesitas. Sin mí ni siquiera podrás masturbarte.

—Esto no tiene nada que ver con eso, Amelia —dice entre dientes, pero noto su erección pegada a mi cuerpo.

—Por supuesto que tiene que ver. El sexo es el único aspecto de nuestra vida que está como tiene que estar. Es en el único momento que reconoces que eres mío.

—Será que en realidad no lo soy.

Le suelto las solapas y lo empujo hacia atrás. Se tambalea un poco, pero mantiene el equilibrio.

—Te juro que cuando te pones así...

—¿Qué, qué me harías? Porque deja que te diga que nada de lo que se te ocurra podrá compararse con lo que ya me han hecho.

Oh, Dios mío, se me encoge el corazón al oír el dolor que destilan esas palabras. Y estoy segura de que Daniel no es consciente de lo que ha dicho.

Me acerco a él, que me observa con desconfianza. Coloco de nuevo las manos en su torso y me pongo de puntillas para besarlos en los labios.

Daniel suspira y tiembla de la cabeza a los pies. Me devuelve el beso, su lengua acaricia la mía sin temor y su boca devora nuestro gemido.

Él es el primero en apartarse.

—Tengo que irme, Amelia.

—¿Qué? ¿Adónde?

En defensa de Daniel, tengo que reconocer que tarda unos segundos en contestarme. Es como si por un instante se hubiese planteado decirme la verdad,

pero al final hubiese cambiado de idea.

—Ahora no puedo decírtelo, pero confía en mí. Por favor.

—Confío en ti, Daniel, pero mírate. Estás herido y necesitas una muleta para caminar. No tengo ni idea de adónde vas y me da un miedo atroz perderte para siempre.

—Si no estuviese así —me señala la muleta y la mano vendada—, ¿sentirías lo mismo o confiarías en mí?

—No me hagas esto. Sabes que confío en ti.

Él toma aire y me mira fijamente a los ojos.

—Te prometo que no me pasará nada. Si de verdad te fías de mí, demuéstremelo.

Intento entender qué me está pidiendo; busco en su mirada la clave que me permita dar con la respuesta acertada y protegerlo al mismo tiempo.

—Está bien. De acuerdo. Ve adondequiera que tengas que ir.

Daniel suspira aliviado.

—Gracias.

—Pero esta noche, cuando vuelvas al apartamento... Porque vas a volver, ¿no?

—Por supuesto.

—Esta noche, tú tendrás que confiar en mí. Sin reservas. Sin límites.

Ver que Daniel llama a Frederick, el chófer del bufete, para que lo lleve a un lugar desconocido a hacer algo completamente misterioso, no me sienta nada bien. Reconozco que incluso estoy tentada de parar un taxi y pedirle que lo siga.

Pero si lo hago, Daniel creerá que lo he traicionado, que no confío en él. Así que aprieto los puños con fuerza e intento calmarme.

—¿Estás bien, Amelia?

Es Martha, que aparece en medio de la acera con mirada preocupada.

—Sí, estoy bien.

—¿Y Daniel?

No lo sé y tengo ganas de salir corriendo tras él, pero no puedo.

—Ha tenido que irse, volverá más tarde —respondo.

No quiero arrastrar a Martha a mi agitada vida sentimental.

—Oh, vaya. ¿Vas a volver al bufete? A David y a mí nos iría bien que nos echases una mano con Howell. El muy cretino ha recurrido la sentencia de divorcio. Dice que no puede pagar lo que su ex esposa le pide. Como si tener un castillo en Escocia fuese tan habitual.

«Escocia.»

—Tengo que irme, Martha. Lo siento.

—¿Irte? ¿Ahora?

—Sí, lo siento, acabo de acordarme de algo muy importante —me disculpo con mi amiga y le hago señas a un taxi para que se pare—. Volveré la semana que viene, te lo prometo. Pensaré en lo de Howell; tiene que haber algo que podamos utilizar para convencerlo de que no recurra y acate la sentencia.

—Llámame si se te ocurre algo. David y yo estamos repasando el expediente del divorcio de cabo a rabo y de momento no hemos encontrado nada.

El taxi se detiene y abro la puerta.

—Te llamaré. —La estrecho con el brazo que me queda libre.

—Vamos, vete.

Martha me sonríe antes de despedirse y, cuando cierro la puerta, le digo al taxista que me lleve a Scotland Yard.

El edificio de la policía de Londres es impresionante. Sólo con cruzar la entrada me siento intimidada, pero me dirijo decidida al vestíbulo, donde se encuentra el mostrador de recepción.

—Buenos días,  en qué puedo ayudarla? —me pregunta una policía muy amable.

Saco la tarjeta del bolso para que vea que no soy ninguna chiflada y leo el nombre como si no me lo supiera de memoria.

—Me gustaría hablar con el detective Erkel, por favor.

— Ser a tan amable de facilitarme su nombre, señorita...?

—Clark, Amelia Clark.

La mujer marca unas teclas en el intercomunicador y alguien responde en seguida.

—S , est  aquí la señorita Clark. Quiere hablar con el detective Erkel. Entiendo. Gracias.

Deduzco que cuelga, porque toca unas teclas distintas, y espero su respuesta.

—Espere aquí, señorita, en seguida vendrá alguien a buscarla.

Suspiro aliviada y, tras darle las gracias, me siento en una de las butacas del vestíbulo.

Cinco minutos más tarde, aparece el agente Miller.

—Buenas tardes, Amelia. Me alegro de verte.

Me pongo en pie para saludarlo.

—Buenas tardes, agente Miller.

—Nathan —me recuerda él—.  Has venido a ver a Jasper?

—S , quería comentarle algo del tío de Daniel.

— Jeffrey Bond? —Enarca una ceja y me mira muy interesado.

—S , esta tarde ha venido a verme. De hecho, he descubierto que lleva varios días buscándome.

—Tenemos que contárselo a Jasper. Est  en una reunión, pero si no te

importa, podemos ir a otro sitio y esperar a que termine. Al parecer, yo no tengo el rango suficiente para asistir a estos encuentros de las altas esferas. Gracias a Dios.

—Dentro de un par de horas tengo que estar en casa, pero puedo esperar hasta entonces. O también puedo contártelo a ti —sugiero.

—Entonces, vamos. Si Jasper se retrasa, me pones a mí al tanto de todo y yo se lo cuento más tarde.

Fuimos a un pub no muy lejos de la comisaría y, a juzgar por el modo en que el camarero saludó a Miller, el agente iba allí a menudo y le tenían mucho cariño.

—Jasper y yo nos conocimos aquí.

—Oh, daba por hecho que os habíais conocido en la policía.

—No, qué va —sonríe Nathan—. De hecho, cuando coincidimos en la comisaría a él casi le da un infarto.

—Vaya, supongo que ninguno de los dos lo esperaba.

—No, eso te lo aseguro.

—Yo conocí a Daniel en un ascensor. Bueno, no lo conocí allí exactamente, pero fue donde lo vi por primera vez. Yo iba a una entrevista de trabajo y me quedé embobada mirando a aquel atractivo desconocido. Él tuvo que avisarme de que el ascensor había llegado a mi piso. En el momento quería morirme de vergüenza, pero luego me dije que no había para tanto, al fin y al cabo, no iba a volver a verlo en toda mi vida. Pero no quiero aburrirte con mi historia, lo siento.

—No, si no me aburres. —Le hace señas al camarero—. Yo me tomaré una cerveza, ya no estoy de servicio. ¿Y tú? ¿Agua, una copa de vino, cerveza, té?

—Una copa de vino blanco —elijo para mi sorpresa.

—Buena elección. Sigue con tu historia, por favor.

—Patricia, la socia del bufete con la que acudía a entrevistarme, es amiga de infancia de mi madre, así que yo estaba relativamente tranquila. Estuvimos charlando un rato, ella fue muy agradable y al terminar me dijo que quedaba un pequeño formalismo: su socio tenía que dar su visto bueno.

—Déjame adivinar, ¿Daniel?

—El mismo.

—¡Ja! Y yo que creía que mi historia con Jasper era embarazosa...

—Él intentó convencerme para que fuese a trabajar a otra parte y cuando no lo conseguí, me dijo que haría todo lo posible para despedirme.

— Veo que al final cambió de opinión.

— Más o menos.

— Si te consuela, Jasper intentó pedir mi traslado y cambiar de compañero.

Moví nerviosa las manos, no dejaban de sudarme y seguía inquieta, preguntándome dónde estaría Daniel.

— ¿Sucede algo, Amelia?

— Daniel me ha dicho que tenía que ocuparse de una cosa, pero no me ha dejado acompañarlo ni me ha contado en qué consistía lo que iba a hacer. Tiene que apoyarse en una muleta para caminar y sólo mueve bien una mano.

— Y estás preocupada por él. Y furiosa. Te habría gustado ordenarle que no se fuera a ninguna parte y que te dijera qué diablos está tramando sin ti a su lado para protegerlo.

Nathan acaba de describir a la perfección cómo me siento.

— Sí, ¿cómo lo sabes?

— Porque Jasper me ha hecho algo similar en un par de ocasiones.

— Voy a volverme loca. Por un lado sé que tengo que confiar en él, pero por otro...

— Por otro lo atarías a la cama para siempre. Lo sé.

— ¿Cómo lo hacéis, Jasper y tú? Vuestro trabajo os pone en peligro constantemente y, además, él es tu superior. ¿Cómo es posible que desprendáis tanta paz y tranquilidad cuando se os ve juntos?

— Le diré a Jasper que has dicho eso. —Nathan se frota la nuca avergonzado—. No lo sé, Amelia. No hay ninguna varita mágica que garantice la felicidad. Y menos en nuestro caso —añade, mirándome a los ojos—. A él y a mí nos ha costado mucho llegar hasta aquí, pero hemos aprendido que una cosa es el trabajo y la otra, nosotros. En casa, Jasper sabe que voy a cuidar de él, que me anticiparé a sus necesidades, que tiene que entregarse a mí para sentirse completo. Pero en el trabajo, en la comisaría, yo he aprendido que él sabe más que yo, que su instinto policial está más desarrollado que el mío y que, por tanto, soy yo el que tiene que confiar y seguir sus órdenes. Me imagino que en tu caso es algo parecido.

— Sí, supongo que sí.

— A juzgar por lo que me contó Jasper el otro día... —Bebe un poco de cerveza y añade—: Espero que no te importe que me lo haya contado. —Le confirmo que no y sigue—: Tú nunca habías tenido una relación de este tipo con

nadie.

—No, nunca.

—Es lógico que haya ciertas cosas que te sorprendan. Te has pasado la vida viendo películas de Disney en las que el príncipe valiente salva a la dama en apuros y te cuesta comprender que ese príncipe luego le pida a la dama en cuestión que lo domine en la cama. Una cosa no está reñida con la otra, por ejemplo, Jasper es mucho más fuerte que yo y más valiente. El muy idiota incluso se puso delante de una bala por mí, pero en casa, necesita que yo esté al mando. No voy a contarte de dónde nace su necesidad ni la mía, pero creo que si logras entender de dónde nace la tuya y la de Daniel, entenderás todo lo demás y dejarás de sentirte tan confusa.

—Lo sé, pero ahora él está herido y hay un par de psicópatas que quieren matarlo.

—Pues asegúrate de que sabe que puede contar contigo. Jasper siempre dice, y me matará si se entera de que te he contado esto, que en los momentos en que su vida ha corrido peligro, que son más de los que mi salud mental puede soportar, lo que le ha dado más fuerza para afrontarlos ha sido saber que me pertenece.

—Yo sé que Daniel me pertenece, pero él... todavía tiene dudas. Hay momentos en que sí, pero otros... —No voy a contarle los detalles.

—Pues atrápalo en uno de esos momentos en que sí y no lo sueltes hasta que lo tenga tan metido dentro que no pueda seguir negándolo.

—¿Y cómo sé que eso es lo que él quiere de verdad? ¿Y si todo esto es sólo una fase, una moda transitoria?

—¿Por qué dices eso? —Nathan me mira confuso de verdad—. La necesidad de dominar a la persona que amas o de someterte a ella no es una moda transitoria. Es algo muy serio y no puede tomarse a la ligera. Sí, hay gente que lo practica como un juego sexual, cierto, pero ése no es nuestro caso —afirma, mirándome a los ojos.

Tengo que preguntárselo a alguien. Esa maldita pregunta lleva semanas carcomiéndome y Nathan parece un hombre respetuoso, que se tomará en serio mis dudas.

—Al principio, Daniel era el dominante de los dos. Rompimos porque me dijo que necesitaba entregarse a mí, que yo lo obligase a rendirse, y yo le dije que no podía. Y ahora tengo miedo de hacerlo, de llevarlo al límite y que luego me diga que no es lo que quiere de verdad. ¿Y si él no necesita realmente entregarse a mí y sólo está confuso?

Nathan se queda mirándome largo rato y cuando habla, sus palabras me dejan muda.

—Cuando te vi en la consulta del doctor Jeffries, tuve la sensación de que estaba ante una mujer como yo, y cuando vi a Daniel en el hospital, con aquella cinta en la muñeca, lo entendí todo. Tal vez no signifique nada, no hay ningún radar infalible y sí, he oído de casos de gente que ha pasado de sentir la necesidad de dominar a la de ser dominado. ¿Quieres que te diga si Daniel está confuso o si de verdad quiere entregarse a ti? No puedo, eso sólo lo sabes tú. Y creo que ya conoces la respuesta.

—Tienes razón, la conozco. Tengo que irme a casa.

—Espera un segundo, ¿qué es lo que querías decirle a Jasper?

Nathan cambia completamente de actitud y saca una libreta y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta.

—El tío de Daniel me ha dicho literalmente que Vzalo sabotó el Jaguar para que se estrellase.

—Mierda, eso significa que no encontraremos pruebas por ningún lado.

—Yo he pensado lo mismo. Pero luego me ha dicho algo más; que le dijese a Daniel que a sus amigos no les había gustado nada que husmease en sus asuntos de Escocia. Daniel fue a Escocia hace unas semanas. En el taxi he anotado una lista de los expedientes en los que él trabajó desde su ordenador. —Le entrego un trozo de papel.

—Gracias —dice, cogiendo la nota—. ¿Lo sabe Daniel?

—No.

—Díselo, hazme caso. Jasper se parece mucho a él y te aseguro que se pondría furioso si descubriese que he actuado a sus espaldas.

—¿Aunque lo hubieses hecho para protegerlo?

—Creo que ese detalle incluso empeoraría las cosas.

—No sé qué averiguó Daniel en Escocia, pero sé que lleva meses detrás de su tío y que fuera lo que fuese lo que encontró allí es el motivo por el que intentan matarlo.

—Mierda. Volveré ahora mismo a la comisaría y me pondré con ello.

—Gracias, Nathan.

—No me las des, si prácticamente has hecho tú todo el trabajo. Ve con cuidado, Amelia, y llámanos, a mí o a Jasper, si sucede algo. No soy quién para dar

consejos, pero aquí va uno: respeta las decisiones de Daniel, porque, y hablo por experiencia, si consigues que un hombre tan fuerte se entregue a ti, se quedará a tu lado toda la vida. Créeme.

Vació la copa de vino para ver si así se me afloja el nudo que siento en la garganta.

—Vaya, Amelia, qué encuentro tan inesperado —me saluda Jasper, sorprendiéndose de verdad—. Hola, Nate. —Le aprieta el hombro y el tiempo que deja allí la mano pone de manifiesto que ese gesto significa algo más—. En la comisaría me han dicho que estabas aquí —le explica.

—Amelia ha venido a hablar contigo. Ha averiguado algo muy interesante de Jeffrey Bond.

—Me alegro. En la reunión, uno de los concejales me ha dicho textualmente que no se me ocurra molestar a uno de los patrocinadores más importantes de su campaña, es decir, a nuestro querido señor Bond *senior*. Cuando me ha dado la espalda, he tenido que contenerme para no darle una patada en el culo.

—Bueno, señal de que estamos acercándonos. El otro día Jasper pidió una orden para investigar una de las propiedades de las empresas de Jeffrey Bond —me explica—. Dile a Daniel que no busque más por su cuenta, que venga a vernos cuanto antes.

—Lo intentaré. —Me pongo en pie y me despido de ambos—. Muchas gracias por todo, Nathan. Me has sido de gran ayuda.

—¿Te vas? Todavía no me has contado lo que has venido a decirme. —Jasper nos mira confuso.

—Ya te lo cuento yo, Jas. Amelia tiene que irse.

Me voy, quiero estar en casa cuando llegue Daniel.

Llego al apartamento y, a pesar de que sigo preocupada por él, me alegro de que no haya llegado. Busco mi portátil y una libreta entre las cosas que me ha mandado Marina. En la libreta anoto los retazos de información que he ido recopilando los últimos días sobre Daniel, sus padres, su tío y la muerte de su hermana. No son demasiados, pero ahora que los veo juntos, son un relato escalofriante.

Subrayo lo que me ha contado el propio Daniel: sus padres murieron en un accidente, su padre y su tío eran amantes, su hermana se suicidó años más tarde y él se quedó con su tío, que a los diecisiete años lo lanzó contra una estantería. Su

tío y él se odian. Lleva meses, años tal vez, investigándolo y en Escocia averiguó algo que ha puesto su vida en peligro.

Repaso entonces la información que tengo gracias a la policía, pero que Daniel todavía no me ha contado: denunció a su tío por el asesinato de Laura, aunque después de que lo internasen en un psiquiátrico retiró la denuncia. Años después, denunció a su tío por un delito fiscal y lo perjudicó mucho económicamente.

Nunca menciona a su hermana por su nombre: Laura.

Tanto su tío como él han hecho referencia a algo que sucedió en el pasado de Daniel y que lo cambió para siempre.

En el tiempo que he pasado con él, he aprendido que tan importante es lo que me dice como lo que se calla. ¿Por qué ha elegido contarme estas cosas y no las otras?, me pregunto, mirando lo que he anotado.

Pero ¿qué estoy haciendo? Me estoy obsesionando con los datos, con los hechos, cuando tendría que centrarme en lo que sentí cuando me entregué a Daniel por primera vez, en lo mucho que lo amé esa noche en Italia, o en el dolor que sufrí cuando me abrió su alma y yo lo rechacé.

Desde que Daniel se despertó del coma, he buscado una excusa para no hacer lo que de verdad necesita. Oigo el sonido de la llave en la cerradura. No más excusas.

—Hola, Amelia, siento llegar tarde.

Ni siquiera miro el reloj. Todos mis sentidos están centrados en él.

—Ni una palabra más, Daniel.

Se detiene frente a la puerta y me mira confuso. Hasta ahora siempre que he tomado el control ha sido porque se ha enfrentado a mí, porque me ha provocado. Es la primera vez que lo reclamo desde el principio.

Daniel cierra la puerta con la muleta y levanta una ceja. No va a ponérmelo fácil.

—Hace unos meses, averigüé que uno de los negocios de Vzalo en los que tiene acciones mi tío es en realidad un local nocturno especializado en sadomasoquismo y fetichismo.

—Muy hábil, contarme esto precisamente ahora, para ver si así consigues controlar la situación. Como siempre. Sí, por fin me he dado cuenta.

—¿De qué estás hablando, Amelia? Te estoy diciendo que he ido a ver a una mujer que puede proporcionarme pruebas sobre Vzalo.

—Me parece muy bien. Mañana llamaremos a la policía. Ahora, cállate.

Él aprieta furioso los labios.

—¿Sabes qué? Echo de menos al Daniel sincero de antes. Sí, reconozco que había días en los que no sabía si conocerte había sido lo mejor o lo peor que me había pasado en la vida, pero al menos sabía que eras sincero conmigo. Cuando volvimos de Italia y me pediste que te obligase a entregarte a mí, a poseerte como tú me habías poseído, me asusté. Pero no por los motivos que crees. Me asusté porque mi mente se inundó de imágenes de todo lo que quería hacerte, del placer que quería que sintieras en mis manos, de los sentimientos que quería arrancarte. Fue demasiado, Daniel, y tardé unos días en reconocer que quería hacer todo eso que me habías pedido, que necesitaba dominarte. Pero tú, ¿qué hiciste tú? Te fuiste y me dejaste sola durante semanas.

Me seco las lágrimas que corren por mis mejillas.

—Me dejaste sola, Daniel. Y habías prometido que me cuidarías. ¡Me habías dicho que era tuya! Y yo te creí y esperé. Esperé porque quería decirte que sí, que

estabas en lo cierto, que habías sabido ver algo dentro de mí que yo desconocía y que no quería volver a negar. Quería decirte que eras mío. Que te amaba.

Lo veo tragar saliva.

—Cuando tuve el accidente, volvía a Londres —dice, apretando los dientes.

—Cállate, Daniel —le recuerdo—. Cállate. Estos días me has estado manipulando, haciéndome creer que tengo el control cuando, en realidad, tú has seguido dominando mi comportamiento. Pero esto acaba aquí y ahora.

Debo de estar haciendo lo correcto, porque el brillo que veo en sus ojos no puede mentir y ahora mismo están ardiendo.

—¿Lo has entendido, Daniel? Eres mío y vas a hacer lo que yo te diga. Basta de juegos y de excusas. Esta noche te entregarás a mí de verdad o te echaré de mi vida para siempre.

Él asiente con la cabeza sin decir nada.

—Ve al dormitorio y siéntate en la cama.

Aprieta los dedos con los que sujeta la muleta y, tras mirarme a los ojos un instante, da el primer paso.

Yo lo sigo, dejo que note mis ojos en su espalda, recorriéndole las nalgas. No le ofrezco ayuda y tampoco me pego a él como si quisiera ayudarlo con disimulo. Sencillamente, camino detrás, dejando que él marque el paso.

Tal como le he dicho, se sienta en la cama y espera a que yo vuelva a hablarle.

—Voy a desnudarte. Cuando se te dé mejor obedecer mis órdenes y te hayas recuperado de tus heridas, te pediré que te desnudes tú solo, pero hoy quiero hacerlo yo. Tengo que asegurarme de que no se te ha aflojado el vendaje.

Daniel tiene la cabeza baja y el mentón apoyado en el torso, que le sube y baja despacio. Nunca lo he visto tan tranquilo como cuando sigue mis instrucciones. Me coloco entre sus piernas y le quito el jersey por la cabeza. Él tiembla al notar que mis dedos se deslizan por su abdomen y por su torso, pero no me detengo a acariciarlo. De momento sólo quiero desnudarlo. En la ducha le costó mucho más distanciarse de mí y no quiero que tenga ninguna clase de protección contra lo que me dispongo a hacerle. Me arrodillo y le quito las botas y los calcetines, le desabrocho el cinturón y le bajo la cremallera de los pantalones.

Está muy excitado y eso que es la primera vez que lo toco. Con la palma de la mano apoyada en su torso, lo echo con cuidado hacia atrás para que apoye los antebrazos en la cama.

—Levanta las caderas.

Obedece sin rechistar y le quito los pantalones y los calzoncillos. Detengo la vista en su rodilla prácticamente destrozada y me agacho para darle un beso. Daniel suelta despacio el aire que contenía en los pulmones y flexiona los dedos sobre la sábana.

A pesar de que está muy excitado, omito por completo su erección. Me incorporo y coloco mi mano en la suya para que suelte la sábana y entrelace los dedos con los míos.

—Vamos, tumbate en la cama.

Él me aprieta los dedos y durante un segundo creo que va a decirme que no, pero al final se echa hacia atrás hasta quedar tumbado en el medio del colchón.

Sin soltarle la mano, se la llevo al cabecero de la cama y se la ato allí con una de las cintas de seda negra que él mismo utilizó para atarme a mí. Cuando estoy convencida de que el nudo es lo bastante fuerte, me aparto y hago lo mismo con el pie que tiene ileso; lo ato a la cama con otra cinta. Me detengo un segundo.

—Voy a atarte esta pierna. Lo haré porque sé que es lo que tú necesitas, pero si te duele, aunque sea sólo un segundo, tienes que decírmelo. Yo preferiría no atarte...

—No, por favor.

Levanto la vista para mirarlo a los ojos.

—Te he dicho que no podías hablar, Daniel —lo riño.

—Átame, por favor.

No hace calor, pero tiene el torso cubierto de una capa de sudor. Su miembro tiembla erecto, pegado a su abdomen, y el músculo de la mandíbula está a punto de estallar. Los ojos se le ven tan negros que parecen dos océanos en medio de la noche.

Me acerco y le paso los dedos por el pelo.

—Chis, tranquilo. ¿Tanto lo necesitas? Contéstame.

Él suspira, respira tranquilo e incluso contiene un gemido.

—Más.

—Está bien —acepto.

Vuelvo a los pies de la cama y le muevo la pierna herida varias veces hasta asegurarme de que está colocada en una postura que no puede hacerle daño. Le

rodeo el talón con un extremo de la cinta y anudo el otro al poste de la cama.

No le pregunto si quiere que le deje libre la mano que falta, porque me mira con tanta ansia y desesperación que le ato con suma cautela la muñeca al cabezal.

—Esto es para ti, Daniel. Tienes que aprender a confiar en mí. Basta de tonterías. Si te duele, quiero que me lo digas, ¿de acuerdo? Estás aquí porque por fin estás listo para entregarte a mí, no porque a ninguno de nosotros le guste hacerle daño al otro.

Él asiente y rodea la cinta de seda con los dedos de la mano ilesa.

—Ahora voy a desnudarme en parte y quiero que me mires a los ojos todo el rato. Me desnudo porque en esto tú y yo somos iguales. Los dos somos igual de vulnerables. —Mientras hablo, me quito los pantalones y la blusa. Me quedo en ropa interior y espero unos segundos, pero nunca llego a sentir su mirada en la piel.

No ha dejado de mirarme a los ojos.

Me acerco a la mesilla de noche y enciendo la vela. Daniel se muerde el labio inferior y arquea levemente la espalda hacia atrás.

Es la imagen más sensual y viril que he visto nunca.

Me acerco entonces a la entrada del dormitorio y apago las luces. La luz proveniente de la ciudad que se cuele por la ventana y la vela son más que suficientes para vernos la cara.

Vuelvo a la cama, Daniel sigue mis movimientos con la vista. Me siento a su lado, a la altura de la cintura, y cojo la vela de la mesilla.

—Voy a hacerte unas preguntas —le explico mirando la llama—. Y tú vas a contestármelas. Cierra los ojos.

Los cierra e intenta controlar la respiración.

—Las primeras veces que me hiciste el amor, ¿por qué no podías mirarme a los ojos?

Sé que de haber podido lo habría hecho, y no quiero insultarlo insinuando otra cosa. Nathan tenía razón, si quiero que Daniel se entregue a mí, tengo que respetar su fuerza.

Le acerco la vela al torso y derramo unas gotas. Él se tensa y echa la cabeza hacia atrás. Aprieta los dientes y noto que respira entre ellos.

—Porque no quería que me importaras. Es peligroso.

—¿Por qué? ¿Para quién?

Derramo unas gotas más hacia abajo, de camino a su ombligo.

Daniel gime y la frente se le cubre de sudor.

—Para mí, para los dos. Porque no quería hacerte daño o que tú me lo hicieras a mí.

—Y yo te lo hice. Lo siento —susurro—. Cuando volvías a Londres, si no hubieses sufrido el accidente, ¿qué me habrías dicho?

Unas gotas más justo encima de la pelvis. Miro el miembro de Daniel y veo que está tan erecto como cuando se moría por hacerme el amor.

—Que no hacía falta que hicieras nada, que podíamos volver a estar como antes. O ser una pareja normal.

—¿Habrías sido feliz así?

Deslizo la vela cerca de su erección para que sienta el calor que desprende la pequeña llama, pero al final dejo que las gotas de cera le caigan en la cadera.

—No, pero me habría conformado. Prefería seguirte teniéndote a mi lado que estar solo sin ti.

Me siento a horcajadas encima de él y Daniel vuelve a arquear la espalda.

—Abre los ojos y mírame.

Los abre, completamente negros y devorando mi persona.

—No vuelvas a conformarte con nada, ni siquiera conmigo.

Inclino la vela hacia un lado y las gotas de cera caen encima de sus pectorales. Acercó la mano con la que no sujeto la vela a su erección y capturo las gotas de semen que tiene en la punta. Me llevo el dedo a los labios y dejo que mi lengua descubra el sabor de Daniel.

Muevo las caderas para que él note el calor que desprende mi cuerpo, el deseo que siento.

Guío la vela de nuevo hacia sus pectorales y derramo más cera que antes. Daniel aprieta los dientes y tensa todo el cuerpo.

—¿Es verdad que estuviste ingresado en un psiquiátrico?

Él abre los ojos de golpe y me mira asustado. Sí, sigue estando muy excitado, pero el miedo que siente también es evidente.

Acercó la vela al brazo que le he atado primero al cabezal y no me detengo hasta llegar a la muñeca, justo donde tendría que estar mi cinta. No derramo unas gotas de cera, sino que guío la llama ardiendo hasta la parte interior de su muñeca.

Tiene que dolerle. La piel se le está poniendo roja.

—Sí.

Aparto ligeramente la vela, pero el suspiro que sale de los labios de él no es de alivio, sino de tristeza.

—No quería que creyeras que estoy loco —susurra apesadumbrado.

—Jamás creeré tal cosa, Daniel.

Él desvía los ojos de mi cara a la marca rojiza que tiene en la muñeca y rezo para interpretar bien lo que significa. Acercó de nuevo la vela y vuelvo a colocar la llama donde estaba.

Él gime de placer y cierra los ojos. Es consciente de que yo sabré determinar cuándo es suficiente, cuándo tengo que apartar la llama para evitar hacerle daño de verdad.

—¿Cuánto tiempo...?

No puedo ni terminar la pregunta.

—Diez meses, hasta que cumplí los dieciocho.

Aparto la vela y veo que la marca de antes está más rojiza, pero la piel sigue intacta y no se ha quemado.

—Lo estás haciendo muy bien, amor. Sólo una pregunta más.

Derramo cera sobre su esternón, justo entre sus pectorales, y siento que su pene vibra debajo de mí.

—¿Yo le habría gustado a tu hermana?

Daniel abre los ojos e intenta fijarlos en los míos, pero está tan excitado que le resulta imposible.

—Sí, mucho.

Dejo caer unas últimas gotas alrededor de su ombligo, muy cerca del prepucio, y él se estremece.

—Ahora voy a levantarme.

Me mira asustado.

—Voy a desnudarme y voy a hacerte el amor. Todavía no te he sentido dentro de mí desde que te has despertado y te echo de menos —le digo sincera.

Me desabrocho el sujetador y me quito las braguitas. Vuelvo a sentarme encima de él y sujeto su miembro entre los dedos de una mano.

—¿Sabes qué es lo que me está pidiendo a gritos mi instinto, Daniel? Que te suelte y te cure las quemaduras de la vela, pero no voy a hacerlo porque sé que lo necesitas. Tú mismo me lo dijiste, pero te advierto que cuando terminemos, cuando te haya dado lo que de verdad quieres, les echaré un vistazo a todas.

Él asiente.

—No te estaba pidiendo permiso, sencillamente te estaba explicando cómo van a ser las cosas. Yo no tengo que pedirte permiso.

Le sujeto el pene con más firmeza y lo deslizo dentro de mí. Me duele un poco. Daniel está muy excitado y hace semanas que no entra en mi cuerpo. Muevo las caderas despacio, para que se deslice con más suavidad. Yo tengo los ojos abiertos y veo que él cierra los suyos y echa la cabeza hacia atrás.

Cojo de nuevo la vela que he dejado en la mesilla de noche y le derramo unas gotas en un pectoral.

—Abre los ojos y mírame. Voy a moverme encima de ti, quiero sentir cómo te excitas dentro de mi cuerpo, notar las primeras gotas de eyaculación deslizándose en mi sexo. Moveré las caderas, me tocaré los pechos, haré todo lo que sea necesario para alcanzar el orgasmo. Y tú no vas a correrte.

Empiezo a cumplir mis amenazas. Muevo las caderas en círculo y noto que las suyas intentan seguir mis movimientos, a pesar de las cintas de seda que lo inmovilizan. Me incorporo un poco y me detengo un segundo para luego descender más despacio. Con cada movimiento, el miembro de Daniel se estremece dentro de mí y produce más gotas de semen que facilitan mis movimientos, pero no se corre.

Sus pupilas negras están fijas en las mías y me muerdo el labio inferior para no gemir. Él hace lo mismo. Acercó una mano a su boca para impedir que se haga daño y él atrapa mis dedos y los lame.

Me gusta, me excita casi más de lo que puedo soportar. Pero yo estoy al mando y Daniel no puede intentar recuperar el control cada vez que se asusta por la intensidad de lo que está sintiendo.

Derramo más cera en su torso. Él suelta mis dedos y echa la cabeza hacia atrás. Su pene se estremece de tal forma que creo que va a correrse, pero se contiene.

—No sé por qué no eyaculas —lo provoqué, incorporándome hasta que su miembro está a punto de salir de mi cuerpo—, al fin y al cabo, siempre que estás a punto de rendirte a mí del todo, intentas hacer algo para sacudirte y retomar el control. Si de verdad fueras mío, si de verdad estuvieras dispuesto a pertenecerme,

no me provocarías de esta manera. Dime, Daniel, ¿por qué no te corres?

Muevo las caderas con determinación, porque necesito alcanzar el orgasmo.

—¿Te gustaría que te utilizase, que sólo recurriese a ti para sentir placer, que te mantuviese al margen del resto de mi vida? Contéstame.

—No.

Unas gotas más de cera y se tensa tanto que creo que va a estallar.

—Entonces, ¿por qué intentas hacer eso conmigo?

—Tengo que protegerte.

—Protégeme a tu lado y termina con esta tortura. Los dos estamos sufriendo, Daniel, ¿acaso no te das cuenta?

Me inclino hacia él y enredo los dedos de la mano que tengo libre en la nuca de él, obligándolo a mirarme.

Mi pechos están pegados a su torso y apenas hay unos centímetros de separación entre nuestros rostros. Lo mantengo inmóvil y acerco la vela. La inclino ligeramente y las últimas gotas de cera se deslizan entre nuestros torsos, quemándonos a ambos, uniéndonos de otro modo.

—Siento lo mismo que tú, Daniel. Necesito lo mismo que tú. Perdóname por no haberlo entendido cuando volvimos de Italia.

La cera me está quemando, pero vale la pena sólo para sentir su corazón latiendo al mismo ritmo que el mío.

—Vuelve a pedirme que te haga mío.

—Dios, Amelia. Basta.

—No. —Le tiro del pelo y acerco la llama, que sigue ardiendo, a su hombro. Le quema. Lo sé—. Entrégate a mí. No te escondas en el dolor que sientes, dámelo a mí y yo lo convertiré en placer.

—No.

—Quieres hacerlo. Necesitas hacerlo.

—No.

Levanta las caderas en busca del orgasmo, sabe que si eyacula me pondré furiosa y no pienso permitirselo. Hemos llegado hasta aquí y no dejaré que ahora se rinda.

Le aparto la vela del hombro y la deslizo por el brazo que no le he atormentado antes. Caen unas gotas de cera nueva en su bíceps.

—No puedes más, Daniel. Ríndete a mí, estoy aquí para sostenerte. Todas las veces que haga falta.

No puedo quemarlo más, prácticamente todo su torso está cubierto de cera y tiene dos marcas rojizas de la llama de la vela; una en la parte interior de la muñeca y otra en el hombro. Él debe de notar que estoy dudando y mueve frenético la cabeza de un lado al otro.

—No me abandones, Amelia. Por favor. No te des por vencida.

—Chis, tranquilo. —Le suelto el pelo de la nuca y le acaricio la mejilla—. Eres mío, ¿recuerdas? No me iré a ninguna parte. Mírame a los ojos, Daniel, y respira despacio. Muy despacio.

El corazón le late muy de prisa y su pene está tan erecto que nunca me he sentido tan poseída. Trazo círculos con las caderas poco a poco y él va tranquilizándose. La vela se está apagando, pero la llama todavía arde.

Daniel tensa el brazo y se le marca el bíceps. Así, con la muñeca atada encima de la cabeza, la axila le queda al descubierto. Le acerco la vela a la parte interior del bíceps y espero a que él sienta la llama acariciándole la piel.

—Concéntrate en el calor que sientes en el brazo, Daniel. La llama primero te calienta la piel, pero poco a poco va quemándote —susurro, al mismo tiempo que me incorporo un poco encima de él para descender después lentamente sobre su miembro—. Te quema, pero es una sensación agradable. Placentera incluso, aunque en cuestión de segundos escuece. Notas que la piel se enrojece y que el fuego te está devorando. Te duele y, sin embargo, eres incapaz de apartarte del dolor; una parte de ti, lo necesita. Pero ya no, Daniel. Ahora estoy yo aquí.

Le pego la vela al bíceps para que la llama lo queme durante un segundo.

—Este dolor ya no lo necesitas. —Aparto despacio la vela y la acerco a mis labios—. Voy a soplar y cuando se apague la llama, te correrás dentro de mí y te rendirás por fin.

Soplo.

El orgasmo de Daniel nos sacude a ambos, provocándome a mí el mayor que he tenido en la vida, mientras él no deja de repetir mi nombre.

A oscuras, todavía atado a la cama, exhausto por el deseo, susurra:

—Me rindo.

Por la mañana, nos despertamos más tarde de lo habitual y Daniel se va solo a la clínica de rehabilitación de Brian Wise. Cuando hemos abierto los ojos los dos nos hemos sentido un poco incómodos durante unos segundos, pero él me ha dado un beso, ha salido de la cama y ha ido a prepararme el desayuno, así que deduzco que estamos bien.

Me gustaría haberlo acompañado a la clínica, estar allí para escuchar los consejos e instrucciones de Brian, pero Daniel quiere ir solo y después de lo que hemos pasado últimamente, por fin he aprendido que tengo que respetar esa clase de decisiones.

Ahora mismo estoy en casa, repasando los archivos de Howell que me ha mandado Martha. No he ido al bufete porque quiero estar aquí por si Daniel me necesita. Sé que la semana que viene tendré que volver a la rutina, aunque confío que para entonces mi vida sea menos dramática que ahora.

Miro el reloj del ordenador y veo que hace más de una hora que Daniel supuestamente ha terminado. No debería preocuparme, pero no lo puedo evitar. El divorcio de los Howell demuestra no ser suficiente para distraerme y no tardo en desistir. Encima de la mesa donde he improvisado mi escritorio, está la tarjeta que nos dejó Brian y llamo para encargar las barras y las pesas.

Aunque me ponga furiosa, admiro mucho la determinación de Daniel de recuperarse. Como dijo Brian, hay gente que se deprimiría o que se recrearía en las lesiones para conseguir la atención de sus seres queridos. Él no: Daniel se pone a la defensiva si lo cuido demasiado o si insinúo que necesita mi ayuda.

Oigo la llave e, igual que ayer, no puedo evitar sonreír.

Daniel ya está en casa. Estoy impaciente porque me cuente cómo le ha ido, qué le ha dicho Brian de la rodilla y de la mano. Probablemente querrá ducharse, pero tal vez después podríamos ir a pasear o a...

—¡Cómo diablos te atreviste a ir a hablar con la policía sin mí! —me pregunta furioso, dejando caer la bolsa de deporte al suelo.

Yo me pongo en pie y me acerco a él.

—No, no des ni un paso más —me ordena, apretando los dientes—. Creía que podía confiar en ti.

—Puedes confiar en mí.

Estoy ante el sofá de pie, pero la tristeza y el rencor que impregnan su recriminación hacen que me siente.

—Salía de la clínica y he sentido por primera vez en mucho tiempo que empezaba a saber quién era, que todo por fin parecía encajar en mi vida, cuando me ha llamado el detective Jasper Erkel.

Trago saliva y Daniel cojea hasta mí. En cualquier otro hombre, esa cojera podría parecer un signo de debilidad, pero en su caso sólo lo hace más fuerte. Más decidido.

—¿Qué quería?

—¡No puedo creer que tengas la desfachatez de preguntármelo! —Deja caer la muleta al suelo y se coloca junto al sofá—. Aunque supongo que eso es lo único que te importa, descubrir qué pretende mi tío, eliminar la amenaza que pende sobre mi vida.

—Por supuesto que me preocupa —le digo, mirándolo a los ojos—. No quiero que te suceda nada malo.

—Ayer por la noche te llenaste la boca de lo importante que era que actuásemos juntos, que no nos ocultásemos nada. —Se sienta en el sofá a mi lado, pero su cuerpo desprende todavía tanta rabia que no me atrevo a tocarlo—. Me obligaste a hacer algo que no había hecho nunca, a ir al lugar dentro de mí que hacía demasiado tiempo que no me atrevía a visitar. Y todo para nada.

—No, Daniel. —Se me quiebra la voz por las lágrimas.

—El detective Erkel quería comunicarme que una de las empresas que investigué en Escocia, y cuyos nombres al parecer tú les facilitaste ayer, es en realidad la tapadera que utiliza Vzalo para vender armas en el mercado negro. Hoy mismo irán a arrestarlo.

—¡Eso es maravilloso, Daniel!

—Me has hecho sentir como un idiota, como si yo solo no pudiese cuidar de mí. Yo ya sabía lo de esa empresa, pero estaba reuniendo más pruebas para poder atrapar no sólo a Vzalo, sino también a mi tío y a los otros posibles socios que los dos pudiesen tener. Ahora, por tu culpa, porque decidiste actuar sin consultármelo, sin respetar mi decisión y mi criterio, mi tío no sólo ha vuelto a escapar, sino que estará más alerta que nunca. ¿De qué me sirve entregarme a ti, confesarte los deseos más íntimos de mi alma, si después me menosprecias de esta manera?

—No, Daniel, no lo entiendes —insisto con voz trémula.

—Tienes razón, no lo entiendo.

—Me he equivocado, lo sé. Lo siento.

—Tengo la sensación de que te equivocas muy a menudo, Amelia. Demasiado, tal vez ha llegado el momento de que ambos reconozcamos que lo nuestro no puede continuar.

Oh, Dios, no. ¿Qué he hecho? Jasper y Nathan me advirtieron de que respetase a Daniel. Incluso Marina, que no sabe nada de esta clase de relaciones, me dijo que no podía tratarlo como si estuviese indefenso. Y eso es exactamente lo que he hecho.

Frenética, desesperada por evitar que Daniel ponga punto final a lo nuestro, me vuelvo hacia él.

—No, Daniel. Tú y yo tenemos que estar juntos. Lo sabes perfectamente.

—¿De verdad crees que hablándome así vas a conseguir algo? —se burla—. El tono autoritario, las órdenes, sólo funcionan si deseo entregarme a ti. Y ahora no se me ocurre ningún motivo por el que debería hacerlo. Me has fallado, Amelia. Otra vez.

—Tú no me dijiste adónde ibas y estaba preocupada —me defiendo—. Hoy te lo habría contado, pero no he tenido tiempo.

—No te creo.

Me acerco a él y en un acto casi instintivo lo sujeto por la nuca y lo obligo a mirarme.

—Tienes que creerme, Daniel. Es la verdad.

Él entrecierra los ojos, que se le ven completamente negros. Tiene la respiración acelerada y se humedece los labios.

—No, no te creo.

Le tiro del pelo y le sostengo la mirada.

—Sí, me excita que me hagas esto —reconoce él, furioso—. Seguramente podría correrme en cuestión de minutos y no me importaría echarte un polvo. Pero nada más. No puedo darle nada más a una mujer que no me respeta, que no me conoce.

Le suelto el pelo de inmediato.

—Quiero que te vayas de aquí, Amelia. Yo tardaré un par de semanas más

en volver al bufete, Brian tiene razón, ahora lo más importante es que me centre en mi recuperación y si Patricia necesita algo, puede llamarme o podemos reunirnos aquí. Cuando vuelva a trabajar allí, tendrás que irte. La oferta que te hice el día que nos conocimos sigue en pie. —Lo miro confusa y sin contener las lágrimas—. Elige el bufete que quieras de la ciudad y conseguiré que trabajes en él.

—No puedes echarme así de tu vida, Daniel. Me necesitas.

—Claro que puedo. Ahora ya es demasiado tarde para que te preocupes por lo que necesito o no, me has demostrado que no eres capaz de dármelo.

—Todo esto es sólo una excusa. Sí, tendría que haberte dicho que había ido a hablar con la policía, pero lo estás exagerando. Lo que pasa es que estás asustado por lo que sucedió anoche y no quieres afrontarlo.

Él agacha la cabeza y respira hondo un par de veces. Después, alarga la mano en busca de la muleta que antes ha dejado caer al suelo y, cuando la tiene firmemente sujeta, se apoya en ella y se pone en pie.

—No es ninguna excusa. Lo de anoche me asusta, lo reconozco, pero me asusta todavía más comprobar que me entregué a una mujer que no lo merece. Voy a descansar un rato. Ya sabes dónde está la puerta.

En cuestión de minutos, mi vida se ha desvanecido ante mis ojos. Daniel tiene razón, no me merezco su rendición. ¿Cómo he podido ser tan estúpida, tan engreída? ¿Cómo he podido exigirle que me respete y confíe en mí cuando yo no estoy dispuesta a hacer lo mismo con él? Tendría que haber sabido que no podría engañarlo, que descubriría lo que hice. Y que se sentiría decepcionado y traicionado.

No sé cómo soy capaz de recoger mis cosas, pero lo consigo. La verdad es que apenas he tenido tiempo de instalarme. Subo al piso de arriba y acaricio el sofá por última vez. Esta mañana, mientras desayunaba, he fantaseado con la posibilidad de atar a Daniel a ese sofá, de verlo tumbado encima de la piel negra, moviendo y tensando esos músculos que tanto me enloquecen.

Esa fantasía ya no se hará realidad.

Bajo la escalera prácticamente corriendo y, al llegar al piso de abajo, me detengo. Quiero ver a Daniel una última vez, quiero besarlo y pedirle de nuevo que me perdone. Suplicarle que me dé otra oportunidad para demostrarle que soy la única mujer capaz de entenderlo. Pero mis pies se clavan en el suelo.

No servirá de nada.

Él no está dispuesto a escucharme y, como bien ha dicho, si no quiere entregarse a mí, si no está dispuesto a rendirse, de nada sirve lo que yo pueda hacer.

He sido una estúpida, llevo días pensando que el más débil de los dos es el que se entrega, cuando en realidad es todo lo contrario. Cuando yo me entregué a Daniel, el poder residía únicamente en mis manos; de mí dependía obedecerle, seguir sus instrucciones, abrirle mi alma y entregarle mi deseo y, al final, completarnos a ambos. Ahora, el poderoso y el fuerte de los dos es él. Y yo lo he tratado como si no pudiese valerse por sí mismo. Mi propia condescendencia e hipocresía me dan náuseas.

No puedo enfrentarme a Daniel si yo misma siento que no lo merezco.

Me seco las lágrimas y busco un papel en el bolso.

*Te amo, encontraré la manera de ser digna de ti y de ganarme tu rendición.*

Amelia

*P. S. He encargado los aparatos de rehabilitación, los traerán el lunes. Lamento no poder estar a tu lado cuando los utilices, pero sé que saldrás de ésta y te recuperarás. Eres el hombre más valiente que conozco y siento no haber sabido demostrártelo.*

Cargada con mis maletas, salgo del apartamento y de la vida de Daniel por segunda vez.

Y me duele mucho más que la primera.

Cuando llego al apartamento de Marina, me tropiezo con Rafferty en la escalera. Está casi tan alterado como yo y ambos nos sorprendemos de encontrarnos en tal estado.

—¿Qué te ha pasado, Amelia? —pregunta él primero.

—Daniel y yo hemos discutido. Me ha echado —añado con un sollozo.

—Te juro que ese hombre es imposible, no sé por qué se empeña en boicotear lo vuestro.

—Ha sido culpa mía. —Lo veo enarcar una ceja—. En serio, Daniel no ha tenido la culpa.

—¿Y qué vas a hacer? —Se cruza de brazos y espera mi respuesta.

—Lo que él me ha pedido. —Sí, por primera vez, voy a hacer exactamente lo que Daniel me ha dicho. Respetaré su decisión. Le demostraré que entiendo lo que siente y encontraré el modo de que me perdone. Me niego a pensar que nos hemos separado para siempre.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras —se ofrece Raff.

—Gracias. ¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a ver a Marina —me contesta escueto.

—¿Y?

—No ha servido de nada.

—¿Qué sucedió en Italia? Sé que cuando fue allí a ver a su familia la acompañaste y también sé que está triste desde que ha vuelto. Cuando te conocí, pensé que eras el hombre perfecto para ella, que hacíais muy buena pareja.

—¿Marina no te lo ha contado?

—No, me dijo que era una cuestión tuya muy personal. Por eso te lo estoy preguntando ahora.

—Marina me gusta mucho y reconozco que cuando la conocí pensé que me bastaría con ella, pero no es así. No puedo engañarme a mí mismo, ni a Marina.

—¿Qué estás diciendo, qué necesitas acostarte con varias mujeres a la vez o

que eres incapaz de ser fiel?

No puedo creer lo que estoy oyendo. Raff parece un hombre de principios, con un código del honor muy estricto. Por lo visto, se me da peor de lo que creía conocer el carácter de las personas.

—No, nada de eso —afirma visiblemente indignado—. No sé si éste es el mejor lugar para hablar del asunto. —A continuación, señala mis maletas y la escalera en la que estamos plantados.

—No pienso moverme hasta que me contestes. Marina es mi mejor amiga, sin ella no me habría atrevido a venir a Londres y a intentar rehacer aquí mi vida, así que más te vale hablar. No tengo demasiada paciencia para la gente que le hace daño a mis amigos.

—Tranquila, no te pongas así, te lo contaré.

Tal vez debería disculparme con Raff, él no tiene la culpa de que esté tan frustrada y dolida.

—En mi vida sólo he tenido una relación en la que he sido realmente feliz —empieza Raff— y fue con dos personas al mismo tiempo, con Susan y John.

Se queda en silencio y me da tiempo a asimilar lo que acaba de decirme. Oh, Dios, él tiene razón, la escalera no es lugar para tener esa conversación, pero ya es demasiado tarde para sugerirle que vayamos a otro sitio, porque sigue contándome su historia.

—Yo estaba convencido de que estábamos los tres juntos, que los tres éramos igual de importantes. Un trío en vez de una pareja —afirma, mirándome a los ojos sin avergonzarse ni justificarse—. Pero me equivoqué y me rompieron el corazón.

—¿Qué pasó?

Es obvio que Raff todavía no se ha recuperado del todo de esa ruptura, porque el dolor es más que evidente en su rostro.

—Susan y John se casaron y tienen dos hijos. Y yo estoy contándote mi sórdido pasado en una escalera.

—Lo siento, Raff. No tenía ni idea.

Él se encoge de hombros.

—Pensé que me bastaría estar con Marina, que con ella no sentiría la necesidad de buscar nada más, que podría ser feliz. Pero en Italia sucedió algo y me di cuenta de que no iba a poder. Y como no quería hacerle daño siéndole infiel,

le conté la verdad.

—Y ella te ha dejado.

—Es normal, en realidad nunca pensé que fuera a aceptarlo y a decirme «de acuerdo, vamos a buscar a un hombre que nos guste a los dos» —se burla de sí mismo.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Raff suspira antes de contestar.

—La echo de menos y me preocupo por ella. Cuando Daniel estaba en el hospital, tenía una excusa para llamarla de vez en cuando, pero ahora no. No me malinterpretes, me alegro mucho de que él se esté recuperando, pero ahora tengo que ser más imaginativo para ver a Marina.

—No le hagas daño, Raff.

—Antes preferiría morir, por eso he renunciado a ella, pero sigo queriéndola y deseo que me dé una oportunidad de ser su amigo. No seremos nunca pareja, eso ya lo sé, pero espero que con el tiempo me deje estar a su lado.

—Ojalá lo consigas. Marina es la mejor amiga que uno puede tener en la vida.

—Será mejor que me vaya —dice Raff—, me esperan en el trabajo y tú seguro que quieres dejar estas maletas.

—Sí.

Desciende unos escalones y vuelve a detenerse.

—Me alegro de habértelo contado, Amelia. Espero que Daniel y tú solucionéis las cosas. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Raff, ¿él te ha hablado alguna vez de su hermana?

—No demasiado.

—¿Sabes dónde está enterrada?

—No, la verdad es que no, pero supongo que debe de ser en Hartford. Daniel vivía allí de pequeño.

—Gracias.

Me doy media vuelta pensativa y subo la escalera hasta mi piso.

Marina y yo nos pasamos el resto del día consolándonos mutuamente.

Ahora que sé toda la verdad sobre los motivos del distanciamiento entre ella y Raff me resulta más fácil entender lo que dice y poder aconsejarla. Claro que está más que demostrado que no soy nadie para dar consejos.

Ella me consuela cuando yo rompo a llorar y le cuento que Daniel me ha echado de su apartamento y los motivos por los que lo ha hecho.

Al día siguiente, cojo un tren en dirección a Hartford y al llegar pregunto por el cementerio. Hartford es un pueblo pequeño en el que todavía recuerdan la trágica historia de los Bond, y una anciana prácticamente me acompaña hasta la iglesia detrás de la cual encuentro las lápidas que estoy buscando.

La de los padres de Daniel contiene sólo los nombres de éstos y, en letras más pequeñas, las fechas de nacimiento y la del accidente.

La de su hermana Laura tiene una pequeña inscripción: «Siempre te echaré de menos, Daniel».

Se me encoge el corazón al pensar en él con diecisiete años, pidiéndole al hombre de la funeraria que inscribiera eso en la lápida.

No sé qué esperaba descubrir viniendo aquí, quizá sencillamente siento la necesidad de estar cerca de Daniel. Deposito el pequeño ramo de margaritas que he comprado y paso los dedos por la lápida.

—¿La conocía? —me pregunta un hombre a mi espalda.

—No exactamente —contesto—. Soy amiga de la familia —añado, para justificar mi presencia allí y que no piense que soy una psicópata.

Me doy la vuelta y me encuentro con un anciano limpiando una lápida en la que coloca después un ramo de flores frescas.

—¿Usted la conocía?

—¿A la niña de los Bond? Sí, por supuesto. —Arranca unos hierbajos y los deja caer al suelo—. Una lástima, una auténtica lástima lo que le sucedió a esa pobre chica.

—¿Qué le sucedió?

—¿No ha dicho que es amiga de la familia? —me pregunta, levantando una ceja blanquísima.

—Estoy enamorada de Daniel —confieso de repente.

El anciano me evalúa con los ojos.

—Él siempre me gustó, era un buen chico.

—¿Puede contarme qué le pasó a Laura?

El hombre arranca unos cuantos hierbajos más y coloca un ramo de rosas rojas en la tumba. Se levanta del suelo, donde estaba arrodillado, y me hace señas.

—Venga conmigo, soy demasiado mayor para tanta humedad. Me llamo Harry.

—Es un placer conocerlo, Harry, yo soy Amelia.

Caminamos por el cementerio, él marca el rumbo y yo lo sigo.

—Después del accidente, apareció el tío de los muchachos. No sé qué pasó, pero Laura cambió por completo. Pasó de ser una chica dulce y educada a estar siempre taciturna y a frecuentar muy malas compañías. Su hermano y ella se peleaban constantemente. Pocos días antes de morir Laura, tuvo una discusión horrible con Daniel en el pub del pueblo. Yo estaba allí, por eso me acuerdo.

—¿Qué pasó?

—Daniel entró hecho una furia, creo recordar que tenía diecisiete años, pero era alto y estaba muy fuerte para un chico de su edad. Laura era unos años mayor que él y estaba bebiendo en la barra, mientras unos hombres intentaban decidir quién se iría con ella. Daniel entró y le tiró del brazo para llevársela de allí, pero la chica plantó los pies en el suelo. Daniel le gritó que dejara de hacer lo que estaba haciendo y ella contestó que lo hacía para salvarlo a él. No sé a qué se refería, pero el rostro del muchacho palideció y le dijo que no hacía falta que se sacrificase, que podía salvarse solo. Laura se rió con tristeza y dijo que era mejor que todo siguiese como estaba.

—¿Y ya está?

—Ya está. Daniel se fue, tiró una silla al salir y no volvió. Una semana más tarde, todos acudíamos al funeral de Laura y el chico tenía un ojo morado y varias marcas de arañazos en el cuello. Nadie le preguntó cómo se lo había hecho.

—¿Y su tío? ¿Estaba en el funeral?

—Por supuesto. Recuerdo que me sorprendió que tío y sobrino se asegurasen de estar a varios metros de distancia en todo momento. ¿Daniel está bien? Nunca viene por aquí.

—Sí, está bien.

—Me alegro.

—Gracias por haberme contado todo esto, Harry.

—De nada, espero que le sirva de ayuda. Sé lo difícil que es superar la

muerte de un ser querido y es lógico que Daniel siga añorando a su hermana. Siempre estaban juntos.

—Sí, me será de ayuda. Gracias de nuevo.

Me despido del hombre y tomo el primer tren de regreso a Londres. Cada vez tengo más preguntas y menos respuestas.

En vez de seguir investigando por mi cuenta, o de avasallar a Daniel, decido que el mejor modo de demostrarle que le respeto es esperando a que él me lo cuente. Me resulta muy difícil, pero centrarme en el trabajo me ayuda y gracias a Marina, Martha y a la multitud de expedientes que se acumulan en mi mesa, consigo pasar los días.

Las noches son peores aún. No dejo de recordar a Daniel atado en su cama, con la cera quemándole la piel, diciéndome que me pertenecía. Todavía no he logrado dormirme sin llorar, pero poco a poco voy asumiendo que tengo que esperar.

Le conté a Patricia que Daniel iba a volver al cabo de dos semanas y que yo me iría en las mismas fechas. Sin entrar en detalles, también le dije que Daniel me había ofrecido encontrarme trabajo en otro bufete de la ciudad, pero que yo no estaba interesada.

Junto con Marina, he decidido que durante una época la ayudaré en la ONG y después ya veremos. Tal vez busque trabajo en un gran bufete o me presente a oposiciones. Todavía no lo he decidido. Lo único que sé es que no voy a marcharme de Londres.

A Patricia no le gustó que me quisiera ir e insistió en que me quedase. Yo le dije que era lo mejor para todos.

Si algún día Daniel y yo volvemos a estar juntos, prefiero no trabajar con él, y si ese día no llega nunca, no podría soportar verlo a diario y saber que lo he perdido para siempre.

En mi último día de trabajo, tengo la desgracia de tener que soportar al señor Howell. Su divorcio es el caso más importante en el que he tenido la suerte de participar en el bufete. Mercer & Bond representan a la ahora ex señora Howell, que ha querido divorciarse, por múltiples infidelidades, del que fue capitán de la selección inglesa de fútbol y sigue siendo héroe nacional.

Antes de entrar en la reunión, Martha me cuenta que Daniel ha llamado a

David, el socio que lleva el caso, y que le ha mandado unos documentos que lograrán que Ruffus Howell retire para siempre el recurso y pague todo lo que tiene que pagarle a su ex esposa.

Martha, al igual que yo, no tiene ni idea de qué son esos documentos, pero, a juzgar por la cara que ha puesto el señor Howell al abrir el sobre donde estaban, Daniel ha dado en el clavo.

Howell deja el sobre encima de la mesa y, con cara de asco, firma los documentos que le ha presentado David.

—Espere un momento, señorita Clark, me gustaría hablar un segundo con usted, si es tan amable —me dice Howell luego.

Ya estamos todos en pie, así que me detengo detrás de la mesa y miro a Martha. Mi amiga se va detrás de David, pero deja la puerta abierta y puedo verla esperándome en el pasillo.

—Usted dirá, señor Howell.

—Dígale a Daniel que ha ganado, pero que al final todos tenemos que pagar por lo que hacemos. Oh, no se preocupe, yo no voy a hacerle nada a su precioso novio —afirma sarcástico, al ver que me he asustado—. Si le digo la verdad, creo que me iré a vivir a Estados Unidos y no volveré nunca a este país tan rancio. Daniel cree que ha sido muy cauteloso, más listo que todos los demás, pero hay alguien que está esperando el momento adecuado para atacarlo.

—¿Y usted me está avisando? Permítame que ponga en duda sus buenas intenciones.

—No crea que lo hago por bondad; por mí, Daniel podría caerse muerto aquí mismo, pero la persona que anda detrás de él también anda detrás de mí por otros asuntos y me gustaría quitármelo de encima.

—¿El señor Jeffrey Bond? —le sugiero suspicaz.

—El mismo. Tenga cuidado, señorita Clark, esa familia lleva años destruyéndose. —Se pone en pie y me sonrío—. Que tenga un buen día.

No puedo quitarme de la cabeza lo que me ha dicho Howell, ni la sonrisa de satisfacción que he visto en su rostro. Quiero llamar a la policía, pero después de lo que sucedió la última vez, decido llamar antes a Daniel.

No contesta.

Llamo tres veces y en ninguna consigo hablar con él. La cuarta, dejo resignada un mensaje en el buzón:

—Soy yo, Daniel, no borres este mensaje. Acabo de ver a Howell y me ha insinuado que tu tío no se ha dado por vencido y que está tramando algo. Ten cuidado, por favor. Llámame. Te necesito. Te amo.

Cuelgo antes de echarme a llorar y busco la tarjeta del detective Jasper Erkel. Su móvil tampoco contesta y salta a la centralita de la policía, donde dejo el recado y le pido a la operadora que se asegure de que Erkel lo recibe.

Seguro que estoy paranoica, pero prefiero quedar como una histérica delante de todos a tener que arrepentirme. Sé que a Daniel no le gustará que me presente en el apartamento sin avisar y sin que me haya invitado. Sin embargo, cojo mi abrigo y le digo a Martha que tengo que salir a hacer algo muy importante. No entro en detalles y ella no pregunta, probablemente porque yo ya tengo un pie prácticamente en el ascensor.

El trayecto hasta el apartamento de Daniel se me hace eterno y no dejo de imaginármelo malherido en alguna parte. El portero me asegura que no ha visto a nadie y que Daniel ha salido esta mañana temprano en dirección a la clínica de rehabilitación. Subo al apartamento de todos modos y entro con mi llave.

No me doy cuenta de que hay alguien oculto entre las sombras hasta que es demasiado tarde.

—Vamos, señorita Clark, abra los ojos. Me estoy aburriendo.

Abro los ojos y descubro que estoy sentada en el sofá, con las manos atadas delante de mí con una cuerda y que tengo una pistola apuntándome.

Quien sostiene el arma es Jeffrey Bond en todo su esplendor.

—No grite o le pegaré un tiro y se perderá toda la explicación.

—Howell —farfallo furiosa.

Me han tendido una trampa.

Jeffrey Bond se ríe.

—No se lo tenga en cuenta. El bueno de Howell estaba en deuda conmigo y me ha hecho este pequeño favor. Aunque, a juzgar por lo contento que estaba, creo que me habría ayudado de todos modos. Es usted muy previsible, señorita Clark. La verdad es que me ha decepcionado.

—Ahora soy yo la que se está aburriendo.

—Ha tardado exactamente media hora en salir corriendo para salvar a mi sobrino. —Chasquea la lengua—. Tendría que haberlo pensado mejor.

—¿Qué es lo que quiere?

Deduzco que si sólo quisiera matarme, ya estaría muerta.

—Dany lleva demasiados años provocándome, lo de Vzalo ha sido la gota que colma el vaso y he decidido que ya no quiero seguir jugando con él. Ha llegado el momento de poner punto final y él tiene que pagar por todo lo que me ha hecho.

—Creo que en realidad Dany no es su sobrino. —lo provoco—. ¿Cómo puede hacerle daño a su propio hijo?

—Muy bien, señorita Clark, muy bien. Sí, Dany es hijo mío, una auténtica vergüenza si me lo permite. Fue un momento de debilidad. Mi hermano no dejaba de hablar de lo maravillosa que era su esposa y no se me ocurrió mejor manera de demostrarle que se equivocaba que acostándome con ella. El pobre nunca se recuperó de su infidelidad y a partir de entonces lo tuve para mí solo.

—Es usted repugnante.

—Oh, vamos, no finja. Daniel es igual de repugnante que yo.

—No.

—¿Todavía no le ha contado lo que le sucedió a Laura ni por qué se suicidó? Vaya, ese chico está peor de lo que creía.

—¿Qué es lo que quiere? —insisto.

—Matarla, por supuesto. Pero voy a adornarlo un poco, primero la ataré a esa cama y la azotaré. Mi sobrino no es el único que lleva años recopilando información. Yo también estoy al tanto de sus gustos y tengo unas fotos maravillosas que los demuestran. Todo el mundo creerá que ha sido él, quizá incluso lo crea el propio Dany. Seguro que esta vez lo arrestan por asesinato o tal

vez se vuelva loco de verdad. O se suicide, como la débil de su hermana. La cuestión es que desaparecerá de mi vida para siempre.

Oigo una llave en la cerradura y voy a gritar, pero no llego a tiempo, Jeffrey Bond se anticipa y apunta con el cañón al recién llegado.

Daniel.

—Vaya, Dany, qué sorpresa, creía que llegarías más tarde. No importa, pasa, pasa.

Daniel fija sus ojos en mí en busca de heridas.

—Estoy bien —le aseguro.

A pesar de las circunstancias, me alegro muchísimo de verlo. Camina mejor que antes, aunque sigue llevando la muleta, y tiene buen aspecto, exceptuando las ojeras que le oscurecen la parte inferior de los ojos.

Cierra la puerta y se enfrenta a su tío.

—Suelta a Amelia, es a mí a quien quieres.

—Sí, pero el mejor modo de tenerte a ti es teniéndola a ella. No podías parar, ¿no? —le recrimina—. Tenías que llegar hasta el final. Supongo que en esto te pareces a mí.

—No me parezco a ti en nada, Jeffrey.

—Tanto odio, tanta determinación... y tan mal aprovechada.

—Suelta a Amelia —repite Daniel.

—Tranquilo, ella no me gusta tanto como Laura.

Yo me quedo sin aliento al oír esa insinuación y Daniel aprieta los dientes.

—Cállate.

—¿Por qué? ¿No te gusta recordar a Laura? Era tan dulce, tan buena... Me acuerdo del día que se dio cuenta de que tú me gustabas más que ella. Se asustó tanto —dice con una sonrisa y, para mi horror, tengo la impresión de que se está excitando—. Tu madre le había contado mil historias sobre mí, así que me costó mucho convencerla de que eran inventadas. Le dije que si venía conmigo y con mis amigos, a ti te dejaríamos en paz. Y vaya si vino. La primera vez lloró, pero le gustó, la muy zorra gritó e intentó arañar a uno de mis amigos, pero al final dejó que le hiciéramos todo lo que queríamos.

—Cállate.

Daniel intenta levantar la muleta pero Jeffrey lo apunta firmemente con el

arma.

—¿Por qué? Es la verdad. Venía cada noche, incluso cuando yo no la iba a buscar. Venía porque quería, porque me deseaba y le gustaba todo lo que le hacía. Fue una lástima que te enterases y lo echases todo a perder. —Lo recorre de arriba abajo con los ojos y siento náuseas. Daniel traga saliva dos veces y le tiembla ligeramente la mano que apoya en la muleta—. Aunque reconozco que la noche que viniste a mi dormitorio y nos dijiste a mi amante y a mí... ¿Quién era él? No me acuerdo. Pero bueno, eso da igual, nos dijiste que podíamos hacer contigo lo que quisiéramos, esa noche será siempre una de mis favoritas.

—Cállate.

—Pero luego tu hermana se suicidó y tú me acusaste de asesinato. Otra relación maravillosa al traste. Te habría perdonado, Dany. Si hubieras dejado de provocarme, de boicotear mis negocios, de intentar arruinarme, te habría perdonado.

—No quiero que me perdones. No quiero nada de ti, sólo que desaparezcas.

Estaba tan absorta en Daniel y Jeffrey que hasta ahora no me doy cuenta de que este último me está dando la espalda y parece haberse olvidado de mí por completo.

Y no me ha atado las piernas.

Me pongo en pie con mucho cuidado y Daniel me advierte con los ojos que no me mueva, que no intente nada. Aparta la mirada para que Bond no sospeche y lo veo apretar la mandíbula.

—No voy a desaparecer nunca, Dany. Estuve dentro de tu cuerpo, siempre formaré parte de ti. No lo olvides.

Tengo ganas de gritar y de abrazar a Daniel, pero sigo avanzando despacio hasta Jeffrey. Si me lanzo encima de él, seguro que puedo derribarlo y hacer que se le caiga la pistola.

—Me he pasado años esperando que vuelvas, pero ahora es demasiado tarde, Dany. Tienes que morir. No me importa si es en la cárcel o si prefieres suicidarte como tu querida hermanita, pero no puedo tolerar que sigas entrometiéndote en mis asuntos.

—Tranquilo, tío —dice él, sarcástico e impasible—, no tendrás que verme más, pero eres tú el que va a desaparecer. La policía irá a buscarte uno de estos días. Tienen tantos cargos de los que acusarte que no volverás a ver la luz del sol y, cuando le añadan secuestro e intento de asesinato, probablemente te caerá la perpetua.

—Estás mintiendo.

—¿Yo? ¿Por qué iba a mentir? Me estás apuntando con una arma.

—Que puedo disparar en cualquier momento.

Oigo un clic y no pienso, me lanzo encima de él. Se me para el corazón y hago lo único que se me ocurre para evitar tener que enfrentarme a la posibilidad de vivir sin Daniel.

—¡No, Amelia!

Todo sucede muy rápido, caigo al suelo y siento una punzada de dolor en el hombro. Aprieto los dientes para contenerlo y abro los ojos. Daniel está de pie con la muleta en alto y Jeffrey Bond en el suelo, con una herida en la cabeza.

No soy médico, pero sé que no saldrá de ésta.

La policía derriba la puerta del apartamento en ese preciso instante.

Daniel me está esperando fuera de la sala de urgencias. Por suerte, la bala ha entrado y salido del hombro y no he perdido demasiada sangre. Me han cosido y vendado la herida y me han dicho que descanse durante unos cuantos días, pero tengo permiso para irme a casa. Dondequiera que sea eso.

Pongo un pie fuera de la cortina azul y los brazos de Daniel me rodean con todas sus fuerzas. Lo siento temblar y acariciarme el pelo.

—Estoy bien, estoy bien —susurro.

Le acaricio la espalda y veo que yo tiemblo tanto como él.

Al parecer, el detective Erkel recibió mi mensaje y decidió pasarse por el apartamento de Daniel acompañado de un coche patrulla. Se han ocupado de Jeffrey, que ha muerto prácticamente en el acto, y nos han llevado a Daniel y a mí al hospital. Mañana llamaré para darle las gracias y para responder a todas las preguntas que quiera, pero ahora sólo quiero estar con Daniel.

Un coche patrulla nos acompaña a casa, por suerte ya sin rastro de Jeffrey Bond. Lo único que delata que en este salón ha sucedido algo horrible es el olor a amoníaco. —¿Cuántas horas hemos estado fuera?, me pregunto confusa.

—Voy a ducharme —me dice Daniel.

Dejando a un lado el abrazo que me ha dado en comisaría, no ha vuelto a tocarme. Lo dejo solo unos minutos—. Aunque nos duela, los dos tenemos que enfrentarnos a la verdad. No voy a permitir que se encierre en sí mismo.

Entro en el cuarto de baño y encuentro a Daniel en una postura casi idéntica a la del primer día, a diferencia de que ahora está llorando.

Me desnudo en silencio. Mis manos no cooperan demasiado y me duele el hombro al quitarme la camiseta que alguien me ha prestado en el hospital para que no tuviese que ir con la mía manchada de sangre. Desnuda, me coloco bajo el chorro de agua, sin importarme mojar la venda que me cubre la herida.

—Daniel —susurro, acariciándole la espalda—, date la vuelta.

Él se vuelve y me besa. Apenas tengo tiempo de reaccionar, sus labios devoran los míos y los dos nos entregamos a un apasionado beso. Éste no tiene nada que ver con si yo domino a Daniel o él a mí, sencillamente, estamos dando

gracias por estar vivos y tenernos el uno al otro.

Él es el primero en apartarse, pero me mantiene prisionera entre su torso y la pared.

—Jamás me había imaginado estar aquí —empieza—, tener tanto miedo y ser tan feliz al mismo tiempo.

—Yo tampoco.

—Siempre había creído que nunca sería capaz de darle tanto poder a una persona. —Me da otro beso y no oculta que sigue llorando—. Puedes destruirme, Amelia.

—Tú a mí también.

Me mira a los ojos con tristeza y se aparta. Lo observo mientras se ducha con rápidos movimientos y luego sale de debajo del agua y se seca con una toalla.

Daniel necesita sus silencios, así que se los concedo contra mi voluntad y yo también dejo que el agua caliente borre parte de los recuerdos de esta tarde tan horrible.

Cuando salgo de la ducha, él me está esperando con una toalla. Me envuelve en ella y me seca.

—Me gustaría poder llevarte en brazos, pero Brian me matará si lo hago —me dice en un intento por hacerme sonreír.

Y lo consigue.

—Dame la mano.

Entrelazamos los dedos y vamos a su dormitorio, el que algún día quisiera poder considerar como nuestro.

Me acompaña hasta la cama y me dice que me siente. Él permanece de pie, con el torso desnudo y la toalla anudada a la cintura.

—Lo que ha dicho Jeffrey es verdad —afirma valiente.

Levanto una mano para hacerlo callar y él se detiene.

—Si quieres contármelo, me hará muy feliz escucharte y decirte cuando termines que no me importa, que te amo y que nos pertenecemos. Pero no hace falta, puedo decírtelo ahora. Te amo, Daniel. Me perteneces. —Él aprieta la mandíbula y adivino lo que siente—. Te dije que nunca te haría una pregunta que no pudieras responder, así que escúchame bien. —Respiro profundamente y lo miro a los ojos—: ¿Qué le pasó a tu hermana?

Él me mira y suelta el aliento.

—Una noche yo no podía dormir y fui a beber agua. Pasé por delante del dormitorio de mi tío y oí unos gritos. Entré sin pensar, sin cuestionarme qué podía encontrarme dentro.

—¿Y qué viste? —Lo guío por sus recuerdos.

—A mi hermana atada encima del escritorio de mi tío, con un hombre pegándole con una pala de críquet. Mi tío se estaba masturbando mientras los miraba.

¡Oh, Dios mío, pobre Daniel!

—Me fui de allí corriendo sin hacer nada. ¿Me oyes? No hice nada. Al día siguiente, fui a ver a Laura y se lo pregunté. Ella me dijo que no había para tanto y que no estaba tan mal. La insulté, le dije de todo. Y a partir de ese día empezamos a discutir constantemente. Antes nunca habíamos discutido por nada. Laura siempre me había cuidado, era mi mejor amiga. Un día, oí a unos chicos decir que era una cualquiera, que mi tío se la cedía a sus amigos a cambio de dinero o de favores y perdí el control. Fui a buscarla y la encontré en un pub. Entre gritos y lágrimas, me dijo que lo había hecho por mí, para que mi tío me dejase en paz.

—No fue culpa tuya, Daniel.

Él no parece oírme y sigue con su relato.

—Salí del pub y fui en busca de mi tío. Estaba con otro hombre, pero no me importó. Le dije que podía hacerme lo que quisiera. Cualquiera cosa. Cualquiera de los dos. Durante toda la noche. Pero que, a cambio, tenía que olvidarse de Laura para siempre.

—Cariño, no tienes que seguir contándomelo.

—Sí, Amelia, tengo que terminar —dice para sí mismo.

—Pues entonces, hazlo.

—Me ataron a la cama, me pegaron, me obligaron a que les practicase sexo oral y te aseguro que me esforcé en hacerlo bien para mantenerlos alejados de Laura. Dejé que me penetrasen con sus juguetes y luego, al final, cuando ya creía que no podía soportar nada más, se turnaron para violarme. Pero la verdad es que no fue una violación, yo fui allí por voluntad propia, así que aguanté todo lo que me hicieron y cuando terminaron y me soltaron, volví a mi dormitorio.

—Daniel, cariño —contengo las lágrimas.

—A la mañana siguiente, mi tío le contó a Laura lo que había sucedido.

Tenía fotos. Fotos mías dejando que me hicieran todas esas cosas, haciéndoselas a ellos. Mi hermana se derrumbó y se puso a llorar y mi tío la dejó allí sola. Yo fui a consolarla, pero Laura me echó de su lado y me dijo que por mi culpa su sacrificio había sido en vano, que los horrores que había soportado no habían servido de nada, porque al final mi tío había conseguido lo que quería: a mí.

—Estaba destrozada, tienes que entenderlo, Daniel. Ella también era una niña y había pasado por algo horrible.

—No volví a verla con vida. Se cortó las venas en nuestra bañera. Cuando me acerco a una, no puedo dejar de ver la sangre. El agua del mar, de una piscina... me obligo a controlarlo, pero no creo que pueda mirar una bañera sin ver a mi preciosa hermana mayor rodeada de su propia sangre.

—No pasa nada, amor. No tienes que justificarte.

—El resto ya lo sabes, denuncié a mi tío y como un estúpido le di la excusa perfecta para que pudiese internarme en un psiquiátrico. Allí dentro no estuve tan mal. —Se encoge de hombros—. Les seguí el juego y fingí que me arrepentía de todo. Y cuando cumplí los dieciocho años, me largué. Mi madre nos había dejado un fondo a Laura y a mí, así que me marché de Hartford y fui a la universidad.

—Eres muy fuerte y muy valiente, Daniel, sobreviviste a un infierno. —Me muero por tocarlo.

—Una noche, en un pub, ligué con un chica y cuando intenté acostarme con ella no pude excitarme. Me resultó imposible. Entonces, algo dentro de mí se rompió y me dijo que si la ataba, que si ella hacía todo lo que yo le ordenase, conseguiría disfrutar y eyacular —sigue con frialdad—. Y lo intenté. A la chica le gustó, era mayor que yo y le pareció muy atrevido, pero yo entendí que nunca podría estar con una mujer de otro modo. Hasta que te conocí a ti.

—¿Por qué me has contado todo esto? —Me lo imagino, pero quiero oírlo de sus labios—. Ya te he dicho que no me importaba. Tú me perteneces, tú con todo tu pasado y todo tu futuro.

—Te lo he contado porque quiero que me ates, que me obligues a hacer todo lo que quieras. Todo lo que necesito. Tengo que olvidar que mi tío es el único que me dominó de ese modo, el único que entró dentro de mí.

Me pongo en pie y me acerco a él. Le quito la toalla y me quito la mía. Desnudos en cuerpo y alma, lo miro a los ojos.

—Tu tío nunca te ha dominado. Él te violó, Daniel, que es muy distinto. En tu mente has intentado justificarlo, porque sabes que te dolerá reconocer que tu propio padre —él abre los ojos, pero no intenta negarlo— te violó y abusó de ti.

Tranquilo, te daré todo lo que necesitas, pero después tendrás que perdonarte.

Asiente.

—Pon las manos a la espalda.

Lo hace de inmediato y le ato las muñecas con una de sus corbatas. Aprieto fuerte para que sienta el nudo.

—¿Te duele la pierna? ¿Crees que podrás mantenerte en pie?

Ni loca iba a pedirle que se arrodillase.

—Me duele un poco —reconoce.

—Ven.

Estamos en medio de la habitación y lo guío hasta la pared. Lo coloco mirando hacia ella y dejo suficiente espacio por si en algún momento quiero colocarme delante de él.

—Si lo necesitas, apóyate. ¿De acuerdo?

Daniel vuelve a asentir y yo me pongo a su espalda.

—Jeffrey Bond te violó —digo y le doy un azote—. Dilo.

Él aprieta los dientes y se mantiene en silencio.

—Abusó de ti y de tu hermana.

Otro azote.

Él sigue sin decir nada.

—Dilo, Daniel. Necesitas decirlo.

Me pego a él y le muerdo la clavícula. Deslizo una mano por delante de su torso y sujeto su miembro con los dedos. Todavía no está excitado, para él todo eso es un castigo.

—No mereces sufrir, Daniel.

Empiezo a masturbarlo despacio del modo en que él me explicó el primer día.

—No mereces sentir sólo dolor.

Le lamo parte de la columna vertebral sin dejar de tocarlo y él por fin mueve ligeramente las caderas.

—Jeffrey Bond te violó, dilo.

Otra palmada en un glúteo y lo oigo gemir.

—Jeffrey Bond me violó.

—Muy bien, cariño, lo estás haciendo muy bien. —Le beso un omóplato y aprieto los dedos con que rodeo su erección—. Un poco más.

»No es culpa tuya que Laura se suicidase. Dilo. —Lo masturbo con fuerza y capturo el líquido del prepucio con un dedo para extenderlo por su miembro. Con la otra mano le pego de nuevo—. Dilo.

—Dios —gime él—. No es culpa mía que Laura se suicidase.

Le doy otro beso en la espalda y veo que las lágrimas le resbalan por las mejillas. Daniel necesita esto, necesita llegar hasta el final.

Aflojo uno a uno los dedos con que le rodeo la erección y deslizo la mano por su cintura hasta llegar a las nalgas. Nunca he hecho algo así, pero mi instinto me dice que es lo correcto y que Daniel lo desea tanto como yo.

—Jeffrey Bond no logró entrar dentro de ti. Dilo.

Le doy otro azote con fuerza y lo oigo gemir. Sigue en silencio y acompaño otra palmada con una serie de besos en su espalda. Está empapado de sudor y no deja de temblar.

—Dilo.

—Jeffrey Bond no logró entrar dentro de mí.

—Eso es, cariño, ya casi está.

Daniel solloza y le acaricio el cabello de la nuca un segundo. Enredo los dedos y tiro de él.

—La única que ha entrado dentro de ti soy yo.

Deslizo la otra mano entre sus nalgas y lo penetro con dos dedos.

Daniel arquea tanto la espalda que creo que va a romperse.

—Dilo.

Empiezo a mover los dedos despacio y un estremecimiento recorre todo su cuerpo. Tiene que apoyar la frente en la pared que tiene delante y yo le rodeo por la cintura con la otra mano para que sienta que puede tenerse en pie.

—Dilo. La única que ha entrado dentro de ti soy yo.

Muevo los dedos y encuentro el lugar exacto donde apretar para arrebatarse a Daniel el control que le queda.

—La única que ha entrado dentro de mí eres tú, Amelia.

—Un poco más, amor.

—No puedo —pero el movimiento frenético de sus caderas en busca de mis dedos contradice sus palabras.

—Claro que puedes, sabes perfectamente bien qué es lo último que te falta por decir.

Siento como si el cuerpo de Daniel se hubiese fundido con el mío. Su placer depende de mí, el mío de él.

—Dios, Amelia. Te pertenezco, soy tuyo para siempre. Para siempre. Para siempre.

Dejo los dedos inmóviles y le doy un único beso en la espalda.

—Ya está, Daniel. Para siempre.

El grito de él podría derribar edificios enteros y eyacula con todas sus fuerzas sobre el suelo y en la pared. Yo lo sujeto todo el rato, dándole fuerza cuando lo necesita y mi amor siempre.

Cuando termina, se queda quieto un rato, sin apartarse de mí. Salgo despacio y con cuidado de su interior y tengo la sensación de que ambos buscamos el modo de alargar ese instante; su cuerpo incluso intenta retenerme. Lo oigo suspirar y luego se da media vuelta para mirarme. Traga saliva varias veces antes de hablar.

—Ponme la cinta. Por favor.

Me lanzo a sus brazos y lo beso con toda mi alma.

—Ponme la cinta.

Se me llenan los ojos de lágrimas. En los últimos días he llegado a temer no oír nunca esas palabras. Daniel está delante de mí, desnudo, el torso le sube y baja con cada respiración. El sudor le cubre el cuerpo y parece una estatua de mármol. Sigue con las muñecas atadas a la espalda, sus bíceps como acero y sus tendones temblándole de tensión que intenta contener.

—Ponme la cinta, por favor, Amelia. Siento...

—Chis, chis. —Le acerco los dedos a los labios para impedirle continuar—. No, no, amor.

Levanto una mano y se la acerco a la mejilla y Daniel respira aliviado, el aliento escapa entre sus dientes y vuelve la cara buscando mi tacto. Y cuando su piel toca mi palma, él cierra los ojos y casi le fallan las piernas. Lo abrazo y pego mi rostro a su pecho. Quizá necesita que yo le sostenga físicamente, pero sin él yo me derrumbaría emocionalmente.

—Lo siento, Amelia. Lo siento, perdóname, por favor. Perdóname.

Daniel tiene la cabeza agachada, el pelo empapado de sudor y las lágrimas que escapaban de sus ojos se mezclan con las que mojan mis mejillas. Muevo frenética las manos para aflojar la cinta y soltarle las muñecas. En el mismo instante en que deshago el nudo, sus brazos me rodean y me pegan todavía más a su cuerpo.

—No, Daniel, perdóname tú a mí. Soy yo la que tiene que pedirte perdón. Soy la que tendría que haber sabido qué debía hacer para cuidarte. Eres mío. —Me aparto y le sujeto la cara entre las manos—. Perdóname. No volveré a fallarte.

Le acaricio los pómulos y le aparto el pelo de la frente. Sus ojos me miran con absoluta rendición, con un amor que no sabía que existía, y me siento la mujer más afortunada del mundo. Voy a pasarme el resto de nuestras vidas dándole el amor, la paz y el control que necesita.

—Vamos —me aparto un poco más y bajo los brazos hasta entrelazar los dedos con los de él—, te acompaño a la cama.

Daniel suspira y asiente. Se ha entregado a mí y pone su cuerpo en mis manos.

—Siéntate, amor. —Lo ayudo a sentarse en la cama. La tensión ha abandonado su cuerpo, sus extremidades ceden a mis deseos sin la más mínima resistencia—. Lo has hecho muy bien. Te amo. No te muevas; en seguida vuelvo.

Él asiente sin dudar y levanta la cara en busca de mis labios, pidiendo un último beso antes de que yo me aleje.

Se lo doy; la boca de Daniel tiembla bajo la mía, su lengua se rinde, igual que el resto de él, a mis caricias y los dos suspiramos al sentir que por fin hemos encontrado el equilibrio. La felicidad. Es el primer beso en que él sabe que es mío, mío por completo. Yo soy suya, completamente suya, sin Daniel, yo no tendría sentido.

Me aparto despacio, lentamente, cada segundo es tan intenso, tan repleto de sentimientos, que mi corazón no puede apenas contenerlos.

—Ahora vuelvo.

Me encamino hacia el salón, sintiendo su mirada en mi espalda, notando cómo me acaricia con ella. Cojo la cajita que forma parte de mi vida desde aquel fin de semana en que fuimos a la casa de campo de Daniel.

Él me compró unos pendientes en un anticuario, unas joyas antiguas y preciosas que atesoraré para siempre. La cinta que rodeaba esa cajita era la que él había atado a mi muñeca y la misma que ahora me pide. El día que me la devolvió, la sostuve entre mis dedos, la acaricié con las yemas en busca de restos del calor de su piel. Me pasé horas con ella en la mano y cuando no tuve más remedio que asumir que lo había perdido, la guardé en la cajita de los pendientes.

No podía guardarla en otro lugar.

Siempre llevo la cajita en mi bolso, la mera idea de apartarme de ella y de la cinta que contiene me causa un profundo pesar. Si tengo la cinta cerca, puedo tocarla siempre que echo de menos a Daniel. Sobre todo en esos horribles momentos durante los cuales he temido no poder volver a dársela.

Me castañetean los dientes al llegar al bolso y abandono cualquier intento de aparentar que mantengo la calma. Vacío su contenido encima del sofá. La cajita resalta en medio del ecléctico conjunto que forman mis cosas personales.

La cojo y la encierro en mi puño un instante. Respiro hondo y cierro los ojos: es el momento más importante de mi vida.

Daniel me pertenece. Ahora y siempre. Todos los días.

Abro los ojos, no quiero perderme ni un segundo. Mi vida hasta este momento tal vez haya sido un desastre; he vagado perdida, sin saber cuál era mi

rumbo. Pero ahora que lo tengo —amar a Daniel y protegerlo, cuidarlo, ayudarlo a liberarse de sus demonios y de su pasado para siempre—, no voy a asustarme de nuevo.

Vuelvo al dormitorio con paso firme y al entrar veo a Daniel sentado tal como lo he dejado. Tiene una pierna estirada delante de él, la que se rompió en el accidente, y la otra con el pie en el suelo. Una mano se apoya en las sábanas tras su espalda, y sostiene casi todo su peso, y la otra descansa ligeramente sobre su abdomen.

Mantiene la expresión firme y la mirada fija en mí, sin ocultar nada de lo que está sintiendo. Veo que se humedece los labios y me doy cuenta de que me he quedado inmóvil en el umbral.

Daniel me fascina tanto que mis pies se han detenido a observarlo sin darme cuenta. Le sonrío con ternura y recorro los metros que me faltan.

Me arrodillo entre sus piernas y le doy un beso en la herida lesionada. Él suelta el aliento y siento que yergue la espalda. Se incorpora levemente y con la mano en la que se apoyaba me acaricia el pelo.

—Mírame, Amelia.

Yo acabo de besarle una de las cicatrices de la rodilla y al oír la petición que le desgarró la garganta busco sus ojos de inmediato.

Daniel no titubea, no se lame los labios ni respira hondo; su voz suena firme y decidida. Solemne.

—Ponme la cinta. Te lo suplico.

Abro la caja con dedos algo inseguros, comprobando una vez más que él es el fuerte de los dos. Le cojo la muñeca y anudo la cinta igual que hice en el hospital, consciente de que me ataba a Daniel para siempre. Pero a diferencia de entonces, esta vez él me lo ha pedido.

La anudo y deposito un único beso en su muñeca antes de volver a soltársela.

—Gracias —dice él—, no volveré a quitártela.

—No volveré a dejar que te la quites, Daniel. No volveré a darte motivos para dudar de mí, amor. Tú me has regalado tu rendición, te has entregado a mí por completo. —Me levanto del suelo sin apartarme de entre sus muslos—. Y yo —susurro, acariciándole la cara—, pasaré todos los días de mi vida demostrándote que me lo merezco.

—Bésame, Amelia. Por favor.

Lo beso porque no puedo hacer otra cosa. Lo beso una y otra vez y, cuando Daniel levanta la mano para acariciarme la mejilla y noto el tacto de la cinta de cuero en la piel, las lágrimas se suman a ese beso.

Nuestros besos se vuelven más violentos, más necesitados y frenéticos. El aliento de Daniel me quema cuando se aparta y yo siento la necesidad de poseerlo ardiendo de nuevo dentro de mí.

Interrumpo el beso y me aparto para mirarlo a los ojos. Tengo que vérselos para saber si está listo para estar conmigo. Su rendición ha sido muy intensa y no quiero hacer nada que pueda hacerle sentir que no ha hecho lo correcto.

Su mirada penetra hasta mi alma, confirmándome que soy yo, y sólo yo, la que sabe de verdad lo que necesitaba.

—Acuéstate en la cama, Daniel.

Él echa la espalda hacia atrás y se mueve hasta quedar tumbado en el centro del colchón. No me lo cuestiona, su cuerpo sólo desprende deseo, nada de malos recuerdos.

Me tumbo a su lado y le vuelvo despacio la cara para darle un beso. Daniel separa los labios y me besa con abandono. Mientras él está perdido en el beso, deslizo una mano por su pelo y, cuando las yemas le rozan la nuca, se le acelera la respiración.

Mi lengua domina la suya y, antes de apartarme de sus labios, intento impregnarme de su sabor.

Vuelvo a mirarlo a los ojos y una idea toma forma en mi mente. Un sueño, en realidad. Nos veo a mí y a él tumbados en esta misma cama haciendo el amor. En el sueño, hemos cenado y nos hemos acostado, llevamos años juntos, pero bastan unos besos para que a los dos nos sea imposible dormirnos sin hacer el amor.

No sé cómo, pero veo el mismo sueño en los ojos de Daniel y veo también su temor. El temor que siente de no estar todavía preparado para algo tan intenso, tan íntimo.

—Tranquilo, amor. —Me inclino hacia él y deposito un beso en sus labios. Él se aferra a los míos y gime cuando me aparto—. Sé lo que necesitas, tranquilo.

Tengo que volverme hacia la mesilla de noche un instante y, cuando encuentro lo que busco, vuelvo a mirar a Daniel. Está tenso de deseo, su erección vibra pegada a su abdomen y tiene las pupilas completamente dilatadas.

Sujeto la vela con la mano izquierda y la enciendo con la derecha. Es la vela

blanca que utilizamos la última vez, la única en que la usamos. Si Daniel la hubiese tirado, habría tenido que castigarlo. Yo lo habría entendido, pero habría tenido que dejarle claro que no podía hacerme daño de esa manera. Y si la hubiese utilizado solo, también me habría sentido decepcionada.

—Yo no... —empieza él, adivinando mis pensamientos.

—Lo sé, amor. Sé que me necesitas a mí para hacerlo. Lo habría entendido si la hubieses utilizado solo. —Le sonrío—. Pero me alegro de que no lo hayas hecho. Yo tampoco puedo hacer nada sin ti.

Me siento con cuidado encima de él, su erección se desliza por entre los labios de mi sexo, torturándonos a ambos. La vela ahora prendida está en mi mano izquierda y con la derecha sujeto su erecto miembro. Me incorporo lo necesario y lo deslizo hacia el interior de mi cuerpo.

—Vas a hacerme el amor, Daniel —le digo, derramando las primeras gotas de cera en su torso.

Él se excita dentro de mí y aprieta los dientes. Tiene las manos a ambos lados de su cuerpo, la herida en el accidente vendada y la otra aferrándose a la sábana. Mantiene los ojos cerrados.

—Abre los ojos, amor.

Derramo un par de gotas de cera más justo encima del pectoral izquierdo. Espero a que abra los ojos antes de continuar.

—Incorpórate un poco.

El único detalle que delata su confusión es una ceja que se enarca levemente, pero de inmediato apoya la mano sana en la cama y se incorpora de cintura para arriba. Daniel es mucho más alto que yo, así que le rodeo el cuello con ambos brazos. Mis pechos acarician sus pectorales y noto la cera que tiene sobre ellos todavía tibia. Mis manos han quedado a su espalda, así que levanto la derecha para enredar los dedos en los mechones de pelo de su nuca, empapados de sudor, y tiro de él para besarlo.

Los labios de Daniel ceden al encontrarse con los míos, sus gemidos me pertenecen y su lengua suplica acariciar la mía. Empiezo a moverme despacio, a subir y bajar lentamente y él me sujeta suavemente por la cintura, entregándose a mí de nuevo y cediéndome todo el control.

Noto que levanta las caderas.

Inclino la vela que tengo justo detrás de su hombro izquierdo y dejo que la cera se derrame por su espalda.

Daniel se tensa y se detiene de inmediato, mientras su miembro se extiende hasta poseerme por completo. Le tiro del cabello para echarlo un poco hacia atrás y poder mirarlo a los ojos.

—Mío. Dilo.

Él no me mira desafiante, sino excitado, rendido y enamorado.

—Tuyo.

Derramo un poco más de cera en el mismo instante en que vuelvo a besarlo. Daniel gime y me besa. Y besa.

—Vas a hacerme el amor —repito cuando me aparto de nuevo para recuperar el aliento—. Dilo.

—Voy a hacerte el amor.

Lo sujeto por el pelo con tanta fuerza que Daniel tiene que tensar los músculos del cuello para poder hablar. Los hombros le tiemblan de deseo y puedo sentir los latidos de su corazón en su pecho.

—Yo voy a besarte, voy a decirte lo mucho que te amo y voy a moverme encima de ti hasta que me haya convencido de que vamos a estar juntos para siempre. Necesito sentir que soy tuya, Daniel, y lo único que puede convencerme de eso es notarte dentro de mí. Notar que tu deseo me pertenece tanto como tu alma.

Me aparto un poco y aflojo los dedos que tengo en su nuca. Sus ojos negros siguen cada movimiento. Acercó la vela a su hombro y derramo allí unas gotas de cera, marcando el camino hasta su cuello. Él aprieta los dientes al sentir cada una de ellas y su erección tiembla en mi interior.

Empiezo a hacer todo lo que le he dicho. Lo beso y le digo que lo amo, le paso las uñas por el torso y me muevo hacia arriba y abajo de su poderoso miembro, que empieza a humedecerse desesperado.

Él no se mueve. Sus negras pupilas no se apartan de mí ni un instante, dilatándose cada vez que yo gimo, suspiro o me muerdo el labio inferior para retener mi orgasmo.

Los dos estamos empapados de sudor, mis pezones se excitan hasta límites dolorosos al rozar su pecho. Cuando lo beso, él se entrega por completo y, si intenta morderme el labio para retenerme, unas gotas de cera aparecen en su piel y retrocede de inmediato, más al borde del clímax que antes.

Daniel no puede más, sus gemidos cortan el aire y rivalizan en desesperación con los míos. Me acercó la vela a la cara y dejé de mover las caderas.

Los dos tardamos unos segundos en tranquilizarnos lo suficiente como para soportar el instante siguiente.

—Te amo, Daniel.

—Te amo, Amelia —contesta él.

—Voy a soplar la vela —le explico y veo que se le vuelve a acelerar la respiración—. Y cuando la llama desaparezca, te besaré y te correrás en mis brazos. Confía en mí. Ya no estás solo.

Soplo y lo beso.

El orgasmo que lo sacude es tan demoledor que tiene que sujetarse a mí con todas sus fuerzas.

Y yo a él.

A la mañana siguiente me despierto sola en la cama, pero a diferencia de aquellas noches al principio de nuestra relación, ahora sé que no tengo que preocuparme por la ausencia de Daniel. Me desperezco y me quedo allí tumbada unos minutos, disfrutando de la paz que flota en el aire a mi alrededor.

Oigo algo que me sorprende y tengo que aguzar el oído para asegurarme de que no sigo dormida y estoy soñando.

¿Daniel está cantando? ¿En la cocina?

Evidentemente, siendo como es, sabe afinar y conoce a la perfección la letra de la canción. Mi Daniel, pienso, es incapaz de hacer algo a medias; si canta, no puede tararear la cancioncilla de un anuncio, tiene que cantar a Nina Simone.

Me desperezco por última vez y me siento en la cama. Tengo unas ganas prácticamente incontenibles de verlo, de mirarlo a los ojos y asegurarme de que está bien, pero me basta con bajar la vista para comprobar que no puedo salir de la habitación sin ducharme.

Después de la noche anterior, la mejor de mi vida, tengo el cuerpo todavía pegajoso de sudor y con rastros de cera por el torso.

Me levanto y voy al cuarto de baño. De camino, me fijo en que en la cintura me han quedado marcados los dedos de Daniel y deseo con todas mis fuerzas que estas marcas no desaparezcan con el tiempo.

No tardo demasiado, no lo quiero hacer esperar y, además, se me hace raro estar en esta ducha sola. Cuando termino, me doy cuenta de que no tengo nada que ponerme y, por un instante, me duele el corazón al recordar que días atrás Daniel me echó de su apartamento y de su vida por segunda vez.

Por suerte para mí, soy tonta pero no tanto, así que haré todo lo que haga falta para asegurarme de que no habrá una tercera. Satisfaré todos sus deseos, lo seduciré todos los días hasta eliminar cualquier resto de sus pesadillas de la infancia. Aprenderá a ser feliz a mi lado.

Salgo del baño y me dirijo al armario de Daniel en busca de algo que ponerme. Al final me decanto por una de sus camisetas blancas, porque huelen a él y me tapan hasta las rodillas. Me peino, lo justo para desenredarme el pelo y no parecer una loca, y voy a su encuentro.

Efectivamente, Daniel está en la cocina, cantando y preparando el desayuno. Lleva unos pantalones negros de algodón, probablemente los que debe de utilizar para sus sesiones de rehabilitación, y una camiseta blanca idéntica a la mía. Está de espaldas a mí y parece concentrado en los fogones.

—Te he oído entrar —me dice—, y si sigues mirándome así, se me quemará el desayuno.

—¿Cómo?

—Como si quisieras devorarme.

Trago saliva antes de contestar. Él todavía no se ha dado la vuelta y me basta con oír su voz para excitarme.

Sí, definitivamente, he perdido por completo la cabeza y el corazón por este hombre.

—Prefiero comerte a ti que unas tostadas —me atrevo a decirle.

Es la primera vez que flirteamos de esta manera sin estar en la cama o metidos en una situación tremendamente dramática. Me gusta y al mismo tiempo me asusta.

Daniel se vuelve y me mira a los ojos.

—Ya sabes, Amelia, que tus deseos son órdenes para mí.

Dios, estoy segura de que se me ha parado el corazón y si no hubiese tenido una silla delante para sujetarme, me habría caído al suelo. Su sonrisa, sus ojos negros, el deseo que destilan sus palabras, son casi demasiado.

Y cuando bajo la vista y veo la cinta alrededor de su muñeca, estoy tentada de ordenarle que deje arder la cocina entera y que me haga el amor de inmediato allí mismo.

Él adivina mis pensamientos, porque muy lentamente, provocándome con la mirada, levanta el brazo del mueble de la cocina donde lo tenía apoyado y se acerca la muñeca a los labios y se lame la piel de debajo del cuero.

Tengo que hacerle pagar esa provocación.

—Ven aquí.

Daniel se aparta del mueble y se acerca a mí con paso firme y decidido. Ansioso.

—Bésame.

Se agacha al instante y sus labios devoran los míos como si llevase horas

soñando con hacerlo. Yo me dejo llevar por el beso durante unos segundos, pero muevo una mano en busca de su erección y cuando la encuentro la sujeto y aprieto entre los dedos.

—Me has provocado —le digo entre dientes—. Ahora mismo podría prohibirte que te corrieras.

—Sí —reconoce él sin intentar apartarse.

En ese momento suena el teléfono con el timbre que identifica la llamada como procedente de la conserjería. El aparato está cerca de mi otra mano, así que lo descuelgo con la mirada fija en la de Daniel.

—Buenos días —le digo al portero y éste me devuelve el saludo y me explica el motivo de su llamada—. Sí, puede hacerlos subir. Gracias.

Cuelgo y vuelvo a centrarme en Daniel, que ahora está aún más excitado.

—Es la policía, el detective Erkel y el agente Miller vienen a hablar con nosotros. Tal vez tendría que ordenarte que te corrieras —susurro, acariciándolo—. No hay nada que me guste más que ver cómo te entregas a mí. ¿Qué me dices, Daniel? —Muevo la mano más despacio—. Tendría que castigarte por haberme provocado, pero hoy es nuestro primer día juntos, así que te dejaré elegir. Aunque no te acostumbres. ¿De acuerdo? —Deslizo los dedos hasta sus testículos.

—De acuerdo —traga saliva para poder hablar.

—Entonces, dime, ¿quieres que te deje correrte ahora?

—No —contesta, apretando los dientes pero sin dudarlo ni un segundo—. Prohíbemelo. Por favor.

—¿Por qué? —Él nunca decide algo sin tener un motivo—. Dímelo o te obligaré a correrte. —Vuelvo a acariciar su miembro con fuerza—. Vamos, Daniel, la policía no tardará en llegar.

—Necesito que me lo prohíbas porque necesito estar contigo. No quiero correrme sin ti —confiesa, mirándome a los ojos.

—Está bien, amor, tus deseos son órdenes para mí —repito su frase de antes—. Te prohíbo que te corras. —Lo acaricio por última vez y aparto la mano—. Eso es, respira, cierra los ojos —le ordeno con voz calmada, para ayudarlo a retroceder del borde del orgasmo—. Muy bien. —Le acaricio la mejilla y le aparto el pelo de la frente. Eso siempre lo tranquiliza—. Lo has hecho muy bien.

El timbre nos interrumpe, pero antes de abrir miro a Daniel por última vez para asegurarme de que está preparado para recibir a los agentes. Por nada del mundo quiero ponerlo en una situación de la que pueda avergonzarse.

Él adivina, como siempre, el motivo de mi preocupación y me responde antes de que yo pueda preguntárselo:

—Ve a abrir. Estoy bien.

El detective Erkel y el agente Miller se saltan cualquier formalismo y me abrazan nada más verme. Daniel aparece en seguida a mi lado, con celos evidentes en su expresión y fulminando a los dos policías con la mirada. Con todo lo que ha sucedido, me he olvidado de explicarle que conozco bien a los agentes y sé cuál es su situación fuera del trabajo.

—No se preocupe, señor Bond, ninguno de los dos andamos detrás de la señorita Clark —dice Jasper Erkel con una sonrisa, adivinando lo que sucede—. Estamos demasiado ocupados el uno con el otro como para fijarnos en nadie más —se burla.

Daniel tarda varios segundos en comprender lo que el detective está insinuando, pero tras desviar la vista hacia ellos un par de veces, ata cabos y se relaja.

—Tiene que disculparnos, señor Bond, pero tanto el detective Erkel como yo nos hemos encariñado con la señorita Clark —explica Nathan—. La conocimos en el hospital cuando usted estaba en coma y hoy en día no es habitual ver esa clase de devoción en una persona por su pareja.

La explicación de Miller tranquiliza todavía más a Daniel, que termina por sonreír.

—Pasad —les digo yo al ver que siguen en el umbral—, por favor.

—Gracias —contesta el detective—. Antes de nada, Amelia, me gustaría disculparme por no haber atendido ayer tu llamada. Si lo hubiese hecho, Jeffrey Bond no habría tenido oportunidad de retenerte y casi matarte.

—Eso no lo sabes, Jasper —lo llamo por su nombre al ver lo afectado que está por el incidente—. Tal vez te habría matado a ti y a mí me habría retenido de todos modos. O nos habría matado a los dos.

—Agradezco lo que pretendes, Amelia, pero tendría que haber hecho mejor mi trabajo. Tendría que haber seguido a Bond o, como mínimo, no tendría que haber retirado el coche patrulla de este domicilio.

—Jasper, por suerte ésta es mi primera experiencia con un psicópata —intento bromear, pero al ver la cara de Daniel me doy cuenta de que no le ha hecho ninguna gracia—, pero no puedo imaginarme a ningún detective mejor que

tú para el caso. Has sabido escucharme en todo momento y has seguido todas las pistas a pesar de que conducían a un sospechoso protegido por el ayuntamiento —añado, al recordar nuestra conversación en el pub—. Lamento decírtelo, pero tú tampoco eres un superhéroe.

—Muy bien dicho, Amelia. Llevo toda la noche repitiéndole lo mismo —interviene Nathan, revelando parte de sus sentimientos ante Daniel—. Me temo que no ha surtido efecto. —Se acerca entonces a Jasper y le toca un segundo con un dedo la manga de la chaqueta y yo juraría que veo estremecerse al hombre de mayor rango—. Tendré que cambiar de táctica.

—Lo de superhéroe lo dice por mí, detective Erkel —dice entonces Daniel—. A pesar de que cuando vi a Jeffrey apuntando a Amelia con una arma creí morir, ella tiene razón: si usted hubiese aparecido antes, tal vez ahora estarían los dos muertos. Así que no tiene nada de lo que disculparse, le estamos agradecidos de que viniese cuando lo hizo.

—Gracias, señor Bond.

—Llámame Daniel, siempre que yo pueda llamarte Jasper —sugiere él tendiéndole la mano.

El detective se la estrecha.

—Por supuesto. El agente Miller es Nathan cuando sale del trabajo.

—Es un placer, agente —lo saluda también Daniel—. ¿A qué debemos vuestra visita?

—Sólo queríamos deciros personalmente que la fiscalía no va a presentar cargos contra Daniel. La muerte de Jeffrey Bond se archivará como defensa propia.

—Gracias —suspira él, aliviado.

—Además, también queríamos que supierais que gracias a la información que nos facilitasteis sobre Vzalo y sus empresas, sumada a la huella dactilar que encontramos en el Jaguar después del accidente, hemos podido arrestarlo por tantos crímenes que no volverá a ver la luz del día.

—Ésta sí que es una buena noticia —me alegro yo.

—De todos modos —interviene el agente Miller—, nuestro consejo es que mantengáis la prudencia durante una época, hasta que termine el primer juicio y Vzalo esté en la cárcel.

—De acuerdo —responde Daniel—. Tal vez podríamos hacer un viaje, ¿no te parece, Amelia?

A mí se me acelera tanto el corazón que soy incapaz de responder.

—Amelia y yo tenemos una casa en Italia —les explica Daniel a los policías, como si su magnífica finca italiana también fuese mía—. Nadie sabe dónde está.

Este hombre hará que me eche a llorar delante de Jasper y Nathan. Otra vez.

—Eso sería fantástico —afirma Nathan—. Así los dos podréis recuperados con calma de vuestras heridas —añade, mirándonos primero al uno y luego a otro y yo sé que no habla sólo de las heridas físicas.

—No os molestamos más —dice Jasper tras carraspear—. Os mantendremos informados sobre el juicio de Vzalo. —Se encamina hacia la puerta, pero de golpe vuelve a dirigirse a nosotros—. Una última cosa, Jeffrey Bond ha muerto sin testamento, ¿lo sabías?

Daniel tarda varios segundos en contestar.

—No, no lo sabía. El muy bastardo debía de creer que no moriría nunca.

—Eres su único heredero. Lo hemos comprobado como parte de nuestra investigación —aclara el detective, a pesar de que no hacía falta—. Vas a heredar toda su fortuna.

—No la quiero —afirma Daniel rotundo, apretando los dientes.

Erkel lo mira a los ojos un segundo y luego le dice con respeto:

—Yo que tú me la quedaría y haría algo bueno con ella. Piénsalo. Si la rechazas, el ayuntamiento seguro que encontrará algo a lo que dedicar tanto dinero, pero creo que Amelia y tú sabréis encontrar una causa a la que destinarlo.

Daniel asiente sin decir nada y cuando los policías se marchan, se acerca a mí y me dice:

—Quiero hacer algo para Laura. —Traga saliva y explica—: Si cojo el dinero de mi tío, crearé una fundación con el nombre de ella.

—Es una idea maravillosa, Daniel.

Me pongo de puntillas y le beso. Él me abraza y se entrega a mi beso, pero no tarda en apartarse.

—Dios —masculla entre dientes—, cómo te deseo. Pero la visita del detective Erkel y del agente Miller me ha recordado que tengo que resolver un asunto pendiente.

—¿Qué asunto pendiente? —le pregunto yo.

—Nada por lo que debas preocuparte.

—Entonces te acompaño —me ofrezco de inmediato.

—No —se apresura a decir él con firmeza, pero acto seguido suaviza el tono y me explica los motivos de su negativa—: Tú tienes que quedarte aquí y comprar los billetes para Italia. Tienes que llamar a Marina y pedirle que te vuelva a mandar tus cosas y también tienes que llamar a Brian para que te dé una tabla de ejercicios con los que pueda seguir mi rehabilitación mientras estamos fuera.

—Tienes razón, y a Marina tendría que verla antes de irnos. Últimamente sólo le doy sustos y ella está pasando por un mal momento con Raff.

—¿Marina y Raff? Tienes que contármelo cuando vuelva —me dice con una sonrisa—. Los dos tenemos mucho que hacer, así que lo mejor será que vayamos a vestimos.

—Está bien —suspiro resignada—, pero me debes un desayuno.

Daniel sale del apartamento antes que yo, sin revelarme adónde se dirige o en qué consiste su misterioso asunto pendiente. Dado que la amenaza de Jeffrey Bond y de Vzalo ya ha desaparecido, no me inquieta demasiado su partida, pero confieso que he estado tentada de ordenarle que me lo contase.

Yo voy a pie hasta el piso de Marina; cada paso que doy sirve para asegurarme de que todo esto no es un sueño y que está sucediendo de verdad. Me siento como el día de mi entrevista en Mercer & Bond, como si toda mi vida estuviese empezando de verdad. Quién me iba a decir que conocería al hombre que sacudiría los cimientos de mi mundo en un ascensor en mi primer día de trabajo.

Llego al piso y Marina no está, así que aprovecho su ausencia para hacer las maletas. Cuando ya estoy terminando, se abre la puerta y aparece mi amiga. Me basta con verla para saber que algo va mal y corro a abrazarla. Es injusto que yo sea feliz y que ella esté tan triste. Tengo que encontrar el modo de ayudarla.

Marina se desahoga y me confiesa que, a pesar de que ha intentado evitarlo, está enamorada de Rafferty y que él también está sufriendo, pero sabe que si renuncia a lo que de verdad necesita tal vez la haga feliz a corto plazo, pero a la larga la engañaría y ambos serían muy desgraciados.

Yo la escucho y consuelo, y el único consejo que le doy antes de despedirme de ella es:

—Piensa bien en lo que perderás si no le das una oportunidad y en lo que ganarás si se la das. Yo nunca me había imaginado atando a un hombre y ahora no cambiaría mi relación con Daniel ni por mil relaciones «normales». Tal vez formar un trío en vez de una pareja no sea «normal», la pregunta es si puede hacerte feliz.

Marina me mira confusa y sé por propia experiencia que lleva su tiempo asimilar esta clase de ideas, así que lo único que puedo hacer es desearle suerte y confiar en que al final sepa encontrar la felicidad.

Vuelvo al apartamento cargada con mis cosas y como Daniel todavía no ha vuelto de su misterioso asunto pendiente, me ocupo de comprar los billetes. Esta vez no vamos a utilizar el avión privado que contrata el bufete, me apetece

relajarme con Daniel y disfrutar de todos los detalles de nuestro viaje. Y, tengo que confesarlo, a pesar de lo pesados que son en la actualidad con los controles de seguridad, los aeropuertos siempre me han parecido románticos. Con este asunto también resuelto, me dispongo a llamar a Brian y a pedirle una tabla de ejercicios para llevarnos de viaje.

El fisioterapeuta se alegra sinceramente de nuestra reconciliación y yo tardo varios segundos en recuperarme de la sorpresa de que Daniel se lo haya contado. Brian y yo nos despedimos y él dice que me mandará la tabla y todas las instrucciones necesarias por correo electrónico.

Feliz por haber resuelto tantas cosas en tan poco tiempo, pienso que podría ir a la cocina y preparar algo de comer, pero entonces oigo que llega Daniel y voy a su encuentro.

—¿Qué te ha pasado? —exclamo horrorizada, al ver que tiene un golpe en la cara y rastros de sangre en el labio.

—Estoy bien. No es nada —afirma él, pasando por mi lado.

—¿Cómo puedes decir que estás bien?! Uno de los hombres de Vzalo te ha atacado. Voy a llamar a Jasper y a Nathan.

—No ha sido uno de los hombres de Vzalo —me detiene él, sujetándome por el brazo—. Ha sido Howell, pero he empezado yo.

Tengo que sentarme.

—¿Qué has dicho?

Daniel se sienta en la silla frente a la mía.

—He ido a ver a Rufus Howell —empieza, mirándome a los ojos y supongo que éstos le dejan claro lo que opino de que no me lo haya contado—. Viniste al apartamento porque él te lo dijo. O te lo insinuó —se corrige—. Te tendió una trampa. Y tenía que hacerle pagar por ello.

—Oh, Daniel, ¿qué has hecho? —Le acaricio la mejilla herida.

—Lo que tenía que hacer —afirma rotundo—. La policía no podía hacerle nada; Howell en ningún momento te amenazó o te puso en peligro. No de un modo que se pueda demostrar. Pero podrías haber muerto por su culpa y, sin ti, yo también habría muerto. —Aprieta la mandíbula un segundo antes de continuar—: He ido a verlo y le he dejado claro que no puede volver a acercarse a ti. Al principio se ha resistido un poco —sonríe levemente—, pero al final ha entrado en razón.

—Gracias por protegerme, Daniel —le digo, recordando que sigue siendo un

hombre muy fuerte, cuya necesidad de cuidar a las personas que ama nace de lo más profundo de su alma—. ¿Te duele mucho?

—No, la verdad es que hacía tiempo que no me sentía tan bien.

—Voy a buscar el botiquín para curarte. —Intento levantarme, pero él me sujeta por la muñeca—. Tienes botiquín, ¿no? No quiero que se te infecte esa herida.

—Antes de ir a ver a Howell he ido a otro sitio.

Vuelvo a sentarme porque intuyo que es importante.

—¿Ah, sí?

Daniel asiente y me suelta la muñeca para meterse la mano en el bolsillo de los vaqueros que se ha puesto antes de irse. Saca una cajita de terciopelo negro que parece vieja, no de una joyería.

—Cuando mis padres murieron en aquel accidente, Laura y yo nos pasamos días encerrados en el dormitorio de mamá. En esa época, ella y mi padre ya habían dejado de fingir y llevaban vidas prácticamente separadas. —Desvía la mirada hacia la cajita un segundo antes de fijarla en mis ojos—. Mi madre siempre llevaba dos anillos en el dedo anular de la mano izquierda; decía que uno simbolizaba a Laura y el otro a mí. El día del accidente había salido con prisa y se había olvidado de ponérselos.

Abre la cajita y veo en su interior un precioso anillo de oro con una elegante piedra negra en el centro, del mismo color que los ojos de Daniel.

Él coge el anillo y lo sujeta entre los dedos.

—Enterré a Laura con el suyo —explica—. Le pedí al hombre de la funeraria que se lo pusiera a escondidas de mi tío. El mío —traga saliva y se obliga a seguir—, el mío lo guardé con el resto de las joyas de mi madre en una caja fuerte en el banco. No quería tenerlas en casa porque me daba miedo mirarlas y volverme a sentir tan indefenso como entonces, pero ahora, contigo, ya no me da miedo nada.

—Daniel —susurro.

Él me coge la mano y se la acerca a los labios para besármela.

—Quiero ir a Hartford antes de partir hacia Italia, y contarle a mi hermana lo feliz que soy contigo. Quiero decirle que su sacrificio no fue en vano y que me salvó de convertirme en un monstruo sin alma. Y necesito que tú me acompañes.

—Claro, amor mío.

—Y después quiero que nos vayamos a Italia y recuperar el tiempo perdido. Quiero volver a entregarme a ti, hacer el amor en la playa y quiero ser tan feliz que me resulte imposible recordar una época en la que no lo fui. —Respira hondo—. Te amo, Amelia. Te necesito. Te pertenezco igual que tú me perteneces a mí. ¿Quieres casarte conmigo y obligarme a amarte todos los días de mi vida?

Lo beso y Daniel desliza el anillo en mi dedo. La caja negra va a parar al suelo, porque yo me siento a horcajadas encima de él y le echo la cabeza hacia atrás.

—Todos los días no es suficiente —contesto, mirándolo a los ojos antes de besarlo y pegar mi torso al suyo.

—Tienes razón —dice, al apartarse para respirar—. No es suficiente.

Vuelvo a besarlo y tiro del jersey negro que se ha puesto para salir esa mañana. Encima del pectoral izquierdo tiene la marca de la quemadura que le dejó la cera y me agacho para reseguirla con la lengua. Él se estremece y yo repito la caricia en todas las marcas que encuentro en mi recorrido.

Cuando llego a la cintura, tengo que arrodillarme delante de Daniel para poder seguir, pero entonces mis ojos quedan a la altura de su cinturón y recuerdo que estoy enfadada porque se ha arriesgado al ir a ver a Howell. Sí, una parte de mí se siente honrada de que se haya puesto en peligro para protegerme, pero otra, la que Daniel ama de verdad, tiene que demostrarle que no puede volver a hacerlo.

Una idea toma forma en mi mente y, decidida, le quito el cinturón. Acto seguido, me levanto y, cogiéndole las manos, se las coloco detrás del respaldo de la silla en la que él sigue obedientemente sentado y le ato las muñecas con el cinturón del que acabo de apropiarme.

—¿Dónde está el látigo que utilizaste conmigo en Italia? El que encargaste para mí.

Daniel tiene que tragar saliva varias veces antes de contestar y una prominente erección se marca bajo sus pantalones.

—En mi dormitorio. Nuestro dormitorio —se corrige y, para recompensarlo, le doy un beso—. Segundo cajón del armario.

Voy a buscarlo con el corazón en la boca y tremendamente excitada. Acaricio el mango de cuero y paso los dedos por las cintas que lo forman.

—Voy a hacerlo bien —afirmo, colocándome de nuevo delante de él—. Tú me enseñaste bien.

Daniel asiente y veo que los vaqueros apenas pueden contener su erección.

Me apiado de él y le desabrocho los botones de la bragueta. Deslizo las uñas un segundo por encima de su miembro y me aparto para no caer en la tentación de terminar de desnudarlo.

Echo ligeramente el brazo hacia atrás y lo golpeo con el látigo en el torso. Espero unos segundos y, cuando las líneas se marcan en su piel y lo oigo gemir, me estremezco. Sé complacer a Daniel.

—¿Más? —le pregunto con la respiración entrecortada.

Él se lame el labio inferior y sus ojos miran el anillo que me ha puesto en el dedo y que ahora brilla encima del mango del látigo.

—Más. Por favor.

—Como es nuestra primera vez, voy a confiar en ti. Avísame cuando llegues al límite. La próxima vez no hará falta, te lo prometo. Pero en esta ocasión necesito que me avises, no quiero hacerte daño. ¿De acuerdo? Prométeme que me dirás cuándo es demasiado y yo te prometo que no pararé hasta llegar a tu límite.

—Te lo prometo. —Las pupilas negras cubren sus iris y el deseo lo hace temblar—. Más, por favor.

Echo el brazo hacia atrás y le doy otro latigazo. Las cintas cortan el aire y el gemido de él hace que me dé cuenta de que han aterrizado en su torso.

—Una cosa más, Daniel.

Me acerco de nuevo y enredo los dedos con el pelo de su nuca para captar su atención. Está tan absorto en el deseo y en su anhelo por entregarse a mí que le cuesta concentrarse, pero el sonido de mi voz lo consigue.

—Daniel.

—¿Sí? —Parpadea varias veces antes de responder.

—No te corras. Quiero que te corras dentro de mí. Dilo.

—No me correré.

—Dilo —repito y, para remarcarle que hablo en serio, me agacho ligeramente y le muerdo el cuello—. Dilo.

—No me correré. Me correré dentro de ti. —Se humedece los labios y tiembla—. Por favor, Amelia. Más.

—Chis, claro, amor.

Vuelvo a apartarme y retomo la posición de antes, a un metro de distancia de su torso. Echo el brazo hacia atrás y las cintas golpean con fuerza en medio de

sus pectorales.

Daniel vuelve a gemir.

—¿Más?

Veo que tensa los hombros y que aprieta los bíceps. El músculo de la mandíbula le tiembla y tiene que respirar varias veces para poder hablar.

—Uno más. Por favor.

Accedo a su dulce petición, que responde a mi más profundo deseo y vuelvo a mover el látigo para acertarle esta vez justo encima del corazón.

—Basta. Hazme el amor. Por favor.

—Todos los días.

## Epílogo

Daniel y yo hace años que estamos juntos. Todos los días. Él lleva la cinta en la muñeca de la mano derecha y yo un anillo de casada en la izquierda. Para nosotros, ambos símbolos significan lo mismo, aunque probablemente la cinta siempre formará una parte especial de nuestra historia.

Ahora mismo estoy embarazada de una niña a la que vamos a llamar Laura. No trabajo en Mercer & Bond; al final, los dos decidimos que lo mejor sería que no trabajásemos juntos. Nos costaba mucho resistirnos el uno al otro y nos pasábamos el día demasiado excitados. Trabajo con Marina en la ONG y lamento decir que ella y Raff todavía no han solucionado las cosas. Antes me habría parecido una locura animar a mi amiga a entrar en un trío, pero desde que Daniel me enseñó lo que de verdad significa el amor, no me lo parece tanto.

Además, siempre hay gente por la que de verdad merece la pena saltarse todos los tabús.

Durante el día, Daniel se ocupa de todo; creo que forma parte de su ADN cuidar de la gente que ama y protegerla a toda costa, pero durante la noche se entrega a mí por completo. Es como si lo necesitase, como si mis cuidados y mis caricias le diesen las fuerzas para seguir adelante. Y yo necesito su rendición.

Sin embargo hoy, voy a intentar algo distinto.

—Hola, cariño, esta noche tengo una sorpresa para ti —le digo al llegar a casa.

Últimamente, él llega antes que yo, porque está obsesionado con la habitación de la niña.

—No me digas que al final has encontrado ese látigo —bromea, pero se pone en pie (estaba agachado, montando no sé qué mueble) y se acerca a mí—. Hace días que no utilizas la vela.

Se pega a mí, a pesar de la barriga y noto que está excitado.

—Porque no te lo has ganado.

Ese comentario lo excita todavía más.

—¿Vas a decirme en qué consiste la sorpresa?

Sonrío y saco un par de papeles rectangulares del bolso.

—Vamos a ir al cine. Vamos a tener una cita. —Daniel sonríe y le tiembla el labio, y s e que he vuelto a adivinar lo que necesita—. Vamos a ir al cine de la mano y vamos a besarnos como unos adolescentes en la última fila. Si te portas bien, te dejar e incluso meterme mano.  De acuerdo?

— Y si me porto mal?

Introduzco de nuevo la mano en el bolso y saco una vela blanca.

Daniel sonríe y me besa como s olo él sabe hacerlo.

Posey ndome con cada caricia.

Echa una mirada

furtiva a

SIN FIN,

DE M. C. ANDREWS,

relato con contenido inédito

de Daniel y Amelia

próximamente en Zafiro

El corazón me golpea las costillas y cierro el puño para que Daniel no vea que me tiemblan los dedos. Él traga saliva y mantiene la mirada fija al frente. Respira despacio y la fuerza que desprende me roza la piel. No es la primera vez que pasamos por esa carretera desde el accidente que casi acaba con su vida y a los dos nos resulta difícil reprimir los sentimientos que nos asaltan siempre que nos vemos obligados a recordarlo.

Como ahora.

Aflojo los dedos de la mano derecha y busco los de Daniel encima del cambio de marchas. Él gira la palma y, durante un segundo, los entrelaza con los míos. Luego me los suelta para colocar ambas manos en el volante. Deja escapar el aliento entre los dientes y los nudillos se le ponen blancos de tanto apretar.

El Jaguar se desliza con suma agilidad y firmeza por el asfalto. No es el mismo coche que él conducía la noche en que estuvo a punto de morir —ése había quedado destrozado—, pero insistió en comprarse un modelo prácticamente idéntico. Era su manera de decir que nada de lo que había sucedido esa noche lo había asustado o le había hecho perder el control.

Aunque sin duda Daniel ha cambiado.

Los prados de mi izquierda, a pesar de estar bañados por la increíble luz del atardecer, no consiguen rivalizar con el magnetismo de Daniel, y mis ojos son incapaces de apartarse de él. Un mechón de pelo negro le cae sobre la frente y se lo aparta con un gesto rápido y eficaz. Bajo el cuero cabelludo le ha quedado una cicatriz; no es la peor de todo su cuerpo, pero sí la que más me duele ver.

Empieza a salirle la barba, pese a que se ha afeitado esta mañana... que lo he afeitado esta mañana, me corrijo, y se me encoge el estómago al recordarlo.

Me muevo en el asiento y aprieto las piernas para contener el deseo.

Nunca podré acostumbrarme a esa sensación. Es demasiado.

Daniel ha salido de la ducha con una toalla anudada a la cintura y ha venido a buscarme con un cinturón en una mano y los utensilios para afeitarlo en la otra. Durante un instante lo he mirado confusa, pero entonces he recordado adónde íbamos hoy y he comprendido lo que me estaba pidiendo. Lo que necesitaba. Y se lo he dado.

Nos casamos dentro de una semana y hoy vamos a Hartford, a la casa donde Daniel vivió con su hermana Laura.

Lo admiro y sé que nunca habría podido amar a otro hombre como lo amo a él. Daniel es valiente, fuerte...

—Deja de mirarme así.

Tardo varios segundos en reaccionar; su voz ronca se me ha metido en las venas y la sangre me circula tan espesa que apenas puedo pensar.

—¿Así cómo?

Daniel se limita a enarcar una ceja.

Yo, evidentemente, sigo mirándolo y no puedo evitar sonreír cuando veo que sujeta el volante con más fuerza que antes.

—Amelia —me advierte—, estoy conduciendo.

—Lo sé.

Mueve ligeramente una pierna. No sé si ha sido un gesto inconsciente, pero ha conseguido llamar mi atención y ahora mis ojos no pueden apartarse de la erección que se marca bajo sus vaqueros.

—Deja de mirarme. Por favor.

Levanto lentamente la cabeza. Lo hago muy despacio porque quiero que note que, aunque no lo toco, lo estoy acariciando.

Los dos nos quedamos sin aliento cuando mi mirada queda a la altura de su hombro y él contiene la respiración hasta que yo dirijo mi atención al paisaje.

—Gracias —dice tras unos segundos.

La palabra y el tono con que la ha dicho me estremecen y asiento levemente. Esta mañana también me ha dado las gracias al terminar.

Daniel estaba sentado en la cama, desnudo, con las manos atadas a la espalda...

—Deja de pensar en eso.

—¿Cómo sabes en qué estoy pensando? —le pregunto sin mirarlo. Si lo miro le ordenaré que pare el coche aquí mismo.

—Puedo sentirlo.

Meses atrás, esa respuesta me habría parecido estúpida, sin embargo ahora tiene todo el sentido del mundo. Yo también puedo sentir lo que piensa Daniel.

Ahora lo sé y por eso puedo ser todo lo que él necesita.

Tengo que pensar en otra cosa. Cierro los ojos e intento vaciar mi mente.

Su respiración también recupera la normalidad y su ritmo se acompasa al mío. El Jaguar gira hacia la derecha y abro los ojos sorprendida.

—Quiero enseñarte una cosa —explica, antes de que le formule la pregunta.

Lo miro y sé que no ha terminado. Sea lo que sea lo que quiere enseñarme, es importante. Daniel tiene muchos secretos y sé que irá contándomelos a medida que esté preparado. Me ha costado mucho reprimirme y todavía hay una parte de mí que se muere por preguntarle por su pasado y por lo que siente, pero desde que se ha entregado a mí puedo esperar.

Él es mío, su futuro me pertenece y su pasado también.

—Claro, llévame a donde quieras —le digo y levanto una mano para acariciarle la mejilla.

Daniel respira aliviado y flexiona los dedos.

—En realidad —añade apretando los dientes—, quiero hacer dos paradas antes de llegar al hotel.

Hemos decidido no quedarnos a dormir en la casa de Jeffrey Bond, su tío, su padre, en realidad. Él habría sido capaz, es así de fuerte, pero yo no sé si habría podido resistir la tentación de prenderles fuego a aquellas paredes.

—¿Amelia?

El odio que siento por Jeffrey Bond me consume de tal manera que durante unos instantes me he olvidado del cambio de planes de Daniel.

—¿Sí?

—Necesito que me obligues a llegar hasta el final. Pase lo que pase, no permitas que me eche atrás.

Se me acelera el corazón y me resulta imposible dejar de mirarlo y de desearlo. Sé que haré todo lo que haga falta para que este hombre sea feliz.

—Chis, Daniel. —Le acaricio de nuevo la cara un segundo y después deslizo las uñas hasta su nuca y le tiro del pelo—. Haré lo que tenga que hacer, todo lo que necesites.

Él asiente. El torso le sube y le baja despacio. La erección tiene que dolerle, aprisionada como está en los vaqueros, pero su mirada permanece tranquila. La misma mirada que tiene siempre que se entrega a mí.

—¿Cuánto falta para llegar al primer lugar que quieres enseñarme? —le pregunto, pero está perdido entre el deseo y sus recuerdos y no me contesta. Tengo que recordarle que no hay nada más importante que él y yo y lo que sucede entre nosotros, así que muevo la otra mano y la coloco encima de su erección. Aprieto y al mismo tiempo le tiro del pelo—. Contesta.

—Dios —susurra entre dientes. Toma aire y dice—: Ya hemos llegado. Es aquí.

Gira con pericia y conduce durante un par de minutos por un sendero. Al llegar ante un antiguo roble, se detiene y apaga el motor.

Su respiración vuelve a acelerarse y cierra los ojos.

Le he prometido que no lo dejaré arrepentirse de haberme llevado allí y voy a cumplir mi promesa.

—Abre los ojos y mírame, Daniel. ¿Por qué me has traído aquí?

Le tiro del pelo y presiono su erección con fuerza.

—Una tarde de verano... —empieza a contar con los ojos cerrados. Voy a permitirselo durante unos segundos, pero después le dejaré claro que no pienso tolerar que me evite. Le clavo las uñas en la nuca—. Una tarde de verano —repite, abriendo ahora sí los ojos, sin que yo tenga que pedírselo—, Laura y yo estábamos aquí, leyendo. La casa está detrás de esa colina —explica.

—Sigue.

—Mi tío y uno de sus amigos aparecieron como surgidos de la nada. —Traga saliva—. Y Laura me pidió que me fuera. Me riñó —se corrige, como si lo estuviese recordando bien por primera vez— y me echó de su lado. Me dijo que era demasiado pequeño para leer aquel libro con ella.

Cierra de nuevo los ojos y le tiembla un músculo de la mandíbula.

—No tendría que haberle hecho caso —dice, furioso consigo mismo y con su hermana, pero mucho más con él.

Nada de lo que le diga lo hará cambiar de opinión. Daniel necesita algo más que palabras. Mucho más. Me necesita a mí.

—Sal del coche.

Abre los ojos y me mira, sus pupilas negras parecen devorarme.

—Ahora —le ordeno.

Él asiente y abre la puerta del Jaguar.

No espero a que venga a abrirme la mía; Daniel siempre tiene ese gesto, pero ahora no es momento de que sea caballeroso.

Camina hasta el roble y se detiene delante del tronco, mirándome. Yo lo sigo, el cielo todavía no está oscuro y la luz del atardecer le confiere un aspecto mágico al lugar. La carretera más cercana no lo está tanto como para que alguien pueda vernos y el coche nos protege de los curiosos con mejor vista. La copa del roble es como una improvisada glorietta y las sombras ocultan parcialmente el rostro de Daniel.

—No le hiciste caso —afirmo, adivinando lo sucedido a través de la tensión que se desprende de él—. Te quedaste.

—Había unas balas de paja unos metros más arriba. Me escondí detrás de una de ellas.

Oh, Dios mío. Odio cuando Daniel habla con esa voz fría y distante, porque sé que significa que está sufriendo y que no piensa demostrármelo. Quiero abrazarlo, besarlo, rodearlo con los brazos y decirle que no pasa nada, que entonces era sólo un niño, pero veo la cinta de cuero que le rodea la muñeca. Él ahora no necesita mi consuelo. O, mejor dicho, lo necesitará más tarde.

—No fue culpa tuya, Daniel —le digo con voz firme.

A pesar de la penumbra, veo perfectamente que entrecierra los ojos y los clava en los míos. El dolor dura unos segundos. Voy a darle la oportunidad de que me cuente por qué se ha parado aquí precisamente hoy, de que me pida lo que quiere de verdad.

No lo hace.

—Será mejor que volvamos a entrar en el coche.

No se mueve. No da ni un solo paso. Un desafío en toda regla.

—Date la vuelta y apoya las manos en el roble.

Tiene el aliento tan acelerado que creo poder sentirlo en mi piel. Los latidos de mi corazón amenazan con ahogarme y con el pulgar acaricio el anillo que Daniel colocó en mi dedo anular hace unas semanas. Me da fuerzas para seguir adelante, aunque me basta con ver el brillo en sus ojos oscuros para saber que estoy haciendo lo que ambos deseamos.

—Date la vuelta y apoya las manos en el roble. No voy a volver a pedírtelo.

Él suelta la respiración y comienza a caminar como si estuviesen rompiendo unas cadenas. Los dos pasos que lo separan del árbol simbolizan mucho, y cuando apoya las manos en el tronco, veo que le tiemblan ligeramente.

Me acerco. No tardo demasiado, porque no quiero que tenga tiempo de encerrarse de nuevo en sí mismo. Coloco los dedos de una mano en la cinta que lleva en la muñeca y se los deslizo despacio por el brazo por encima del jersey de cachemir gris. Sus músculos tiemblan bajo mi tacto. Me detengo en su espalda y tengo que cogerle la nuca y echarle la cabeza hacia atrás para poder hacer lo siguiente.

Le muerdo el lóbulo de la oreja.

—Lo estás haciendo muy bien, amor.

Le suelto el lóbulo y me aparto un poco, pero con una mano sigo reteniéndolo por el cabello de la nuca.

—Pero no vamos a irnos de aquí hasta que el único recuerdo que tengas de este roble sea el de tu rendición.

*Todos los días*

M. C. Andrews

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la imagen de cubierta: Shutterstock

© M. C. Andrews, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2013

ISBN: 978-84-08-11497-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)